RIZAL

DOS DIARIOS DE JUVENTUD

(1882 - 1884)

PROLOGO DE P. ORTIZ ARMENGOL
NOTAS DE A. MOLINA Y O. A.

MADRID
EDICIONES CULTURA HISPANICA
1960

RIZAL

DOS DIARIOS DE JUVENTUD

(1882 - 1884)

PROLOGO DE P. ORTIZ ARMENGOL
NOTAS DE A. MOLINA Y O. A.



MADRID
EDICIONES CULTURA HISPANICA
1960

INDICE

Págs.

PRÓLOGO 5

I. DIARIO DEL VIAJE DE FILIPINAS A ESPAÑA. AÑO 1882 17

Singapore (Singapura) 28

Punta de Gales 35

Aden 42

De Aden a Suez 44

El Canal 45

Notas al diario de viaje 58

II. DIARIO DE MADRID. 1884 71

Notas al diario de 1884 91

Los señores Molina y Ortiz Armengol colaboran en este volumen de homenaje al Doctor José Rizal, que publica el Instituto de Cultura Hispánica con motivo del Primer Centenario del nacimiento del gran filipino, con trabajos independientes. Ello significa que cada colaborador expresa su propia opinión en el Prólogo y las Notas, que llevan al pie el nombre respectivo de su autor.

Depósito legal: M. 9.194-1960.

Gráficas Valera, S. A.—Libertad, 20.—Madrid.

PROLOGO

El Instituto de Cultura Hispánica ofrece aquí conjuntamente dos escritos rizalinos: el diario de viaje que escribiera en 1882 Rizal camino de España, y otro diario de 1884 que abarca un semestre de sus años madrileños. Precediendo a tantos becarios y estudiantes de las islas Filipinas como cursan actualmente estudios en las Universidades españolas, «el gran malayo» fué uno de los que abrieron el camino.

Rizal había iniciado en la Universidad de Santo Tomás, de Manila, las carreras de Filosofía y Medicina en 1877 y 78, cumplidos los diecisiete años de edad. En las aulas mostrará una enorme vocación política e intelectual y desplegará una gran actividad hacia distintas manifestaciones del espíritu y una pasión patriótica sin límites. Su inteligencia de primer orden, la seriedad de su carácter y otras manifiestas cualidades le proporcionarían pronto un lugar destacado entre sus compañeros. Los recursos de su familia —ricos hacendados de un pueblo del interior— le traen a España para terminar en la Universidad de Madrid las dos carreras emprendidas. Sale de Filipinas para una ausencia que irá prolongándose hasta alcanzar cinco largos años, dejando atrás —en su país— densos intereses humanos de todo orden: familiares, de amistad, amorosos; intereses que mantendrá y acrecentará con una relación continua desde España, Francia o Alemania.

El primero de estos diarios lo constituyen las breves notas que trazara de la despedida en Manila y de los días transcurridos a bordo entre aquel puerto y el de Marsella, y después hasta Barcelona. Rizal tiene veintiún años y sale por vez primera de su país para atravesar el mundo fascinante de Oriente —Singapur, Colombo, Suez— y llegar a la Europa de finales del siglo XIX. *Su epistolario, publicado en estos últimos años por la Biblioteca Nacional de Filipinas, permite completar este diario de viaje. Se muestra en estas cartas un joven superiormente dotado y con una hipersensibilidad muy explicable ante los problemas*

de raza. En sus cartas desde Suez y desde Barcelona —de 7 y 23 de junio, respectivamente— se percibe su atención continua ante este hecho y se dolerá de que en Europa se le suponga chino o japonés. En la primera de ellas este joven estudiante escribe un párrafo que queremos destacar; rodeado de viajeros de diversos países de Europa y sometido a la curiosidad de éstos, Rizal señala: «Los extranjeros, que en sus colonias tienen muy oprimidos a los..., no quieren creer que yo sea indio (filipino); otros, que yo soy japonés. Cuesta mucho trabajo hacerles creer la verdad.» Era ésta que los filipinos llevaban un considerable adelanto sobre sus vecinos asiáticos como consecuencia del sistema político y social que en su tierra existía y que, con los japoneses, constituían una sorpresa en Europa.

El lector verá cómo, en su diario de viaje, Rizal anota las impresiones de su vida a bordo y registra esquemáticas ideas sobre los países que recorre. Su relación con las personas y con las cosas queda esbozada, pero precisa, en estos apuntes íntimos. En Nápoles y Marsella se pondrá en contacto con Europa y su brillo y ahí dará fin entonces su diario de viaje; pero un año más tarde —ya en Madrid— lo releerá añadiendo unos párrafos que le prolongan hasta su llegada a España. Registra entonces su contacto con Barcelona, señalando cómo el estado particular de su espíritu y el de su peculio no le permiten ver a la gran ciudad mediterránea, que por aquellos años se lanzaba a una reforma urbana que aún hoy la consagra como una de las primeras ciudades europeas. En las cartas que por aquellos días enviaba a Manila —y que hoy nos son conocidas por lo menos en parte— quedan señaladas con más detalle las situaciones que atraviesa Rizal en Barcelona, refugiado en pensiones muy económicas después de haberse alojado cómodamente durante el viaje y en la propia Marsella. Cuando se orienta mejor y encuentra amigos y relaciones, Rizal se reconcilia con la ciudad. Después de la excitación del viaje y llegado a su destino de Madrid, donde ha de comenzar a enfrentarse con el heroico proyecto de vida que se ha trazado, cerrará este breve diario precisamente en el día de la fiesta de la Independencia española, un dos de mayo que sin duda remueve sus posos de filipino patriota.

Es la ocasión de decir que, con respecto a España, Rizal no siempre procura la imparcialidad. En su correspondencia con padres, hermanos o amigos será más explícito que en su diario y en aquélla se percibe cómo este joven trae ya de su patria una pasión política nacida que no le dejará ver del todo realidades tan evidentes como el pro-

pio Madrid; una ciudad que es inútil negar era —aun entonces— uno de los centros donde se hacía vida europea más intensa y creadora. Era la capital de la España de Galdós, Isaac Peral y Torres-Quevedo, por no señalar sino a algunos de los más indiscutibles. Era la ciudad donde un Velasco, un Esquerdo, un Rubio, representaban en la Medicina unos niveles de los que poco después surgiría la gran figura de Cajal, al que hemos de considerar cifra del avance médico de nuestro país en las dos décadas anteriores. Era la España que —con Jaime Ferrán— marcaba el paso de Europa anunciando la aparición de la sueroterapia, perfeccionando la vacuna antirrábica, descubriendo las vacunaciones antituberculosa y anticolérica. Resulta así que la vacunación preventiva contra el cólera morbo, azote secular de las islas Filipinas, era obra de la medicina española. El estudiante filipino de Medicina no presta atención, no parece prestar atención a estos hechos que tiene ante sí. Quien en su epistolario aparece como impresionado en Europa por las «ciudades llenas de historia» y rememora héroes banales como los tres mosqueteros, no parece sentir la llamada de Sevilla, Toledo o El Escorial, no porque estas ciudades sean fundamentales en la Historia de España, sino por lo que irremediablemente representan en la de Filipinas. Si es lógico que Rizal no entendiera el paisaje de Castilla —que es un descubrimiento estético posterior— y que hasta la luna de España —nuestra prestigiada luna— le suscitase críticas, ciertamente extraña que no atendiese más a los valores de una cultura en la que, en definitiva, se había formado y a la que irremisiblemente pertenecía. Cuando visita en Europa tanto museo de mayor o menor cuantía no nos consta hubiera visitado, por ejemplo, el Prado de Madrid durante sus años de permanencia entre nosotros. Señalamos esta posición explicándola por el hecho de que Rizal cornete estas incuestionables omisiones movido por una actitud predeterminada.

La presencia de Rizal en España nos lleva al segundo diario, el que —ya inserto en la vida universitaria madrileña— traza desde el 1 de enero de 1884 hasta la anotación final del 1 de noviembre del mismo año. No era Rizal, alumno de Medicina en San Carlos y de Filosofía y Letras en la Facultad de la calle de San Bernardo, un caso aislado. En el último cuarto del siglo aparecen, principalmente en Madrid y Barcelona, grupos de estudiantes filipinos que ultiman en la península estudios comenzados en su país y que se agregan a los muchos compoblanos que ya tenían su residencia en España. Rizal

escribe a sus padres: «los filipinos abundan aquí; los hay comerciantes, viajeros, turistas, empleados, militares, estudiantes, artistas, abogados, médicos, comisionistas, políticos, cocineros, criados, cocheros, mujeres, niños y viejos. Yo no alcanzo a medir lo que será eso al cabo de diez años. Es muy conveniente que no nos quedemos atrás. A pesar de que no todo lo que se siembra se recoge, sin embargo yo creo que la cosecha superará a lo sembrado». De esta presencia la más importante es la de los estudiantes, quienes —como consecuencia de la gran reforma de la Enseñanza iniciada en Filipinas en 1863— se encauzarían en un movimiento ilustrado cuyo remate lógico era el viaje a Europa, el contacto con su cultura y la Independencia. La creación en Manila en aquellos lejanos años de Facultades de Medicina, Farmacia, Ciencia y Filosofía y Letras, que se añadían a las ya tradicionales —de Teología, Filosofía y Derecho que funcionaban desde hacía siglos— pondrían en contacto las inquietudes latentes de los progresistas filipinos con la realidad europea de la época. Por ello, el elemento intelectual más importante de la próxima revolución sería el grupo de «ilustrados» que en aquella época pasan por Madrid, identificados todos ellos de un modo natural y lógico con las ideas llamadas entonces progresistas y participantes de un espíritu común que, como hemos dicho, constituirá la levadura de la próxima revolución emancipadora. Rizal, en Madrid, centrará pronto este movimiento, del cual se hace adalid indiscutible.

El alumno mimado y celebrado de los colegios de Manila contrasta su valer en las aulas madrileñas en un esfuerzo de voluntad y trabajo que le lleva a estudiar Filosofía y Letras con un aprovechamiento reflejado en sus doce sobresalientes entre catorce asignaturas, al tiempo que cursa Medicina con excelentes calificaciones y recibe lecciones de dibujo en la Academia de San Fernando; y todo ello mientras devora libros y más libros para ponerse al día. Pues aún tiene horas para mantener una activa vida social con el grupo de estudiantes compatriotas y con elementos avanzados locales que miran con interés el movimiento reformador que propugnan. Y por si fuera poco, en sus años madrileños Rizal plasma toda su pasión nacional y su nostalgia en una novela famosa, «Noli me tangere», en la que sorprende que el autor haya puesto toda la carga de ideas y experiencias que traía de Manila y que admira correspondan a un joven de veintiún años que ha estado desde niño en continuo contacto con los centros más importantes de la cultura española en el archipiélago. «No me

toques" es una grave advertencia que no supo escuchar más tarde la rigidez española aplicadora de códigos.

¿Qué Universidad conocen Rizal y sus compañeros en España? Es la que acaba de ser reorganizada por el plan Moyano de 1857, mediante una reforma de largo alcance y repercusión: la que sirve a la idea de una abertura hacia Europa, donde España a su vez envía a sus pensionados. Es una Universidad donde juega poderosamente la política y uno de los lugares donde más agudos se presentan los problemas que plantea la aplicación de la Constitución de 1876, Constitución conservadora que acepta y ensaya principios muy nuevos en la sociedad española. Los años de Rizal en Madrid son años de gobierno liberal y de universidad turbulenta. Medicina y Filosofía y Letras son facultades con el alto nivel científico alcanzado en el último cuarto de siglo y que es el que corresponde a aquel estimable período nacional en el que unos grupos selectos habrían de improvisar en una generación lo que debió de haber sido iniciado por las tres o cuatro anteriores. Probablemente, no todo el sector estudiantil estaba preparado para aprovecharse de una Universidad como aquélla, de nivel superior en aquellos momento a otros sectores de la sociedad nacional.

En la Universidad madrileña Rizal casi coincide con dos españoles eminentes que serán años después las figuras más representativas de la generación del 98. Cuando estudiaba Filosofía y Letras en la Central, lo hacía también en la misma Facultad el gran don Miguel de Unamuno. El vasco comenzaba la carrera cuando el filipino la terminaba. Unamuno escribirá en 1907, en su epílogo a la biografía que de Rizal publicara en aquella fecha el español Retana: «debí de haber visto más de una vez al tagalo en los vulgarísimos claustros de la Universidad Central; debí de haberme cruzado más de una vez con él mientras soñábamos Rizal en sus Filipinas y yo en mi Vasconia. En su diario no olvida hacer constar su asistencia a la cátedra de griego, a la que pareció aficionarse y en la que obtuvo la primera calificación. No lo extraño. Rizal no se aficionó al griego precisamente, puedo asegurarlo: Rizal se aficionó a don Lázaro Bardón, nuestro venerable maestro, como me aficioné yo». Unamuno señala en este apasionado epílogo influencias de Bardón en la novela de Rizal, que traducía el «Gloria» en la nueva forma del profesor de Madrid, que por cierto no es la hoy vigente. Unamuno descifraría para el biógrafo Retana ciertos párrafos escritos en clave por Rizal, llenos de secretos amorosos y de juicios íntimos que no quería pudiesen ser conocidos. Para Unamuno no

hubo dificultad en encontrar la clave, que no era sino una sustitución convencional de unas letras por otras.

Ramón Gómez de la Serna, en sus magníficos «Retratos contemporáneos», recuerda a aquel Unamuno de principios de siglo «en una mañana híspida y desabrida del Madrid invernal, haciendo la exaltación de Rizal, el separatista filipino». Es el Unamuno vehemente —alguna vez de equivocadas vehemencias—, al que Ramón define como extraño centauro: «tenía algo de onagro y al mismo tiempo mucho de sabio, como Séneca». Centauro en las alturas del hipódromo de Madrid, en una mañana hirsuta, cara a la nieve de la sierra y al Norte.

Aunque no coincidieran en la Facultad de Medicina, hay una gran proximidad de fechas entre la estancia en las aulas de San Carlos de don Pío Baroja y la de Rizal. El filipino se licencia en Medicina en junio de 1884 y al siguiente año cursa aún varias asignaturas de especialidad. Tres años más tarde Baroja empieza sus estudios de médico en las mismas aulas. Hemos buceado en las Memorias de Baroja y en el diario de Rizal buscando alguna identidad de juicio acerca de personas o cosas. La parquedad de las impresiones madrileñas de Rizal hace que sólo encontremos muy breve relación. Pero se trataba del mismo ambiente y Rizal debió de ser alumno ó, por lo menos, debió de conocer al pintoresco catedrático Letamendi, al misterioso Hermano Juan y a tantas otras figuras comentadas por Baroja. Ambos novelistas conocieron el clima que el vasco reflejará más tarde en su novela «El árbol de la ciencia», y se pondrían aquellas fúnebres batas de disección, de color negro, con mangas de hule y vivos amarillos, que estremecen.

La España que Rizal conoce fuera de las Facultades es la de la Restauración, convaleciente de una década muy movida. El momento político tiene una relación inmediata y directísima con Filipinas. Como es sabido, en los últimos años del siglo XIX *el juego político giraba en gran parte alrededor del régimen de las provincias de ultramar: de las reformas que en ellas había que hacer o de las que no convenía hacer. Rizal y los suyos pudieron ver en el Madrid de 188... cómo Filipinas era un tema candente en el ajedrez de la política interior española. Nada de extraño tiene que el movimiento reformista —que no pedía por entonces sino dos o tres diputados y alguna que otra cosa— tomase color y partido en el tablero nacional. Durante su forja como político —en la vela de armas que son sus años madrileños—, Rizal acude al Congreso y al Ateneo; presencia algaradas estudiantiles,*

y aunque su extrema juventud le excusa del contacto con las figuras políticas de la vida madrileña, llega a conocer y tratar a algunas pertenecientes a los cuadros liberales: Moret, por ejemplo, y otras situadas en zonas más extremas, como Pi y Margall y Morayta. Hubiera sido difícil en los años 82-85 prever que aquel estudiante tagalo que circulaba por Madrid llegaría a consagrarse nada más que diez años más tarde como la primera figura de la historia de su patria. No podía saber Sagasta que en la tribuna pública del Congreso le escuchaba un día de enero de 1884 un estudiante de Medicina y de Filosofía cuya muerte iba a acelerar el movimiento revolucionario en las islas Filipinas, cuya última consecuencia sería la Independencia, que Sagasta habría de aceptar como Presidente del Consejo en 1898.

Pero esa es la gran Historia, que aún no se ha producido cuando vemos al estudiante Rizal viviendo en este Madrid cuyo frío europeo entumece; de pensión en pensión, rodeado de un grupo de compatriotas con quienes se encontraba en frecuente desacuerdo, pese a sus reconocidas dotes de conciliador; un Rizal a quien —con frase victorhuguesca— se le estaba formando una tempestad dentro del cráneo, la que revelaría más bien en su segunda novela que en la primera; un Rizal que está soñando en su tierra las veinticuatro horas del día. Nos place evocarle en sus alojamientos sórdidos de la calle del Amor de Dios y los sucesivos en las de San Miguel, Baño y Pizarro; en las tertulias con sus compatriotas en las calles del Lobo y de la Gorguera. Se percibe la preferencia de los filipinos por un barrio determinado, el que limitan las calles de Atocha y la Carrera de San Jerónimo, zona urbana entonces muy importante, de periódicos y teatros, de pensiones de estudiantes y garitos, extendida alrededor de esa plaza de Santa Ana donde conviven algunos ambientes y elementos centroeuropeos con la deslucida gitanería. Como buscando un lugar equidistante entre la Facultad de la calle de San Bernardo y la de San Carlos en la calle de Atocha, los estudiantes filipinos se agrupan preferentemente en el barrio mencionado. Baño, Lobo, Príncipe y Gorguera —es decir, Ventura de la Vega, Echegaray, Príncipe y Núñez de Arce—, cuatro calles paralelas y contiguas son los nombres que aparecen continuamente en estas páginas. En la última de ellas tendría su estudio de pintor Juan Luna y sería lugar frecuente de tertulia y reunión. Encuadran a estas cuatro calles contiguas —por el Norte— la Carrera de San Jerónimo, escenario donde los «dandies» Paterno actúan con luz propia como cabeza de un grupo de filipinos ricos en contacto con los políticos

del Congreso, allí mismo situado (grupo que se designará con el nombre de esa calle en contraposición al grupo más popular), y —por el lado Sur— la calle del Prado, donde desde 1884 está situado el nuevo Ateneo. Rizal conocería sin duda el local anterior —donde el testimonio de Galdós nos muestra perorando a los antillanos separatistas— y visita el nuevo, según puede verse en su diario. (Un hecho trivial —que en la calle de la Gorguera tuvieran su alojamiento en 1821 tres estudiantes de «La Fontana de Oro»— nos recuerda que existe un tema intacto: la relación literaria —que no fué personal— entre Galdós y el escritor tagalo).

Fuera de ese trapecio cotidiano, el grupo filipino frecuentará otros lugares que Rizal menciona repetidas veces: el café de Madrid, el restaurante Inglés, teatros y parques y los nuevos barrios del ensanche, donde en la época —a pesar de la conocida broma de que lo que quedaba más allá del teatro Apolo resultaba «bastante cerca de Madrid»— se trasladaban las familias pudientes que huían del viejo casco hacia la periferia. Los Paterno serán una de ellas y la del funcionario «filipón» Ortiga y Rey, tan mencionada en el diario de la estancia en Madrid.

Mientras realiza escapadas veraniegas a Europa y se dispone a trasladarse a Francia y Alemania, está Rizal terminando su primera novela, por los años en que anota en su diario: «Creo que soy honrado, nada me remuerde la conciencia si no es el haberme privado de muchos placeres. Siento que mi corazón no ha perdido nada de su vigor para amar, sólo que no hallo a quién amar. He gastado poco ese sentimiento.» Podemos fácilmente desmentirle: ha hallado, desde su primera niñez, a quien amar apasionadamente: a una patria filipina que no le gustaba y cuya extremosa pintura traza en el «Noli me tangere», especie de declaración de guerra de orden intelectual que señalará a su figura como símbolo del inconformismo. Cuando regresa a Manila después de cinco años de ausencia, la transformación ha sido radical: aquel muchacho de veintiún años que anotaba en sus apuntes deber todo a sus maestros, vuelve, después de haber lanzado contra ellos un libro con gruesos trazos, cuya repercusión y éxito puede darse por descontado. Las posiciones quedan a partir de este momento delimitadas. Su novela —publicada en Berlín en castellano en 1887— deslindará dos campos: el de los reformistas —filipinos y españoles—, que a los ojos de los que sustentan la tesis tradicional aparecerá afectado de ingratitud y «germanismo», y el de los intransigentes —españoles

o filipinos— que desean la continuidad de la situación, y que a los ojos de los primeros se ve —nada más y nada menos— que como la representación de una tiranía que ha impedido el desarrollo político y cultural del país.

Los dirigentes del movimiento de reforma tendrían razón en lo principal: en el anhelo de independencia —que aparece fatalmente siguiendo los pasos del primero— y en el mantenimiento de la tesis de que la unión política entre España y Filipinas no se explicaba si la presencia de España no tuviese por misión preparar aquel país para su autogobierno en un grado o en otro. Las razones nacionalistas españolas partían de otros puntos de vista: Filipinas era absolutamente una obra de España y no había que pensar en una separación. Y segundo, si ésta llegaba sería únicamente para que Filipinas cayese en la órbita de otra potencia extraña.

Lo cierto era que «Filipinas» era el espacio donde el poder militar español se había mantenido durante tres siglos y medio, y por eso, y debido a eso en primer lugar, se manifestaba a finales del XIX *en aquel espacio geográfico una nacionalidad. Enconados los argumentos de una y otra parte, cayó Rizal en la lucha destruído por una política que no supo —y no extrememos el reproche, ya que no es exigible el don de adivinación— ver con cincuenta años de adelanto. De haber existido estadistas con esta visión anticipada, hubieran percibido en Rizal la perfecta encarnación de lo que España había procurado en Filipinas, quizá sin saberlo. Cuando se llevan instituciones de cultura y unas formas de vida y de pensamiento a unas tierras lejanas que no las conocen, no ha de extrañar que con el transcurso del tiempo maduren en aquellas tierras quienes —formados totalmente en dichas escuelas— aspiren a alcanzar una situación semejante a la de sus maestros. Esto, tan evidente, no se veía en el último cuarto del siglo* XIX, *cuando España se enfrentaba en aquel archipiélago con una situación política anticipada en casi tres cuartos de siglo a las que después surgirían en otras zonas de los continentes asiático y africano y —para dar un ejemplo más cercano y concreto— en una Indonesia, en una Indochina y en los demás países del sureste continental. El gran número de estudiantes de unas islas malayas estudiando en una capital europea carreras universitarias cuando en tierras hermanas las potencias ocupantes no habían pensado aún en implantar un sistema elemental de enseñanza es una de las escamoteadas realizaciones españolas, si bien nuestros abuelos no fueron capaces de admitir el*

hecho llevándolo a sus últimas consecuencias. Ya se ve en estos diarios cómo la vida cultural de la península estaba abierta a los filipinos: tenían acceso a la Universidad, a la prensa y a la vida intelectual, y nacía un interés hacia aquellas tierras —desconocidas para la casi totalidad de los españoles— manifestado por los hombres públicos, interés que se traduce en una política de rápido avance en todos los órdenes desde 1861, en que caen las antiguas leyes, hacia adelante. En este mayor interés hacia Filipinas participan diversos factores: la apertura de Suez; la revolución industrial europea que lleva a diversas potencias a Extremo Oriente, y otros varios, pero en primer lugar el despertar de la conciencia nacional filipina a la luz de las nuevas realidades políticas de Europa. Al final de su vida Rizal podrá escribir: «Yo he empleado las energías de mi juventud sirviendo a mi país, aunque mis paisanos no lo quieran reconocer; sin embargo, no se puede negar que hemos conseguido que en España se ocupen de Filipinas, que esto era lo que faltaba. Lo demás lo harán Dios y España. Así lo espero.» Estaban, pues, en conflicto las fuerzas de quienes no veían sino ingratitud en aquel que era obra de España —en aquel que viajaba por Europa causando la sorpresa de extranjeros, que no sospechaban pudiera existir un filipino de tan gran cultura—, y estaban en conflicto contra fuerzas que representaban un anhelo de libertad. En el alma de Rizal y en la de sus compañeros operaba el sentimiento, tan comprendido hoy día, de pertenecer a un pueblo no dueño de sus destinos.

En este conflicto cayó Rizal como víctima, iniciando con su muerte el trágico destino de las tres figuras pricipales de la Revolución filipina, cuyo sino sería morir devoradas por sus progenitores. Después del sacrificio de Rizal, el caudillo popular Bonifacio —agitador de masas que enfocará la Independencia como Revolución de signo racial y demagógico— morirá a manos de la Revolución filipina militarmente organizada. Y finalmente, el tercer caudillo de la Revolución y cabeza de su ejército, Emilio Aguinaldo, será destruído —no cruentamente, pero sí políticamente— por las fuerzas portadoras de la ideología que le habían nutrido y llevado a la victoria, dejándole después de ésta convertido en figura de museo. De esta manera los frutos de la obra de Rizal, Bonifacio y Aguinaldo serían recogidos por otras personas, pero no por los sembradores.

Mas todo ello es posterior en más de quince años a las Memorias del Rizal juvenil que hemos querido presentar con este prólogo y que

nos muestran a un hombre extraordinario que vive a altísima tensión y con un proyecto muy decidido y cuya conmovedora muerte —en el seno de la Iglesia Católica— invalida cualquier reserva. Vida alerta la de Rizal que, a cuerpo limpio y sin apenas armas —salvo la de su extraordinaria inteligencia— se dispone a atacar a cien molinos.

P. ORTIZ ARMENGOL
Septiembre, 1959.

I

DIARIO DEL VIAJE DE FILIPINAS A ESPAÑA. AÑO 1882

TPANSCRIPCION Y NOTAS DEL

DR. ANTONIO M. MOLINA

Catedrático. Universidad de Santo Tomás (Manila)
Miembro Titular del Instituto de Cultura Hispánica
de Madrid.

Este diario rizalino de 1882 tiene su historia.

El original, de puño y letra de su autor, el doctor José Rizal, fué encomendado a un antiguo compañero de estudios suyo, el laborante don Eduardo de Lete.

Este, transcurridos algunos años, ofreció vender el Diario al Gobierno filipino. Con este fin, envió una copia exacta hecha por sí mismo a su amigo el doctor Mariano Vivencio del Rosario, para que éste se la enseñara a las autoridades competentes. El trato no llegó a consumarse. Don Eduardo de Lete pasó a mejor vida y sus papeles fueron a poder de su viuda. A su vez, el doctor Vivencio del Rosario retuvo la copia del Diario rizalino.

Con la guerra española de 1936 se perdió todo rastro de la viuda y demás familia del señor De Lete. Se presume que con ellos pasaron a perderse para siempre los papeles y demás documentos de la familia, incluyendo el original del Diario del doctor Rizal.

La copia hecha por el señor De Lete puede, pues, considerarse como «original», ya que es la primera y única sacada directamente del texto primitivo. Esta copia obra en nuestro poder. La heredamos del doctor Vivencio del Rosario, tío carnal de la madre del que estas líneas escribe. Por nuestra parte, hemos vuelto a presentar este original de Lete a las autoridades de nuestra Biblioteca Nacional. No han puesto en tela de juicio la autenticidad del documento ni su fidelidad al texto original rizalino.

Juzgamos, por tanto, que el documento que aquí se transcribe con notas nuestras no deja de tener valor histórico, aparte el interés grande que debe ocasionar a todo aquel que tenga verdaderos deseos de ahondar más en el estudio de la polifacética personalidad del máximo héroe de los filipinos, el doctor José Rizal. Las notas que acompañamos al texto tan sólo miran a llenar algunas lagunas y adelantar explicaciones que hagan más inteligibles las alusiones y demás información que el Diario en sí adelanta.

Y nada más.

A. MOLINA.

1 de mayo. Lunes, 1882 (1).

A las cinco de la mañana despertóme mi hermano (2) para que cuidara del viaje. Levantéme maquinalmente y arreglé lo que iba a llevar.

Mi hermano me dió los 356 $ (3) que debía yo llevar. Llamé a mi criado para que cuidara de llamar al vehículo que debía conducirme a Biñán (4). Vestido y mientras esperaba el desayuno llegó la carromata (5). Mis padres (6) se habían despierto ya, pero mis hermanas (7) aún no. Tomé la taza de café. Mi hermano me contemplaba con dolor; mis padres nada sabían (8). Al fin, besé su mano (9). ¡Estaba próximo a llorar! Bajé apresuradamente, dando un adiós mudo a cuanto me era querido: padres, hermanos, casa. Todo iba a abandonar. Pasé a buscar a mi hermana Néneng (10) para pedirla una sortija de brillantes (11), pero aún estaba dormida (12). Seguí, pues, mi camino hacia la casa de mi hermana Lucía (13). Mi cuñado (14) estaba ya despierto y contaba con que me iba a acompañar, pero no fué así. Continué. El sol empezaba a asomarse.

Las casas de Calamba (15), sus cultivados campos, su Makíling (16), toda su hermosura sencilla y pintoresca, todo adquiría en aquellos instantes un valor inapreciable a mis ojos.

Cuando pensaba que dejaba a mi familia, un raudal de lágrimas asomaba a mis ojos. Sentía ahogarme.

El caballo iba ligero; mi cochero, silencioso, y yo también. ¡Qué de pensamientos; qué de tristes reflexiones!

¡Ay! ¡Cuánto sacrificio para un efímero bien!

Llegamos pronto a Biñán. Allí cambié de carromata, siendo mi nuevo cochero Vicente, antiguo conocido. Di a Macario una peseta para propina. Este nuevo cochero, Vicente, era alegre y locuaz. Me contaba muchas cosas, que no entendía. Algo me distraía, pero no del todo.

Así pasamos San Pedro Tunasán, Muntinglupa, Las Piñas, Parañaque (17), hasta Malate (18). Le di tres $. Tomé otra carromata hasta Manila (19) (10 hrs.).

Allí encontré a Chengoy (20) con Dadión (21). Aquél me dijo que me daría el pasaporte el mismo día. Efectivamente llegó mi tío Antonio (22) trayendo el pasaporte. Fuimos a casa de Henry (23), en donde tomamos pasaje y después compramos lo necesario. Aquella tarde me hice arreglar una silla perezosa y después me puse a escribir cartas.

¡Qué noche aquélla! ¡Qué angustiosa para mí! ¿Veré a mi familia, a mi padre, madre, hermanos y cuñados? ¡Ay! El que no ha salido jamás del seno de su hogar; el que ha salido al amor de mil adioses y despedidas puede considerarse feliz. (El Pasaje me costó...) (24).

2 de mayo. Martes.

A las siete llegó mi compadre, Mateo Evangelista, uno de los que más trabajaron y ayudaron para conseguir mi pasaporte. Fuimos a ver el «Salvadora», anclado en el río (25). Su capitán nos recibió bien, amigo, como era, de mi compadre, quien me recomendó a él.

Después visité a don Pedro A. Paterno (26), que me dió una carta de recomendación para su amigo Esquivel (27), pidiéndome llevara sus retratos a sus hermanos (28). Despedime de su familia (29) y saqué mis otros objetos.

A la tarde me despedí de los PP. Jesuítas (30), los que me dieron eficaces cartas de recomendación para los PP. de Barcelona. Debo mucho a esta Religión; casi, casi todo lo que represento (31). Allí hallé a un señor, quien se ofreció voluntaria y bondadosamente a recomendarme también a sus amigos comerciantes (32).

De allí pasé a despedirme de mi querido profesor de Dibujo, don Agustín Sáez (33), quien sintió mucho mi salida.

Pasamos después mi tío Antonio, Gella (34) y yo a cenar en el café Suizo (35), con Rosauro de Guzmán (36). Mi antiguo amigo, Chéngoy no podía seguirnos, enfermo, como estaba, de ojos.

Pasé a despedirme de mis amigas de Valenzuela (37), a quienes encontré vestidas, porque iban a visitarme, por vía de despedida (38). Allí encontré los retratos y el té que Paterno mandaba a sus hermanos. Diéronme como recuerdo (39) un cántaro de sopas (40) y un cajón de chocolate, obsequio de la buena Capitana Sánday (41), madre de Leonor (42).

De allí a mi casa, concluyendo los últimos preparativos y escribiendo las últimas cartas.

3 mayo. Miércoles.

Despertéme las cinco de la mañana. Me vestí y oí misa (43) en Santo Domingo (44). Quizás sea la última, que oiga en mi país. ¡Ah! ¡Qué de recuerdos de la niñez y de mi primera juventud!

Al retirarme, desayuné; digo mal, probé hacerlo, pero no pude. Estaba como aletargado. Al cabo de poco, llegó mi compadre (45), quien desayunó en casa. Los regalos de la buena Capitana Sánday sirvieron en el desayuno. Sentía no poderlos llevar, siquiera un pedacito.

Bajamos después: mi tío Antonio, Gella, mi compadre, Chéngoy y yo. Chéngoy se despidió de mí en la puerta. No podía seguirnos. Abracé a este bueno y fiel amigo. Sentía que iba a caer de tristeza. Dirigímonos a Magallanes (46), en donde encontramos al «Salvadora». Abordamos a él, y como mis compañeros querían retirarse, les supliqué no me dejaran tan pronto. Accedieron gustosos a mi petición y me acompañaron a la bahía (47).

Allí procuraba aprovecharme de los momentos, hablando y gozándome con verlos; últimos amigos, que veía y que, para mí, representaban todo mi país y mi familia (48). ¡Cuántos servicios me prestaron, cuánta solicitud!

Llegó, al fin, la hora de separarnos. Yo no podía hablar. Les abracé dos veces y hubiera querido retenerlos abrazados. ¡Qué sería si fuesen de mi familia!

Se alejaron. Yo les vi alejarse y no podía separarme de ellos, hasta que doblaron el Malecón (49). Una y mil veces me saludaban con el pañuelo; quería retenerlos con mi mirada. ¡Amigos, que fuisteis para mí una segunda familia, que trabajasteis, como nadie, para mi bien! ¿Qué os podré pagar? Aún recuerdo lo que me decíais: «¡Sé hombre!» Pues bien, soy hombre y por eso lloro. Lloro al separarme de mi país, en donde reside toda mi afección.

Las lágrimas bañan mis ojos, pero el maldito pundonor las retiene.

Zarpa el buque al fin. Mueve su hélice, que barrena el agua, dejando tras sí dilatada estela. Mi patria, mi pueblo, os dejo yo; desaparecéis y os perdéis de vista.

Tomo el lápiz y quiero fijar, aunque imperfectamente, en el papel las playas de Manila.

Mi mano corre ligera, obedeciendo a mi corazón, y dibujo (50).

Pero, entre tanto, y poco a poco, los edificios iban empequeñeciéndose; sus contornos se iban confundiendo, aunque adquirían vigor sus sombras, formando un claro-oscuro contrastado. Después, sólo un bosque de palos y figuras informes en lontananza, dorado por un sol brillantísimo. Aquello era mi patria, mi patria querida. Allí dejé amores y glorias: padres, que me adoran; solícitas hermanas; un hermano, que vela por mi familia y por mí (51); amigos y amigas. ¡Ah!, ¡sí! ¡Cuántos amores, cuántos corazones que me hubieran hecho feliz y que, no obstante, abandono! ¿Volveré a hallaros libres, tales como he dejado? (52).

Leonoras, Doleres, Ursulas, Felipas, Vicentas, Margaritas y otras (53), otros amores ocuparán vuestras almas y pronto os olvidaréis del viajero (54). Volveré, pero me hallaré aislado porque los que antes me sonreían reservarán sus alegrías para otro más feliz (55). Y en tanto yo vuelo tras mi vana idea, una ilusión falsa, tal vez (56). ¡Encuentre yo a mi familia entera y muera después de felicidad! (57).

Llegó la hora del almuerzo. Somos unos diez y seis pasajeros: cinco o seis señoras; muchos niños, y los demás, señores. Soy el único indio (58). Tenemos también varios infelices, entre negros, indios e ingleses, presos de Port Bretón. El almuerzo pasó sin novedad ninguna.

Concluído que fué, vi nos hallamos frente a Mariveles (59). Tomé vista de él (60), y, seguí escribiendo. Al cabo de algún tiempo vimos Corregidor (61). Estos dos montes casi están uno frente al otro. El Mariveles es hermoso y se parece al Makínling de mi provincia, lo que me trajo vivos recuerdos de aquel poético país.

Desde esta mañana el tiempo era precioso; el mar, tranquilo y bonancible, más que mi querida Laguna. Diviso otros montes, que no conozco y desearía saber. Están a la izquierda del Corregidor. Pregunto cómo se llaman y nadie me puede dar razón. Dicen que es de la isla de Luzón (63).

Nosotros al venir de Manila pasamos por entre Mariveles y el Corregidor (64). Enseñáronme las islas del Fraile y de la Monja (65); aquélla, a la derecha, y, ésta, a la izquierda del Corregidor, mirando al O. Las aguas del mar tienen un color azul-oscuro, que no tiene el agua dulce.

Entre los pasajeros, que son todos europeos, los hay de varias

clases. Me he estado hablando largo rato con un salmantino, soldado de la Guerra Civil (66), que me hizo algunas descripciones de varias acciones de que fué testigo.

Tenemos enfrente la isla de Mindoro (67).

Viaja con nosotros un inglés que habla bien el castellano, pero vocaliza muy mal. Parece que tiene en su boca una cosa como sujetando su lengua. Es alto y delgado.

El sol se ponía; una viva llama esparcía su disco, más vivo aún, reflejándose en la rizada superficie del mar. Las caprichosas nubes teñidas de un rojo vivo parecen las bóvedas de una candente gruta. Las sombras iban invadiendo el Oriente. extendiéndose uniformes, pero perdiendo en intensidad a medida que se acercaban a Occidente.

Navegamos por un inmenso desierto. No había un pez que jugase.

He cambiado de trabaje. El que llevo es el único de lanilla, que me hizo mi buena hermana, María. Esto me vuelve a recordar que el año pasado, por esta misma época, viajábamos en un casco (68) mis hermanas, Néneng, María y Tríning con Ursula, Victoria y otros por la Laguna, en dirección a Páquil (69). ¡Cuánto ha pasado ya! Entonces admiraba yo los poéticos lugares y caminos de mi país. Hoy no admiro más que la inmensidad del mar.

La luna se había elevado de las aguas. Reflejos de sol en Occidente y un disco redondo y hermosísimo en Oriente. La brisa, suave y fresca, mece mi frente regalándome aroma y frescura y hace temblar el papel. En mi pueblo tal vez miran a la misma luna como la miro yo. Tal vez mi madre y mis hermanas, viéndola, piensan en mí como yo en ellas. Si en vez de mirar un punto nuestras miradas se encontrasen...

Está bastante oscuro y no puedo seguir escribiendo.

Meditemos.

Han traído un farol suspendido de unas cuerdas. A su luz escribo estas líneas. Sentado en mi perezosa, vuelto hacia la luna, la miro elevarse lentamente rielando en las ondas.

Recuerdo aquel verso que recitaba mi madre:

«Cuando en las ondas
De los vastos mares
Corría a sepultar
Sus rayos bellos
El Rubio Apolo, etc...»

Por la palabra «ondas» multitud de pensamientos invaden mi mente, todas hacia mi familia y mi pueblo.

Una señora está cantando y meciendo a su hijo. Así me había mecido mi madre tal vez.

El sueño se apoderó de mí.

2.º día de mi navegación. 4 de mayo.

Este día han empezado las marejadas. Me he mareado. En todo el vapor no hacen otra cosa que conjugar el verbo «marear»: viejos, niños, hombres y mujeres lo dicen. Ninguno quiere confesarse mareado, pero es el caso que los hay muchos.

—Yo tengo una cosa así como un asiento en el estómago, pero no estoy mareado.

—¡No! ¡Ca! No, señor, no estoy mareado. Tengo solamente algo mala la cabeza.

El día lo empleé en dibujar y en dormir. Me sentía mal. Apenas he probado bocado.

Viene con nosotros un señor español, de barba y quevedos, alto, fruncido de frente, bien vestido y poco comunicativo. De cuando en cuando me dirigía la palabra. A pesar de su aspecto me es simpático.

El sol se puso como ayer, pero la luna no apareció sino mucho más tarde.

Me quedé dormido. No cené. A media noche bajé a mi litera.

3.º día (5 de mayo. Viernes).

Estoy muy mareado. Dormí. Vi algunos pájaros bobos grandes; esto me divertió algún tanto.

A la hora del almuerzo nos sentamos. Alentéme a probar bocado; lo hice bien. Al final del almuerzo aparecieron los bajos de que un mozo me habló. Se llaman los bajos de la Plata (70). Distan de Manila 440 millas; esto es que estamos a la tercera parte del camino. Se parecen a unas fajitas blancas de lejos.

Estoy menos mareado. Me encuentro mejor... En la comida no me estuve tan mal. Ligera lluvia al descender el sol.

Hoy he contado los chiquillos y me parece que son doce; las señoras, cinco; los hombres, unos diez. Los chiquillos hacen mucho ruido.

Esta noche estuvieron en conversación los señores Barco, Morlan,

Pardo, Buil y otros. Se habló mucho del gobierno en Filipinas. La censura corrió como nunca (71). Vine a descubrir que todos en mi pobre país viven con el afán de chupar la sangre al indio, así frailes como gobernantes (72). Excepciones habrá, como ellos dicen, pero muy raras. De aquí el que se originen grandes males y enemistades entre los que se disputan el mismo botín.

—He sido muy franco—dijo Morlan—, y esto les he demostrado a todos ellos. Yo no hablo de su moralidad privada, pues sólo hablo genéricamente.

—Es el caso—contestó Pardo—que de tres días a esta parte usted no ha hablado bien de nadie.

Esto le pareció mal al señor Morlan y hubo una discusión que tomaba mal viso. Parecía que iba a concluir mal. Iba llevarse la cuestión a insulto. En fin, no hubo nada. Y paulatinamente se separaron para dormir.

4.º día (6 de mayo. Sábado).

Amaneció el día como siempre, sin ninguna novedad.

Parece que el disgusto sigue entre Morlan y Pardo.

El vapor se balancea menos. Hemos visto el aparato con que se miden las millas y el Capitán, que amablemente me preguntó por mi salud, me dijo que en diecinueve horas hemos recorrido 156 millas y pico.

Esta noche jugamos al ajedrez. He ganado tres veces (73).

He visto después el mar en medio de la oscuridad. ¡Ah! Hay cierta amenaza terrible en su espantosa soledad. Parece que está airada y necesita una víctima. Infeliz el que cae en sus ondas, en medio de su desierto. Parece un monstruo infinito dotado de una vida infinita que se manifiesta por un movimiento continuo: un monstruo todo boca; esto es, un inmenso abismo abierto; esto, el abismo por excelencia.

Esta noche mis compañeros de viaje vieron mis mal trazados croquis y retratillos. Esto les gustó mucho. El ex gobernador de Antique (74) los elogió mucho y mañana tengo que hacerle su retrato.

Jugamos al ajedrez. Y estuvimos largo tiempo en conversación el señor Buil, otro, y yo.

Después fuimos a dormir.

5.º día (7 mayo. Domingo).

Hoy es domingo y no tenemos misa. No hay capellán a bordo (75).

He hecho muchos retratos este día.

Los niños hacen más alboroto que un batallón de caballería dando la carga.

Vamos mejor. Casi, casi hay una calma igual a la que teníamos en Manila cuando salimos.

6.º día (8 de mayo. Lunes).

La calma que hoy reina es tan completa como la del primer día.

Dicen que veremos las islas Natunas (76), donde el vapor «Gloria» encontró su muerte hace cinco años. Dicen que mañana veremos Singapore. Esta noticia regocija mucho a los pasajeros.

A las tres y media descubrí montes e islas (77), que mis compañeros me enseñaron. Formaban al Sudoeste una hermosa vista para nosotros que hace días no habíamos visto tierra. Una larga cadena de islas formando una especie de cordillera montañosa me hacía recordar la isla de Talim (78) con el «Súsong Dalaga» (79) de mi provincia; allá un monte de formación volcánica; más allá, otra parecida a la isla de Calamba; todas ellas cubiertas de exuberante vegetación. Dicen que las pueblan salvajes, semi-antropófagos. Es el caso que la única señal de vida, que advertimos ahí era un «sampán» chino (80), pirata tal vez, navegando a toda vela.

Vuelve a mi memoria el recuerdo de mi familia y mi país. ¿Volveré a verlos? Siempre la misma pregunta. Y si no encuentro a mis padres, si mi pretendida ilustración me costase un afecto de mi corazón, ¿cómo sería mi arrepentimiento? Pero el dolor de la despedida se me aparece menos. ¡Oh tiempo!, ¿qué misterioso lenitivo llevas en tu vuelo que borras cualquiera herida del corazón?

Día 7.º (9 mayo. Martes).

Nosotros somos aquí la mar:

El señor Salazar con su señora	2
Morlan y señora	2
Hijos de este caballero	4
Un hermano de íd.	1
Godínez y señora	2

Niños	3
Medina y señora	2
Niños	2
Ortiz y señora	2
Niños	5
Buil	1
Barco	1
Primo del señor Medina	1
Comerciante de no sé que	1
@ José Mercado	1
Criados	5
Un inglés: señor Croales	1
Señor Pardo (Vicente)	1
TOTAL	37

Esto es, 13 hombres; 10 mujeres: 14 niños (81).

Los hombres, casi todos, mal hablan del país a donde van por motivos pecuniarios (82). No obstante, los señores Godínez, Morlan, Medina, Buil y Pardo no les he oído decir la menor palabra injuriosa para la *mal gobernada* colonia (83). Principalmente este último, alcalde actual de Barotac Viejo (84), defiende en muchas ocasiones muchas cosas que los otros vituperan. Al menos sabe agradecer. Los otros, que hicieron allí su fortuna, que se estuvieron años y años (el señor Barco (18), libre y voluntariamente, y, que hoy se retiran con más miles que buenos sentimientos, se encarnizan mucho. Yo no sé cómo han tenido tan mal gusto de sufrir semejante martirio (85). Verdad es que sacaban oro, y yo creo que por esto serían capaces de todo.

Las mujeres exceden a los hombres mucho más. En comparación de éstas, los maldicientes son unos poetas líricos. Si se les hubiera de dar crédito, España sería un paraíso donde el más tonto sería un genio en virtud, en talento y en sagacidad comparado con los otros, y en Filipinas no se encontraría ni un átomo útil, porque parece que Dios perdió allí su providencial sabiduría (86). Hasta con los otros países se portan de la misma manera (87). No obstante, comparando nuestra situación con la que tendremos cuando lleguemos a las Mensajerías, elogian algún tanto a éstas, aunque en el elogio marquen siempre un fondo de alabanza propia.

Los niños arman mucho ruido. Cuenta la tripulación que jamás hacieron un viaje parecido (88).

El vapor «Salvadora», según nos dicen, tiene doscientos pies de popa a proa. Es bastante bonito y limpio; unos hermosos camarotes, cuatro o cinco botes grandes llaman la atención y constituyen su especialidad. Corre de siete a ocho millas por hora.

El Capitán, don Donato Lecha es un asturiano bueno, cumplido con su deber, joven, lleva la honradez pintada en su cara; afable, de pocas palabras, mucho más fino que otros paisanos y colegas suyos, que he conocido. Su segundo, que es un joven andaluz, es un muchacho listo, entendido.

En estos momento, llueve. El mar conserva ya su calma de ayer. No vemos más que un monte muy lejano al NO. El mar presenta un color verde hermoso y con las espumas, que el vapor arrojaba, me hacía recordar algo vago de mi niñez.

Distinguimos ya claramente varias islas. La farola se nos presenta como lírica llama. Después, más clara aún, se parece algún tanto al de San Nicolás (89), solamente que está sobre unas peñas.

Vemos más claramente embarcaciones, casas, vegetación, caminos, chimeneas, todo como de una ciudad activa. El práctico vino después. Atracamos. Multitud de indios, malayos, ingleses, invadieron la embarcación, quienes proponían con un lenguaje que solamente ellos comprendían, coches, cambio de oro por plata, etc., etc. Uno me cambió unos quince pesos de oro (90) por otros de plata con tres pesetas. En fin. desembarco y tomo un coche, que me conduce al hotel de la Paz (91).

SINGAPORE (SINGAPURA)

Estoy en mi cuarto, que da a un patio contiguo al hotel de Europa. Oigo hablar el inglés por todas partes. Recordaré todo lo que he visto desde esta tarde.

Al bajar del vapor y dirigirme al coche, el indio auriga me decía: «Nam, Nam» (92), pidiéndome una placa donde había un número, que él me había dado. Era el suyo. En fin, le entregué y partimos.

Dos almacenes grandes de carbón, pero grandes, hay a la entrada el desembarcar; luego, calles bien hechas; vegetación, a los lados; casas al estilo chino; multitud de indios de formas hercúleas; chinos; alguno que otro europeo, y chinas, rarísimas. Tiendas por todas partes con

anuncios en inglés y en chino; una animación grandísima del sexo fuerte. Los coches tienen una forma parecida al tres por ciento (93) y tirados por un solo caballo. De estos los hay grandes y también muy chicos. Casas bonitas como en Filipinas no he visto todavía. Pasamos por el templo Malabar, el musulmán y el chino. Vimos la oficina de la Policía y al volver para el hotel, vi el templo protestante de forma gótica. Después bajé al hotel de la Paz en donde mi cochero me pedía un duro por la conducción. Acompañáronme arriba y un chino me condujo a mi cuarto. El chino tenía una fisonomía graciosa y honrada, fisonomía rara en los chinos de mi país.

Un inglés que sabía algo el castellano me recibió bondadosamente y me habló y estuvo en disputa con el cochero a quien no di más que medio duro. Multitud de estos indios me asediaban, ofreciéndome un millón de cosas.

Yo no compré más que un peine y un bastón por dos pesetas.

Se me olvidaba decir que a nuestra llegada, muchos chiquillos iban en banca (94) diciéndonos «a la mer», «a la mer», «aller» (95), para que les arrojásemos dinero. Causa asombro tanta destreza y rapidez, parecen unos peces. Por dos cuartos saltan al agua y los cogen (96).

Bajé de la fonda y encontré al mayordomo, un Lala-Ary (97) en figura, que habla español, inglés, francés, malayo y alemán, quien me explicó varias cosas. Fuime al templo protestante (98) y encontré allí una pila de agua bendita con un niño llevado por alguna señora y varios ingleses. Allí había algún ministro. Vi también muchas señoras sentadas. Sentéme yo también y leí algo la Biblia (99). Lo bueno que hay son muchos «pankás» (100), que deben hacer el oficio de abanico para todos los fieles. No hay ningún santo (101). Salime ya después y di un paseo.

Casi todos van en coche menos los pobres chinos. Vi la esplanada donde jugaban muchos ingleses a la pelota; un magnífico coche tirado por dos hermosos caballos negros (102), grandes, con dos cocheros ingleses (103), y, dentro, el Maharadja de Lahore, un anciano, grueso, de figura respetable, vestido medio a la europea con una especia de delantal. He visto una china de pequeñísimos pies (104). Pero india ni malaya, ninguna. Pregunté esto y me dijeron que se quedan en sus casas.

Mañana visitaré la población.

Hay muchos coches de alquiler.

Me sorprende el encontrar las calles plantadas de árboles y abundante... (105) por ambos lados. Es bastante hermosa la población.

Al retirarme me estuve largo tiempo esperando la cena. Al fin vino ella después de haber yo hojeado una ilustración alemana de hermosos dibujos (106).

Muchos ingleses e inglesas, dos jovencitos siameses, que cualquiera diría filipinos, fueron nuestros comensales. El servicio-todo de chinos, con mi indio Goinda, dependiente, y Tam, el Lala-Ary. No había orden ni concierto en el servicio. Además del agua de beber hay para cada uno una taza para lavarse (108). Dos «pankás» refrescaban a los comensales. Aquí probé morisqueta (109), inferior a la nuestra; las piñas (110), aunque pequeñas, son dulces y saben bien; el plátano, malo.

Me olvidaba. Una jovencita inglesa, rubia como la que me encontré a mi llegada (111). ¡Cuánto sentí no saber el inglés! (112). Acordábame de Dora (113) cada vez que la veía. Se me figuraba que la concepción de Dickens (114) debía parecérsele mucho.

2.º día en Singapore (10 mayo. Miércoles).

Hoy hace una semana que salí de Filipinas y estoy ya en país extranjero.

He tenido un sueño triste y espantoso, con todas las apariencias de la realidad. Soñé que estando en Singapore mi hermano se había muerto de repente y se lo comuniqué a mi anciana madre, que viajaba conmigo en el mismo vapor. El sueño fué confirmado por Sor Catalina (115), y entonces tuve que regresar dejando todo lo que tenía en este país. ¿Por qué habré soñado así? Pienso telegrafiar a mi pueblo y enterarme; pero, no soy supersticioso (116); dejé a mi hermano fuerte y robusto. Es verdad que una vez tuvé un sueño que se realizó. Antes de los exámenes del primer año de Medicina soñé que me preguntaron en ellos ciertas cosas; no hice caso, pero cuando llegaron, me preguntaron lo que en mi sueño. ¡Quiera Dios que suceda así! (117).

Después del baño y el almuerzo tomé un coche para un día y fuime a recorrer calles.

Lo primero que vi fueron dos casas hermosas de chinos al estilo europeo (118), rodeadas de tapias y en medio de árboles. Hice que el coche se parara frente a un edificio chino con unos adornos y drago-

nes y pinturas, y entré. Yo iba provisto por Goinda de algunas palabras inglesas. Con esto entré a una especie de pequeño jardín entre columnas y pedestales. Multitud de plantas hermosas y variadas flores colocadas con simetría y orden; jaulas en los dos extremos; en una de ellas había faisanes, cierta especie de pavos y otros pájaros; en la otra, venados pintados y pavos reales. Salí de allí y entrando en el coche proseguí mi camino.

Mi cochero, que me dijo llamarse Nija, me enseñó un hermoso edificio inglés, después el templo francés. Allí paré y bajé. Se atraviesa un hermoso jardín para llegar a él, pero lo encontré cerrado. De allí al templo portugués; lo mismo, cerrado; pero, el jardín, menos hermoso.

Corriendo, corriendo llegamos a la fábrica del gas; un edificio, todo nuevo para mí; entré, pero no vi nada ni pude llegar al interior. Después de esto, un magnífico templo chino que estaba para concluirse; entré en él: columnas largas y altas, pintadas con color de café; tres altares con ídolos pintados; en el medio hay un genio soplando piedras sobre un dragón; pinturas, esculturas y bajorrelieves de mérito. En el patio hay una torrecita de piedra viva muy graciosa.

Después, siguiendo por muchas calles y tiendas de peces, frutas y mil quisicosas; después de haber visto dos hermosos mercados como no los hay en Manila, vi la magnífica casa del Cónsul Americano con su bandera izada. Visité también un gran Colegio de chinos, malayos, indios e ingleses. Es un magnífico edificio y muchos niños concurren a él. El palacio del rajá de Siam es también notable y tiene un pequeño elefante de hierro o no sé qué sobre un pedestal colocado frente al edificio (119).

Un hermoso puente colgante atravesó mi coche y llegamos a un sitio animado: hermosas construcciones europeas, tiendas, escaparates, etc., etc. Es la Escolta (120) de allí. Allí están los bancos y un bazar de curiosidades del Japón. En todas las casas hay fuentes con sus grifos. En cierta manera está esto más adelantado que Filipinas.

Yo le decía al cochero que me condujese a las Mensajerías Marítimas, pero como no me entendía, tuve que retirarme a la fonda y preguntar al mayordomo cómo se dice en inglés las Mensajerías, y me enseñó una frase cabalística, que se la planté al cochero, quien me entendió como si fuese su hermano. Fué, pues, picando y de ahí volví a la fonda, encargando al cochero volviese a las tres.

Una hora después tomamos el tiffin (121) y más tarde tomé el

coche en compañía de Goinda, el joven indio, quien me enseñó a hacer varias compras. Fuime acto continuo al Jardín botánico, viendo de paso el cementerio de los armenios. Toda la carretera es preciosa, sombreada de árboles; hermosos puentes y graciosas casas.

Llegué (10 minutos) al Jardín, plantado sobre una colina como la mayor parte de las construcciones de Singapore. Es admirable por su limpieza y orden; numerosas plantas con su letrero al lado, bien cuidadas por malayos. Se sube por una senda limpia y con canales al lado, llegándose hasta una jaula pobre en habitantes; pues no había allí más que una cacatúa, un loro y otros pajaritos. Encontré junto allí una china con un niño inglés. Proseguí mi camino, admirándome y encantándome aquellos árboles, y entré en una especie de camarín, donde había variadísimas parietarias y aéreas a cual más bellas y raras. Allí encontré un malayo que no me entendió. Salí buscando animales mamíferos, pues creía que los habría, y no encontré más que una especie de jaula-camarín, donde hallé en varios departamentos dos soberbios pavos reales, un águila, dos marabús, pavos y gallinas de Guinea, pájaros de color azul, parecida a la abubilla en su plumaje, palomas torcaces, cacatúas y otros más pájaros que no conozco. Encontré otro malayo y como no me entendía le dibujé una vaca, como preguntándole si allí las había, y me contestó: *tadar* (122). Cansado de buscar vi un inglés que jugaba con su perro; le saludé y le pregunté por un jardín zoológico. Me contestó que no. Marcheme, pues, y busqué un coche y me retiré.

Encontré en mi camino varias inglesas, algunas, bastante bellas, muchos coches y otros paseantes. Paré por el juego de la pelota y después dije a mi cochero, recordando lo que me enseñó el señor Buil, *steamer,* dando a entender que me llevase a donde había vapores de Manila. Comprendiome y partimos. Era mi intención trasladar mi equipaje al «D'jennah» (123), pero me contestaron en el «Salvadora» que eso era imposible por ciertas cosas de ingleses.

Retireme mohino a la fonda dando al cochero dos $, dos duros, por todo lo que corrí en el día. Hay que advertir que por la conducción sólo, ayer pagué 1,20 $ (2,10).

Al poco rato llamaron a cenar y tuve la suerte de sentarme al lado de un inglés borracho. Este hablaba en francés; de manera que entablamos la conversación. Estaba borracho como una cuba y me repetía las mismas frases. Al fin, nos comprendimos. El no cesaba casi de hablar, hasta que concluída la cena tuve la fortuna de escurrirme y de-

jarle solo. Después de algunas vueltas, subime a mi cuarto a escribir.

A las dos de la tarde (124), después del tiffin, fuimos al muelle a embarcarnos en el «D'jennah». Gastamos por la conducción y por todo el empleo del día, dos pesos.

Instalado en mi camarote, subí a cubierta y allí encontré a los finos señores Salazar y Pardo, quienes me llamaron y me saludaron, preguntándome por mi salud. La conversación versó naturalmente sobre la excelencia del vapor «D'jennah». Sobrepuja a toda ponderación, y cuantas descripciones haga yo de él creo que serán pálidas. Baste decir que todo reluce de limpio: cobre, hierro, cinc y la madera. El barco es grande, muy grande; tendrá unas ciento cincuenta varas y de ancho unas diez o doce. Los camarotes son hermosísimos, limpios y bien ventilados. Cada uno tiene su luz, cortinas, palanganas, espejo, etcétera. El suelo está cubierto de esteras; hay grandes salones; los lugares excusados, limpísimos; los baños, excelentes. En fin, según dicen los que han viajado mucho, es imposible pedir más. A medida que vaya yo examinándolo más despacio haré mejores observaciones.

Reina gran orden. Hay un innumerable número de pasajeros entre ingleses, franceses, holandeses, españoles, malayos, siameses y filipinos (125). Dicen que viaja un príncipe siamés.

El servicio es inmejorable; atentos, cumplidos y listos son todos los camareros. Hay una biblioteca buena y bonita.

Esta tarde, durante la comida en la que nos sirvieron faisanes y frambuesas, tenía a mi lado a un holandés, que poseía muchos idiomas menos el español. Entablamos la conversación en francés y así lo voy aprendiendo.

2.º día (12 de mayo de 1882).

Esta mañana llovió fuertemente. El mar empieza a alborotarse, pero no hace aún balancearse al vapor. Encontramos a uno de bastante magnitud, aunque menor que el «D'jennah», pero le hemos dejado en menos de un cuarto de hora. Viajan con nosotros, según me han dicho, un francés, cuarenta holandeses, varios ingleses y españoles y muchos siameses. Estos son muy traviesos y poco aún civilizados. Los pequeñitos hablan en su jerga y no hacen más que reír.

Leo el *Carlos el Temerario*, de Walter Scott; la obra está en francés.

Esta mañana, después del almuerzo, pusiéronse a jugar los holan-

deses a un juego parecido a la tabilla. Las niñas holandesas, que son unas bellas muchachas, próximas a entrar en la pubertad, les ayudaron recogiendo los discos del suelo. Causa maravilla para quien ha visto el orgullo español, ver a estas jovencitas con su traje hermoso, ir corriendo tras los discos para alcanzarlos a los jugadores.

Durante la comida la conversación en francés va siguiendo. Cada vez voy notando lo exquisito del servicio que aquí tenemos. A la mañanita el garçon se pone a limpiar todos los zapatos y pónese siempre a nuestra disposición.

La cama de las literas es de muelle y está muy fresca. La limpieza es esmerada y en todas partes se nota el aseo más delicado (126).

Los siameses me han dicho en nuestro lenguaje semi inglés-mímico, que ellos son budistas y no cristianos.

Es gracioso todo lo que acontece aquí; yo estoy con un alemán, inglés y un holandés. Hágome cuenta de un pequeño Babel.

3.er día (13 mayo. Sábado).

Empieza a menearse el vapor; esto es, a balancearse con más gracia. Estoy mareado. La lluvia viene a visitarnos de cuando en cuando en forma de chubasco.

4.º día (14 de mayo. Domingo).

He tenido un sueño triste. Se me figuraba que en este viaje iba yo con mi hermana Néneng y que habíamos tocado en un puerto. Desembarcamos, pero como no había botes, tuvimos que vadear. Decían que allí había muchos caimanes y tiburones. Cuando llegamos a tierra, el suelo arenoso, pero sembrado en algunas de sus partes, estaba lleno de víboras, culebras y serpientes. Y en el trayecto para ir a mi casa había muchas boas colgadas; algunas otras, atadas; otras, muertas; aquéllas, vivas y amenazadoras. Andábamos mi hermana y yo; ella, delante y yo, detrás. Ibamos guiándonos mutuamente, Tropezábamos a veces con las muertas; otras nos procuraban coger y no podían. Pero, al fin de aquella fila, se estrechaba el camino y una serpiente atada, en verdad, pero amenazadora y airada obstruía el paso, no dejando más que pequeñito espacio. Mi hermana pasó felizmente, pero yo, a pesar del cuidado, me cogió de la camisa y me atraía hacia sí. Buscaba en mi debilidad algún apoyo donde agarrarme y no lo encontraba. Sentía yo que me acercaba a ella y su cola pare-

cía ya próxima a enroscarme. En medio de mis inútiles esfuerzos, cuando veía la muerte en forma de asquerosos anillos, vino Pedro, de carpintero de mi pueblo, quien de un tajo le separó de mí. Salvéme del peligro y llegamos a casa. Ya no me acuerdo de quién era.

Otro sueño también, menos espantoso, pero desconsolador, tuve al día siguiente. Figúrense que al llegar a Punta de Gales yo no sé qué ocurrencia tuve, que me volví a mi pueblo confiado en que alcanzaré el vapor en Colombo. Vi a mis padres quienes no me hablaron nada de mi viaje, y después de haberlos visitado pensé en seguir mi viaje. ¡Cuál no sería mi desconsuelo al acordarme de que volvía a empezarlo y que no le alcanzaría a la mala famosa y que me faltaban recursos! Tener otra vez que atravesar el mar hasta Colombo cuando debía ya encontrarme en Europa. Pedí prestado otros cien pesos resignado a estar en la cuarta clase. Estaba muy triste y desconsolado cuando se me presentó un compañero de viaje. Pero desperté y vi que estaba en mi litera. ¿Qué significarían estos sueños?

Hablo de éstos porque hasta Punta de Gales es lo más notable que he tenido, salvo el consabido mareo que me privó de comer un día. No se me tache de apocado y supersticioso porque no hago más que consignar mi viaje.

Voy teniendo más relaciones con los extranjeros.

Por fin llegó el miércoles por la mañanita, y lo primero que vimos fué Punta de Gales.

PUNTA DE GALES

Una vegetación tropical formada por la elegante palmera en medio de la cual se alzan unos pequeños edificios; un mar que se estrella contra las empinadas rocas convirtiéndose en abundante y blanca espuma. Ytaca tal vez se presente así a los ojos del viajero, y unas cuantas embarcaciones meciéndose muellemente. —¿Marinero, es ese Ceylón, es esa Punta de Gales, colonia inglesa hoy, antes holandesa?

La máquina se va debilitando; el práctico viene y un cuarto de hora después fondeamos.

Estrechas canoas surcan las aguas del mar, pero tan estrechas que sólo cabe un hombre de lado. Anchos botes tripulados por indios, varios de los cuales suben a bordo, ofreciéndonos ya monedas, ya a lavar nuestras ropas y otras cosas por el estilo.

¿Va usted a tierra? He aquí la pregunta que se hacen mutuamente.

Bajamos los tres holandeses y yo. Un ancho bote nos recibe y nos conduce a la costa. Una rupia cuesta la ida y la vuelta. Atracamos a una especie de pantalán de madera y yo vi que hay un fuerte, construído por los holandeses. Sobre la puerta se veía el escudo de los caballeros de la jarretiera. Entramos y tomamos un coche.

Vimos primero el templo protestante y después el establecimiento de Correos y recorrimos la ciudadela. Triste, pero muy triste, es el aspecto de ella: casas pequeñas en estrechas calles, bien aplanadas pero poco concurridas; de cuando en cuando, indios y varios chiquillos sentados o acomodados en las oscuras puertas. Una excesiva melancolía reina en aquella ciudad, cuyos habitantes parecen numerosos (127). Varias casas inglesas de bonito aspecto, pero poco animadas, llaman la atención del viajero. Salimos a recorrer los arrabales. Nuestro coche iba bien; el cicerone era muy charlatán, y por lo que he comprendido vimos el cementerio de los ingleses, la iglesia Católica, la mezquita musulmana y varias escuelas. Multitud de elegantes cocos se ven a ambos lados de la calle, entremezclados con pequeños plátanos y altos árboles de nanca con la rima de anchas hojas. Una expresión pintoresca pero solitaria y tranquila a la vez que melancólica es el carácter general de Punta de Gales. A veces el camino bordea un precipicio; a veces forma un pequeño pero largo valle en medio de las montañas; casas de indios compuestas de barro y piedra dentro de las cuales se ven las mujeres de un tipo tal vez demasiado varonil, aunque hermoso. Estas visten así como las de mi país, aunque no con los pintorescos collares y la conocida limpieza. Vi una bella de ojos grandes y facciones hermosas sobre una alta colina, que se alzaba en el camino; joven que me hizo recordar a Samtala. Ella estaba bajo la elegante palmera, mirándonos pasar. ¡Qué de hermosos idilios y terribles tramas tendrán lugar bajo aquella movible bóveda de los cocoteros! Los indios llevan el pelo largo y recogido, sin afeitarse. Es difícil distinguir por la cara los dos sexos antes de la pubertad. Los chicos siguen el coche pidiendo dinero tal vez y saludándonos (128). ¡Cuántos bellos y expresivos ojos no he visto! (Una rupia costó el paseo.)

Después llegamos a la fonda del Oriente en donde encontré a varios combarcanos. Cuando escribía a mi familia llegó la hora del almuerzo. Concluído éste, proseguí mis cartas. Pero, mis compañeros me invitaron a paseo, y les seguí. Fuimos a ver el jardín de las cane-

las. En el camino, hermosísimos paisajes solitarios, los mismos cocoteros.

El jardín no tiene nada de particular si se exceptúa el oficioso guardián y el río que, dicen, está lleno de caimanes. Uno de éstos resecado, colgaba de una especie de kiosco. Los árboles de canela como los nuestros de Filipinas. Nos ofrecieron varios pedacitos de piedras de diferentes colores.

Visitamos el templo de Budha. Encontramos a los indios postrados con el frente en el suelo, respondiendo a una especie de triste oración. Entramos y encontramos primero notables pinturas al fresco al estilo egipcio (129) y después grandes ídolos, y el de Budha más grande, que tendría unas ocho varas, recostado, pero con los ojos abiertos, formados por dos (130) que dicen, de esmeraldas y costaron 50 $ oro. Flores varias y de bonga son las ofrendas. Dejamos una limosna.

De allí estuvimos recorriendo y en el camino me decían ser aquél el Paraíso.

Concluí mis cartas y llevelas al Correo, en donde me engañaron en el cambio. Media peseta debía costar y me cobraron una y media.

Tomamos el tiffin y me cobraron por todo cerca de dos pesos.

Llegaron nuestros otros compañeros y después volvimos al buque.

Los sacerdotes budhistas que visitaron a los siameses fueron recibidos por éstos con grandes reverencias. Vestían el traje sencillo.

Gastos:

Por el bote.....		.....	6	..... $
Fonda	1	.....	7	..... »
Correo		.....	1	..... »
Coche	1	.....	1	..... »
	3	.....	5	..... »

De Punta de Gales a Colombo (18 de mayo).

Levamos el ancla a las siete, y, medio hora después nos alejábamos de Punta de Gales tomando un rumbo N. próximamente. Desde el principio las olas ya se mostraban más rebeldes, tanto que una vez invadieron la cubierta del vapor. Frecuentes y fuertes chubascos nos ponían en gracioso compromiso, lo que, agregado al movimiento aligerado del buque, enseñaban a los pasajeros una nueva especie de

gimnasia. Los chicos lloraban; las mujeres permanecieron sentadas, y los hombres, haciendo equilibrios.

En fin, a la 1:00 divisamos Colombo con su puerto y hermosas vistas. El rompeolas de altura de un metro sobre el nivel del mar, se interna bastante y elegantes y altos edificios convidan a lo lejos al curioso y fatigado viajero. Varias embarcaciones esperan en la bahía, entre vapores y barcos.

Unas lanchas que venían cargadas de café atracaron al costado del buque y se arrebataban yo no sé qué cuerda. Los muchos indios que lo tripulaban empeñaban entre sí una gran contienda; grande, al menos, por las muchas palabras e infinitos gestos con que se amenazaban. Muchos hemos acudido a verlos. En fin, después de perorar éste, amenazar aquél, terciar el de más allá, sacar el otro un palo; después de estos preliminares, se agarraron dos en medio de la expectación universal y se separaron después de haberse cansado. Inútil es decir que no hubo ni derramamiento de sangre ni otra cosa por el estilo. Yo no sé cómo terminó la contienda ni quién fué vencedor en ella. Es el caso que uno de los barquichuelos aquellos se apoderó del deseado cable y todo fué allí a parar.

Entre los que acudimos a verles se contaba un joven, Jorab —holandés de nacimiento, que iba a ir a Europa para concluir o estudiar la abogacía. Era muy curioso verle perseguir como disimuladamente a una jovencita, que desde ayer era el objeto de sus atenciones. Yo, que de cuando en cuando, les echaba el ojo, noté que parece haberle comprendido ya la joven, pero hasta allí sólo llegan mis suposiciones.

El tiempo se serenó un poco, lo que permitió a muchos pasajeros el bajar a Colombo y visitarlo, pues muchos aún no lo habían visto. Yo, uno tal vez de los más curiosos, bajé a tierra también en uno de los angostísimos maderos que quieren tener aspiraciones a piraguas. Estuve solo en uno de ellas porque el pícaro del banquero (131) no quiso admitir más. Cuatro españoles, compañeros y combarcanos, se me habían adelantado.

En el camino estuve examinando el espigón del puerto, que es así como llaman a una especie de malecón curvo, que sobresale del agua para romper las olas e impedir que éstas vengan a turbar el tranquilo seno que forma con el lado opuesto. Esto me hizo pensar en Manila (132).

Yo estaba en una ansiedad aflictiva, temiendo que mis compañeros me hubieran abandonado, como efectivamente me pareció, cuando

aún estando yo en la piragua, les vi subirse en un coche y alejarse. ¡Cuál sería mi pesar, sabiendo como sabía yo, que la ciudad que iba a visitar era inglesa y que probablemente ninguno me comprendería! Pero, afortunadamente dejaron un guía o cicerone indio vestido de blanco, quien por medio de señas y de mímica me significó que mis compañeros se habían ido al hotel (The Grand Oriental Hotel).

Después de atravesar unas calles enlodadas, muy exactamente parecidas a las de Manila, y después de admirar varios edificios grandes y hechos tal vez como los de Europa, llegamos, mi guía, el banquero y yo al hotel en donde encontré a mis compañeros.

El señor Ortiz, encargado de llevar las cuentas pagó al indio de la piragua, y después de haber encargado la comida para los seis, tomamos nuestros coches, yo solo en el mío, y fuimos a recorrer la población.

Más hermosas, despejadas y elegantes que las de Singapore, Punta de Gales y de Manila, aunque de menos animación que estas dos últimas (133). Los edificios, como ya he dicho, son muy preciosos, parándonos primero en la estación de Correos. Cerca de allí vi una bien moldeada estatua de tamaño natural de sir Edward Barnes. La actitud es excelente y solamente parece dura la capa en sus pliegues.

Frente al telégrafo está el Savings Bank y otro hermoso edificio. De placer en placer y de satisfacción en satisfacción íbamos caminando. El cicerone que se subió en mi coche me iba explicando varios edificios.

Algunos templos que no pudimos visitar por falta de tiempo; los cuarteles del regimiento en donde vimos soldados de chaqueta roja y pantalón negro; el hospital; el cuartel de los oficiales en donde hemos visto una piel de tigre y una torre-faro-reloj, que está después del telégrafo; hoteles de Galles y Cler, hermosas casas de particulares; el barrio en donde muchas casas son de italianos; pasamos a orilla del mar cuyas olas deshacían su furia en abundante espuma; largas calles de árboles en medio de los cuales vi el «camanchile» (134) y los sempiternos cocos; el cementerio y el jardín botánico, no tan bien cuidado como el de Singapore y al fin, el Museo.

Levántase este hermoso edificio en medio del jardín. Es blanco, al estilo europeo; sus paredes y pilares están cubiertos de estaño y una estatua tiene en frente. Se entra por una hermosa y sencilla fachada. En el piso bajo se ven primero multitud de tiburones disecados, muchos... (135), peces sierras muy grandes, que hay de más de

seis o siete varas; un pez espada a la izquierda; ídolos; armas; diferentes imágenes de Budha; objetos curiosos del país y máscaras indias para baile a cual más feas, varias de las cuales se parecen a las romanas por tener la mitad diferente de la otra. ¿Esta semejanza entre las máscaras indias y romanas, de qué dependerá? ¿Ha habido grandes relaciones entre ellos? Una hermosa columna de mármol azul hay en medio. Parece, por lo que dice el rótulo inglés, iba a servir en una casa de un maharajah de Ceylón. Es de una sola pieza. Multitud de monolitos, lápidas, ídolos, elefantes de piedra, un cañón grande, etc., etcétera.

En el segundo piso, cuatro o cinco grandes tortugas; grandes esqueletos de carabao (136); allí (137), dos de elefantes enteros, uno de los cuales lleva aún la bala, y dos cráneos más grandes aún de estos paquidermos; otro de jabalí, de puerco-espín, mico, etc., y varios ciervos muy grandes disecados. Puercos-espines, jabalíes y otros muchos peces y langostas, caimanes y cocodrilos, etc., etc.; ídolos de Budha de bronce y de oro, joyas, multitud de insectos y de reptiles y de aves.

Bajamos de allí contentos y vimos dos pavos reales vivos en el jardín. Lo que he sentido es no poder ver la estatua porque llovía.

Dirigímonos al hotel.

Yo he observado aquí como en Singapore como en Punta de Gales que los pájaros se acercan mucho a los hombres, hasta los cuervos.

Llegamos al hotel, que es de cuatro pisos con el bajo, en donde vi un hermoso grabado, copia de un cuadro de Gustavo Tué (138), representando la noche en la arena del circo. El cuadro es una obra maestra. En medio de la oscuridad de la noche descienden varios querubines a los cuerpos inanimados de los mártires, pasto de varias fieras. El conjunto, muy bello y digno del autor.

Como aún no era tiempo de cenar, recorrimos varias tiendas de pipas y de manufacturas; elefantes de ébano y de marfil, cajas de carey y de puerco-espín, bastones y alhajas son lo más notable que vimos.

Como iba oscureciéndose ya volvimos al hotel. Entramos en el comedor, que es un salón grande y hermoso; dos majestuosos «pankás» y excelente servicio. Además de los exquisitos y fuertes platos que nos sirvieron, llamó mucho la atención de todos la nueva especie

de platos con depósito de agua caliente (139). De éstos vi hace diez años en casa de Barreto (140).

Cambiamos algunas monedas y en medio de la lluvia nos dirigimos al vapor, temerosos de que nos abandonase. Hemos encontrado, al fin, un bote tripulado por tres personas, que cantaban una especie de letanía. Era un espectáculo digno de la noche ver el mar que subía el espigón, pasarlo y derramar una extensa capa de espuma.

Llegamos, al fin al vapor, en donde al ver a Niowenhineys me notificó una cosa desagradable. Ellos eran tres: el ingeniero, el juez y el marino —todos holandeses. Tuvieron una disputa y se pegaron y se van a desafiar. Me pidió mi amigo que no se lo dijese a nadie y se lo prometí. Me parece que todos estaban borrachos.

De Colombo a Guardafuí.

Mareo continuo en medio de continuas lluvias y desagradable movimiento. El viaje ha durado una eternidad, pues hemos tenido que cambiar de rumbo para escaparnos del mal tiempo del que nos libramos. Durante estos siete días, tuvimos los camarotes cerrados.

Pero en la mañana del 26 el mar empieza a calmarse y se divisa la costa africana. ¡Salud, inhospitalaria tierra, pero famosa, ¡ay!, a costa de la sangre de tus hijos! Hasta el presente tu nombre ha sonado en mis oídos unido al espanto y a horribles carnicerías. ¡Cuántos conquistadores invadieron tu suelo! Vimos los lugares en donde se echaron a pique el «Hey-Kon» y otros vapores engañados.

El cabo de Guardafuí es una roca árida y seca, sin una hoja siquiera; hermosa en su loma de varios colores...

Varios peces juegan en la superficie de las aguas y entretienen con sus movimientos a los pasajeros. Estos manifiestan más alegría que el buen tiempo causa naturalmente. El calor se hace notar.

La noche desciende, pero deliciosa en estos momentos. El cielo se ilumina. Una luna en su creciente luce, si no tan clara como en Filipinas, al menos es poética. El mar está en calma y el vapor en un rápido movimiento hiende tranquilo la superficie de las aguas. Algunos se pasean; otros, meditan.

El piano resuena bajo la presión de un jovencito; se baila y se divierte en la popa. Yo les escucho mirando al mar.

¡Oh tú, Espíritu creador, Ser el que no tuvo principio, que ves y sostienes en la mano poderosa todas las cosas, yo te saludo y te

bendigo! Allá, al otro lado de los mares, vierte la vida y la Paz en mi familia y resérvame los sufrimientos (141).

Después del té se cantó al son del piano. Delicioso era ver el concierto que formaban la voz del hombre, la del metal, al impulso humano, y, de la naturaleza personificada en el mar (142). Y todo esto frente a la africana tierra.

El día siguiente apareció tranquilo, pero en medio de una calma, que abrasa. El viaje ha sido bueno, y a la noche, que se pareció mucho a la anterior, llegamos a Aden a eso de las 11 y media.

A D E N

Al levantarnos de nuestras literas, lo primero que vimos fué Aden; esto es, algunas casas de formas caprichosas, blancas, sembradas sobre montes de rocas, absolutamente desprovistas de vida. Ni una hoja ni una raíz siquiera (143).

Botes y barcas acudían a cargar y recibir carga; canoas de chicos pidiendo que se les arrojase dinero (144); multitud de tenderos, cambistas y pasajeros nuevos. Por doquiera, plumas de avestruz, de marabú, abanicos de diferentes formas, etc., etc., formando una masa revuelta y movediza.

Los habitantes de aquí se diferencian de los de las colonias asiáticas: son negros y raro es el que tenga un poco claro el color; bien es verdad que los indios de Singapore y Ceylón son también negros tomo el carbón, pero les falta ese brillo que tienen los africanos. El tipo es también diferente, pues los ojos no los tienen tan hundidos y el contorno de la cara es ovalado. El cabello es rizado-lanudo; en algunos es rubio y representando una forma particular: a primera vista parecería que gastan peluca. Los dientes son muy blancos y el lenguaje no tiene la abundancia de vocales de los indios, sino que abundan en sonidos guturales (145).

Después del almuerzo, en el que nos sirvieron ostras, descendimos a tierra en un bote tripulado por negros. Hacía muchísimo calor y fué menester hacer uso de gafas ahumadas. Al pisar por primera vez el suelo africano sentí un estremecimiento, cuya causa ignoro (146). La tierra dura y arenisca, caldeada por aquel sol brillantísimo y ardiente, dejaba escapar vapores ardientes, con las arenas abrasadas.

Subimos en un coche tirado por un caballo árabe y empezamos a seguir una ancha carretera circunscrita por ambos lados de piedras

blancas colocadas a igual distancia. Igual monotonía. Ninguna planta absolutamente, ni hierba siquiera. Sólo alguna miserable cabaña compuesta de cuatro malos palos, techada de una estera, abrigando una desgraciada familia, animaba con la agonía de la muerte aquellos desiertos. El rey de la creación, el hombre, vive allí donde las plantas no quieren vivir, obligado por la terrible necesidad.

Nos separamos pronto del camino y subimos cuestas sobre cuestas hasta llegar a una fortaleza de granito, obra de ingleses; después, un paso abierto en medio de elevadas rocas, coronadas con un puente de granito también. Poco después, llegamos a la población. Las casas son bajas, blancas por fuera y oscuras por dentro. La forma más general es una serie de arcadas por fuera; después, un muro con una puerta y el interior.

Multitud de camellos y asnos cargados de agua, paja, cajones, etcétera, marchan a paso lento, guiados por un africano. Esto me hacía recordar los reyes magos en su viaje (147).

Parose el coche y nos enseñó (148) en su lenguaje unos cuantos arbolillos bien cuidados pero bien raquíticos, dándonos a entender que allí estaban las cisternas de agua. Bajamos del coche y nos recibió el «policeman», que las custodia. En la puerta hay un letrero que prohibe se haga daño a las plantas, ni coger flores. ¿Qué flores? Bien merecen que se les cuide las que agonizan.

El calor es extremado; subimos y a la derecha vimos un depósito formado por la falda de la montaña y un muro de granito, blanqueado con yeso o... (149) tal vez. Después fuimos a ver otro depósito, uno de los cuales, por su magnitud y profundidad y forma, me recordó el ingenio (150) del Dante. Por el calor que allí hacía ya puede tomar se por eso. La cavidad ésta, que es la principal, está dividida por varios círculos hasta llegar al fondo; un círculo comunica con otro por medio de escalas de granito muy bien hechas y concluídas. Hay un muro ancho que separa el depósito de otro más pequeño: muro que sirve de paso hasta llegar a un túnel, que encontramos cerrado. A un lado hay bombas y un emparrado. El aspecto de la obra es grandioso e imponente. La naturaleza y el hombre asociándose en sus obras. Hay un pozo profundo, que dicen, tiene más de doscientos pies de profundidad; en efecto, no se puede ver el fondo. Salimos mientras llegaban otros viajeros a visitarlos y a nuestra retirada pasamos un túnel bastante largo; en medio de él estábamos en una oscuridad completa. Después de éste, otro menos largo. Y después nos

dirigimos a la playa. En el camino vimos en las tiendas huevos de avestruz, pieles de león, tigre, leopardo, peces disecados y otros artículos. En una tienda nos sirvieron limonadas en una mesa sucia, vasos que acababan de servirse para varios, partiendo el hielo con un clavo y dándolo con la mano (151). Los chicos entraban y nos abanicaban; todo esto por unos céntimos.

Nos retiramos y volvimos al vapor. El calor es insoportable. A las ocho y veintiuno partimos para el mar Rojo. ¡Oh! Este mar nos va a dar muy buenos ratos.

DE ADEN A SUEZ

Estamos en el mar Rojo; el primer día hizo un calor bastante regular en medio de una completa calma, lo que nos permitió recorrer unas 300 o más millas. De entonces varios vapores hemos encontrado siguiendo una dirección contraria a la nuestra. El mar estuvo bastante agitado pero no que hiciera balancear el buque. Sólo ayer pasamos un vapor que debe ser el «Barcelona» tomando la misma dirección que nosotros.

Anoche una isla árida también se presentó en espectáculo, iluminada por la luna. Aquello era muy hermoso y fantástico. Pasamos muy cerca de él.

Esta mañana nos levantamos con un frío regular comparable al que solíamos tener en Filipinas por los meses de Noviembre y Diciembre.

A las doce y media del 2 de junio llegamos a Suez en donde encontramos entre las dos orillas de la Arabia y Africa algunos vapores en cuarentena. Nosotros la sufrimos también por 24 horas. Nos trajeron frutas de cereza, guindas, etc. Suez es una población pequeña situada a la derecha del canal.

Esta noche la luna se ha elevado en medio de la soledad de los mares; su paso tranquilo y silencioso por el puro azul de los cielos formaba una corriente de oro en las tranquilas ondas del mar. Bella y hermosa, me recuerda mis patrios campos... ¡Ah! ¡Cuántos ahora te contemplan a ti! Mis amigos, mis hermanos y mis padres te mirarán a ti. ¡Ay! Y sólo en ti se encontrarán nuestros pensamientos. ¡Oh! ¡Si pudieras en tu dorado y brillante disco reflejar mis amorosos sentimientos en el hermoso suelo de mi país! ¡Feliz tú, que puedes ver y ocupar inmensos espacios, ahora bañas en tu luz plateada

el hospitalario techo de mis padres! (152) ¡Bendita seas, reina tranquila de la noche, astro de amor y de la suave melancolía! Yo te he amado siempre.

3 de junio. Sábado.

Este es el aniversario del temblor que hizo retrogradar de una manera increíble a mi país: sabios, talentos y riquezas desaparecieron. Roguemos a Dios.

Esta mañana nos despertamos con un frío bastante regular. El termómetro marcaba 20°. Un mercader egipcio que iba en su bote es un soldado y varias mercancías quería atracar al vapor para hacer negocio. El oficial encargado se negó, lo que originó una disputa sostenida por la tenacidad del turco y la severidad de la cuarentena. Es cosa digna de verse la terquedad del sectario del Corán, hasta que al fin perdiendo la esperanza, se alejó arrojando improperios a los franceses.

A eso de las once y minutos o antes vinieron los médicos a desinfectarnos; uno de ellos, el mismo que ayer se presentó en un bote; hombre bastante listo, amable y bien educado, nos transmitió la noticia del tumulto que actualmente hay en Egipto. El Kedive, según he oído, está encerrado por el Ministro de Guerra Nasi-Bey, quien, parece, quería dar un golpe de estado. Todos, tropa, juventud, parece que se inclinan por este joven, quien se ha captado la voluntad de todos. Cuando yo le hablé de esto al médico y le expuse algunas opiniones mías, me contestaba con marcada complacencia diciendo a cada paso: «Bravo, c'est bien, bravo.» Supe que él había estudiado en París y que habla a más del francés y el árabe, el inglés e italiano.

Multitud de vendores acudieron después de la fumigación trayendo y ofreciendo a porfia, retratos, frutas y mil monerías.

Poco después levamos el ancla y tomamos el rumbo de Suez.

EL CANAL

Después de atravesar una aglomeración de casas entre árboles enanos y raquíticos; entremos en el Canal, obra que inmortaliza a Lesseps y que rinde incalculables ventajas. El Canal tiene de ancho unas cuarenta varas tal vez tan es así que pueden pasar dos vapores. En su mayor longitud tiene 85 quilómetros. Regularmente es el desier-

to arenoso, amarillento, falto de toda vegetación y vida, que forma sus bajas e irregulares orillas. De cuando en cuando solamente se ven casuchas, estaciones telegráficas y algunos miserables árabes. Dragas, de cuando en cuando y lanchitas con una vela, que van surcando en (153) rapidez la límpida superficie.

A las seis entramos en un lago, seco antiguamente, en donde se cree haya pasado Moisés. Al anochecer anclamos.

Al día siguiente seguimos nuestro camino encontrando varias embarcaciones, ya en el lago ya en el Canal; después en el otro lago, teniendo nosotros que parar por varias razones. En el segundo lago vimos algo de Somailia y después de un camino, o mejor dicho, de una navegación por el río, tuvimos que detenernos, Dios sabe hasta cuándo, porque un barco impide el paso.

Durante la navegación vimos un miserable joven que corría al lado del vapor, recogiendo varios pedazos de pan, que los pasajeros le arrojaban. Verle correr en la arena, bajarse y recoger afanoso el pan, ya descendiendo al río para disputar a las aguas un trozo de galleta, era para entristecer al más alegre (154). Un camello trotaba a la tarde en la arena. Hace un fresco bastante próximo al río (155).

5 de junio. Lunes.

Un día más en el canal y varados. ¿Quién sabe hasta cuándo estaremos en él?

Se nos ha ofrecido el espectáculo del espejismo, raro en otros países, pero muy natural aquí. A lo lejos veíamos mares, islas, que no son otra cosa que el cielo y los montes.

Esta tarde algunos se embarcaron en un bote para ir a tierra. Largo tiempo fueron la diversión de los que se quedaron en el vapor, porque no podían atracar a tierra a causa del poco fondo de las orillas. Mas, al fin, haciéndose cargar a tierra por los marineros descendieron.

Al siguiente viaje, fuí en compañía de varios extranjeros y una señora, pero ésta no quiso dejarse cargar y tuvimos que contentarnos con un paseo fluvial. Mucho lo hubiera sentido, porque hubiera querido pisar Egipto (156).

Cuarto día en el Canal. 6 de junio.

Varios pasajeros van a Port-Said en un vaporcito. Se me ha invitado, pero rehusé.

Vinieron vendedores de quisicosas; un sastre, trayendo ropas. Hemos visto dos aduaneros montados en caballos árabes. Uno es hermoso y de buena estampa.

Quinto día. 7 de junio.

Esta mañana levamos el ancla por la buena gracias de Dios, y a media máquina seguimos el curso del Canal.

A eso de dos menos veinticinco vimos a Port-Said.

Y se me olvidaba que había escrito una carta a mi familia.

Port-Said, a lo lejos, se muestra al viajero con un gran aparato de mástiles y edificios. Parece una población muy mercantil. El faro es el edificio que se levanta entre todos. Multitud de vapores muy bien alineados a derecha e izquierda del Canal, que se dirían los guardias que vienen a saludar a los que llegan.

Un edificio grande arcos, que dicen fué ideado por el príncipe holandés, es el más grande, que se ve.

En fin; ancla el vapor y numerosos botes atracan a los costados. La población, que está muy visible desde el entrepuente, parece formada, en su mayor parte, por la raza caucásica.

Descendimos y nos pusimos a recorrer la población. No se encuentran coches de alquiler. Multitud de tiendas europeas, cafés cantantes, en donde una refinada orquesta de mujeres con algunos hombres tocando hermosas piezas forman las delicias de sus innumerables parroquianos (157). Allí hemos oído *La Marsellesa,* himno verdaderamente entusiasta, grave, amenazador y triste. Se repitió dos veces. Hemos visto multitud de letreros griegos, italianos, etc., mujeres con la cara tapada, asnos y mulos. Hemos estado en la plaza de Lesseps; hermosa y bien arreglada, con su jardín bien cultivado y precioso para aquellas latitudes.

Estamos en el café; de repente, suena un tambor y se ven a multitud de niños graciosamente vestidos a la oriental, salir de la escuela. Muchos de éstos montaron en burros y mulos.

Como ya va acercándose la hora, nos retiramos a bordo. Media hora después partimos.

En el Mediterráneo. Siete tarde.

Estamos en el Mediterráneo, mar de Europa. ¡Salud a ella, pues!

Junio 11. Domingo.

Esta mañana, a las 6 y media, llegamos a Nápoles y Sicilia, viendo a Mileto, la preciosa población. El aspecto de estas poblaciones, situadas en la falda, es muy pintoresco y los terrenos, que las rodean, son muy bien labrados. Después de haber navegado bastante tiempo por frente a las poblaciones diseminadas, entramos en el estrecho de Mesina. Etna se nos ofreció nevado y a lo lejos, Stromboli, humeando, al parecer.

Nápoles, esta mañana, presentándose a la vista, fué la alegría de los viajeros. El Vesubio, a su lado, humeando; gigante que parece custodiar el sueño de la Ninfa, que duerme a su lado. Una ancha extensión totalmente cubierta de edificios, ya es el Castillo de San Telmo en la cima, ya la prisión en el agua, la torre de Masaniello, el palacio real, etc. Pero, ¡ay!, tan magnífico panorama me cuesta la separación de un amigo (G. Zorab y Edgar), que descienden a Nápoles y allí concluyen su viaje marítimo. Yo lo he sentido mucho. Al separarse ellos de las jovencitas noté que un mes de compañía en el vapor algo debe labrar, pues unos y otros estaban tristes, más aún el pequeño Edgar, que estaba a punto de llorar. Y cuenta con que han de verse aún en Holanda. Pero, yo, que joven como ellos, no les volveré a ver, tal vez...

No se había concedido más a los pasajeros para ir a tierra que hora y media. Yo, no obstante, llevado del amor y de la curiosidad, bajé provisto de un reloj y de multitud de encargos para el telégrafo. Salimos las 7 del vapor; en diez minutos estábamos en tierra. ¡Salud a ti, oh, Nápoles!

Aquello era un tumulto; un continuo ir y venir. Calles adoquinadas, plazas, edificios, tiendas, estatuas, etc. Fuí al telégrafo, bello edicio a 20 minutos. Recorrí la población, la calle de Toledo y después volví sin ser engañado por el cicerone y el cochero.

A las ocho y 10 estaba de vuelta.

Esta mañana jugaron las niñas. Noto que algo falta en la animación, están un poco tristes. Yo en lugar de mi amigo Zorab, serví de contador. Y también estoy triste... (158), casi melancólico. Noto un vacío.

* * *

De Nápoles a Marsella.—Mal tiempo.—Llegada a Marsella.—Adiós.—Mi partida.—Aduana.—Marsella.—Hotel.—Paseo.—Encuentro.—Bagajes.—Las jóvenes holandeses.—Paseos.—El señor Salazar. Los Compañeros.—¿En dónde estarán los otros?—Chauteau D'eau.—Museo Zoológico.—Un Restaurant.—El paseo.—El frío.—Duermo.—Mi Melancolía (159).

* * *

2.° Una visita a mis compañeros.—El paseo.—El Panorama.—Paseo.—Despedida de Holandeses.—Una Alegría.—El Café.

* * *

De Nápoles a Marsella el viaje duró casi dos días, pues llegamos el día siguiente, a las diez de la noche. En el camino hemos visto Córcega, patria del guerrero de más genio; montañosa y poco poblada si se compara al que hemos visto ayer. Las casas tienen sus puertas anchas y bajas, y las cimas de sus pequeñas rocas que entran en el agua están coronadas de garitas.

El mistral que ha reinado ha puesto bastante mal la mar, tan es así que muchos se marearon.

A la tarde del lunes, 12, se divisaron las costas de Francia y toda la navegación se hizo a las orillas de aquel fecundo suelo.

Al oscurecer, varias luces y faros se nos mostraron, hasta que una multitud de aquéllas nos dió a conocer Marsella. Marsella: la población comercial de más antigüedad que tal vez existe.

En vísperas de separarnos para siempre tal vez sentía yo cierta inquietud mezclada de melancolía al pensar en los buenos amigos y excelentes corazones que iba a perder. Verdad es que Nienvenhing me dió su retrato; que el señor Pardo me dió su tarjeta, pero por otra cosa que ninguna cosa puede suplir, es por el que siente uno separarse. Además, mis jovencitas amigas iban a partir también. La juventud es una amistad de por sí, que en encontrándose dos ya se tratan como si fuesen amigos. He perdido ya a mi amigo Zorab, y hoy serán Wilhelmiene, Hermione, Geretze, Caliene, Mulder los que partirán, y ¿adónde irán? Aquéllas a La Haya y éste a Bruselas. Probablemente no nos volveremos a ver. ¡Adiós, entonces, alegres compañeros y amigos! Partid para el seno de vuestras familias, que yo, que comienzo mi peregrinación, iré aún vagando a merced de la fortuna. Conozco que si en el viaje amistades se fraguan, yo no he nacido para el viaje.

Llegó la mañana y aún muy temprano me vestí, púseme en traje de saltar a tierra con mi levita, sombrero y guantes. Había mucha gente sobre cubierta viendo y admirando Marsella; multitud de vapores estaban anclados. El «Saghalien» y el «Natal», entre otros, eran los más grandes de la compañía.

Entre los varios botes que atracaban al costado del buque había uno en donde iban dos hombres y una hermosa señorita. Preguntaban por el señor Ortiz y Godínez; y cuando éstos se presentaron, supimos ser la joven hermana del señor Ortiz. Este no la conoció pues hace diecisiete años no se habían visto. Feliz encuentro. Lloró de placer la joven, pero no pudo llegarse al vapor, pues aún no estaba dado el permiso por el gobierno. ¡Dichosos los que van a sus hogares y encuentran en el camino, como preludio de su felicidad, a sus hermanos!

Despedime de mis amigos Nienvenheing y Standinitsky y Vesteros y les deseé la felicidad y partí. Ya no les he vuelto a ver. No quiero pintar mi melancolía cuando me dirigía solo a tierra. Yo, acostumbrado a numerosa familia, a muchos compañeros, partía, solo para dirigirme a una grande población. Hice adiós al «D'jannah»...

En la aduana sus agentes me trataron con mucha finura y me pidieron antes una declaración. Fueron muy finos al registrar mis bagajes y me dijeron después que podía partir. Partí y Marsella se presentó a mis ojos.

Era temprano aún. Marsella: la calle de la República; grandes casas de estatuas y cariátidas, la mayor parte al estilo del renacimiento; muchas calles bien adoquinadas; tiendas a cual más limpias y brillantes; Le Cannebiene, más hermosa aún, si cabe; el Palacio de la Bolsa; hotel del Louvre, y, por fin, el hotel Noailles, en donde me paré.

El coche me costó 2,50 (h), como el batel 1. Un criado o mozo vestido de negro y decentemente, hizo subir mis equipajes y me llevó a una habitación del primer piso. La fonda es hermosa, elegante y limpia. Cristales por todos lados; una escalera de mármol, alfombrada como todos los pasillos. Mi cuarto daba a la calle; un tocador grande, cómodas, mesitas de mármol, toilette, tohallas, una cama «como il faut»; sillas de terciopelo y todo el cuarto, alfombrado. Grandes cortinas encarnadas y bordadas adornaban la habitación.

Después de cortarme el pelo, di un paseo por los alrededores, y en todas partes encontraba alegría y movimiento. Las casas me llamaban

la atención por lo altas y hermosas. Vendedoras de periódicos y de flores pululaban por todas partes.

En la calle y frente al Hotel de Génova encontré al Sr. Mulder, lo que me hizo creer que allí vivía lo mismo que la Cetentje. Frente al hotel Noailles, al joven marino, y en el hotel mismo, al Portugués Folgue, con el Sr. Buil y Pardo.

De ahí me fuí a la Aduana a sacar mi baúl; en donde la amabilidad y finura francesa se me dió a conocer más hasta en sus últimos... (160).

Una vez en casa y con mi bagaje, busqué compañero, pero los españoles habían salido. Oigo una voz juvenil hablando el holandés, salgo y me encuentro con Celiene Mulder bajando las escaleras. Saludela afectuosamente, pues nuestras conversaciones no pasaban de ahí: ella no habla más que holandés. Ella me contestó también con su gracia e inocencia, y, ¡cuánto sentí verla bajar y desaparecer! Cuando alcé los ojos vi a las dos hermanas, las amigas de Mulder, y fuí a conversar con ellas. Ellas estaban en el 2.º piso. La mayor, o sea Sientje, me dijo que ellas saldrían al día siguiente para La Haya y que se estarían con su abuela, pero que preferían a Batavia, su país natal. Yo también contesté: «Amo el mío y por más bella que sea Europa quiero volver a Filipinas» (161). Supe también por ella que no tenía más que 12 años y que Mientje 9, y que ella había estado ya una vez en Europa.

Después de un rato conversación bajé. Mientras iba bajando, me iba despidiendo de Sientje desde lo alto de las escaleras. Sentía dejarlas y cuando hallé vacíos los cuartos de mis compañeros, volví a subir para buscar a las holandesas. Ya no las encontré; entonces, para excursar mi frecuencia en aquel piso, pregunté al mozo por algún viajero español. Me contestó que sí, que lo hay, uno con su señora. Supuse que sería el Sr. Salazar. Fuí, pues, a visitarle.

Toqué a una puerta a donde me condujo el mozo, y, obtenido el permiso, entré. Hallé efectivamente a los amables esposos, quienes me recibieron con su acostumbrada y efectuosa cordialidad. El Sr. Salazar, que se pinta por lo entusiasta y cariñoso, me preguntaba muchas cosas, hasta se quiso molestar para acompañarme a casa de algún sastre y como yo no había almorzado todavía, me condujo él mismo, pasando por el ascensor para enseñármelo, al jardín y comedor en donde me recomendó al mozo. Y allí, después de pedirme permiso, se fué a sus negocios. Este señor merece todos los elogios de los que le conocen.

Cuando subí, hallé a mis compañeros, a quienes les propuse que fuéramos al Chauteau D'Eau y lo aceptaron gustosos. Estuvimos conversando largo rato preguntándonos dónde estarían los otros y qué harían. Visitamos después a doña María y de allí fuimos a la calle.

Tomamos un tranvía que va a Lonchay y admiramos el edificio, las gigantescas estatuas, los toros y el agua, que cae en abundante cabellera. Subimos; vimos las grutas, el panorama de París; vimos el jardín botánico, el zoológico, con sus osos, leones, leopardos, elefantes, etc. Los que más me divirtieron fueron los monos.

Estuvimos en el Museo. Era la primera vez que veía un Museo (162). El placer que me ha causado es indecible, tanto que hasta he pensado quedarme aquí todo el día. Devoraba yo con la vista todo lo que encontraba. Concluído el primer salón, mis compañeros se me separaron para retirarse cansados ya de tanto caminar, y, entonces yo proseguí mis excursiones. Visité el salón de las estatuas; desde ahí fuí al museo zoológico, de donde volví al de Pinturas, para retirarme después. Muchos visitantes estaban ahí.

En el camino me compré un par de bujías y un jabón (163). Y en el hotel visité a los Sres. Salazar, en cuyo cuarto encontré a mis compañeros.

De ahí fuime a un restaurant, donde comí. Di un paseíto y volví. Mis compañeros no estaban. Al anochecer quise entonces volverme a pasear y salí con una americana y una levita, pero hacía tal frío que tuve que retirarme. Y me puse a dormir.

Pero en todos los momentos en que me encontraba solo y regularmente desde que dejé el vapor, notaba en mí un vacío que yo quisiera llenar. Naturalmente, educado en medio de mi familia y amigos, crecido al calor del afecto y del cariño, me encuentro de sopetón solo, en un magnífico hotel, sí, pero silencioso también; pensaba volverme a mi país, en donde, al menos, está uno con compañeros y familia.

Dormí, pues, medio lloroso y lleno de una profunda melancolía.

2.º día en Marsella (14 de mayo. Miércoles) (164).

Una visita a mis compañeros.—Un paseo. El panorama.—Paseo.—Despedida de holandeses.—Una alegría.—El Café

Al día siguiente levanteme algo tarde; me vestí y tomé mi desayuno en el jardín al aura del sol (165). Después, visité a mis compañeros. Encontré al portugués, que se había afeitado los bigotes y tenía repa-

ro de presentarse de aquella manera. El Sr. Buil y el Sr. Pardo estaban ya levantados y en buena disposición. Hablamos de mil asuntos diferentes alegremente y fuímonos a visitar a la Sra. de Salazar.

Después dimos un paseo y mis compañeros se compraron guantes y bufandas. Siguiendo por la Cannebiene, tomamos la República y nos fuimos a ver el Panorama. Nos hemos divertido mucho y pasamos un buen rato en el sitio de Belfast. A nuestra retirada nos extraviamos algún tanto, pero, al fin, hemos podido encontrar el camino.

Almorzamos juntos y fuimos a dar otro paseo el señor Buil y yo. Compramos varias cosas hasta las cuatro. A nuestra retirada vi los preparativos de marcha de los holandeses. Quise, entonces, despedirme de mis amiguitas. Un momento fluctuaba yo entre verlas o no verlas, temeroso de descubrir las emociones de mi corazón. Pero, al fin, venció en mí el afecto, y fuí a esperarlas en el pasillo o zaguán. Llegaron del comedor. El señor Kolffne pidió el nombre y señas del Gobernador y me dió las suyas para que yo las pasase al Sr. Salazar. Mis amiguitas se despidieron de mí repetidamente. Yo las perdí de vista sólo cuando el coche dió la vuelta. Unos afectos menos y un dolor más.

Pensativo y a lentos pasos me fuí a buscar a mis compañeros, deseoso de hallar ruido y bullicio, que me aturdieran y disiparan mis pensamientos. Los hallé reunidos en el cuarto del Sr. Salazar, conversando alegremente. Yo también participé de la común animación y debilidad humana; reía ya pensando aún en la despedida. Convidonos el Sr. Salazar a cenar, pero como a la mañana nos habíamos convenido en cenar en el «Café Maison doreé», tuvimos que rehusar, exponiendo nuestras excusas. Fuímonos a nuestrashabitaciones, y, en la inexplicable hilaridad de que estábamos poseídos, olvidamos la invitación de nuestro vecino. Hubo vacilación sobre si cenaríamos en tal o cual restaurant, hasta que el señor Buil decidió que lo haríamos en la fonda misma. Sentados en (166) la mesa apercibimos a la Sra. de Salazar y a su esposo. Al instante recordamos su invitación y nos sentimos como avergonzados. Aquí, de las excusas, etc.

Concluída la cena fuimos a paseo, entrando después en un Café, donde había concierto, cantos y zarzuela. Aquello nos divirtió regularmente, hasta la media noche.

3.er día (15 de mayo. Jueves).

La mañana se empleó en levantarnos tarde, arreglar los equipajes y proponer al Sr. Salazar un almuerzo, ya que aquel día (167) era

el último de nuestra estancia en Marsella. A las once y cuarto almorzamos, pues, el señor Salazar y su Sra., los señores Buil, Pardo, Folgue y yo.

Concluído, dimos el último paseo todos, a excepción del portugués, que fué a sus negocios. Fuímonos a ver tiendas, a hacer tal o cual compra y a eso de las tres y cuarto retirarnos para los preparativos de marcha.

Una cosa de media hora después llegaron los dos esposos, que dejamos en las tiendas, a despedirse de nosotros. La señora de Salazar me deseó muchas cosas buenas y noté que ella hablaba sinceramente y no por puro cumplimiento. Yo les manifesté también mi deseo, hijo de mi simpatía por el Sr. Salazar, de verles en mi patria... Pero, no nos contentamos con esto. Terminados todos los preparativos, subimos a despedirnos última vez (168) de la señora María que se había quedado sola, y partimos.

Había hecho muchos gastos. De los setenta y seis duros que había yo traído de Filipinas, apenas me quedaban veintiocho o veintinueve pesos. Ahora tengo que tomar un billete de primera, lo que cuesta 12, y el pago de mis equipajes. El intérprete de la fonda nos siguió hasta la Estación y nos sirvió de mucho. El señor Folgue tuvo que separarse de nosotros para tomar el coche que va directamente a Burdeos. Partimos, pues.

El viaje. 5 del 15 tarde, 11,30 del 16.

Metidos en un coche de 1.ª los señores Buil, Pardo y yo atravesamos la distancia que hay entre Marsella y Port Bou. Para mí, que por primera vez viajaba en un tren expreso, me sorprendía mucho la velocidad, que se exageraba cuando dos se encontraban en opuesta dirección: parecían dos exhalaciones. Atravesamos varios pueblos, campiñas, olivares, viñas, alcanzándonos la noche Tarascón.

Sucedióme un caso muy particular. En una estación en donde nos dijeron que se detenía el tren treinta minutos, bajamos el Sr. Buil, Pardo y yo. Al cabo de unos seis minutos, vi el tren andar y partir, y traté de seguirle. Corro, pero en vano. Iba a seguir corriendo aún, cuando felizmente un guarda me advirtió que volvería al cabo de veinte minutos pues que partió sólo para cambiar de vía. Pasamos por Montpelier, la famosa ciudad del Colegio de Medicina... (169).

* * *

1.° de (sic) de 1883.

La noche. Estoy muy triste yo. No sé que vaga melancolía, indefinida soledad ahoga el alma, semejante a la profunda tristeza de las ciudades después de un tumultuoso júbilo, a una ciudad después de una felicísima unión (170). Hace dos noches, esto es, la del 30 de diciembre, tuve una espantosa pesadilla, en que faltó poco para que dejara de existir (171). Soñé que imitando yo a un actor en una escena en que muere, sentí vivamente que me faltaba el aliento y perdía rápidamente las fuerzas. Después se me oscurecía la vista y densas tinieblas, como las de la nada, se apoderaban de mí: las angustias de la muerte. Quise gritar y pedir socorro a Antonio Paterno, sintiendo que iba a morir. Desperté sin fuerzas y sin aliento.

El último día del año lo pasé... (172) de D. P. O. (173). Yo estaba alegre; no sé por qué. Bromeé mucho y perdí. Nos retiramos a las cinco y durmieron en casa los Pat., Cal., Per., y Let. (174). Todo el día lo pasamos en compañía y fuimos a casa de Elvira...; lotería y perdí (175). A la noche me retiré a casa y me puse a escribir.

* * *

2 de mayo de 1883. Visitación 8. 3.° n.° 4 (176).

Ayer hace un año dejé mi casa para venir a estas tierras. ¡Cuántas ilusiones se hacía uno y cuántas decepciones! Ayer y todo el día y la noche me he estado acordando de todo lo que me sucedió a mí en aquel entonces. Cogí mis memorias y las leí y despertaron en mí las muertas impresiones. Aunque enfermo (177), continuaré mis memorias, porque veo que son de grandísima utilidad y sobre todo consuelan el alma cuando ya nada le quedan de sus antiguos tesoros.

Llegué a Barcelona el 15 de junio de 1882.

El tren en que venía con Pardo y Buil nos dejó en Port Bou, donde después de registrados y tratados groseramente por el carabinero español, subimos en otro coche pequeño, pero hermoso, tapizado con telas rojas. Al entrar en territorio español no puede uno menos de percibirlo en el aire, en el paisaje y hasta en el trato. Un muchacho vestido mitad a la española mitad a la francesa decía expresivamente que la frontera estaba ahí. Pasamos una multitud de túneles, los únicos trabajos grandiosos que hasta ahora he visto en este país. Era la mañana... El sol apenas teñía con suaves tintas los frescos celajes del Oriente. Mis compañeros dormían; yo, sumido en melancólicas refle-

xiones sobre mi porvenir, miraba a lo lejos, y, divago, pensando en un millón de seres y cosas.

Llegaba a España, solo, desconocido; la primera etapa de mi desconocido viaje estaba allí. ¿Qué iba yo a hacer y qué iba a ser de mí en adelante? Mi dinero iba escaseando. Sabía, sí, que encontraría amigos, pero, a pesar de esto, nadie es capaz de vencer las emociones que produce un país nuevo a un corazón joven.

Cerca de la vía veíanse olivares, viñedos, pinares, carreteras; a lo lejos, alguna que otra ruina de un desmoronado castillo, casuchas, poblaciones pequeñas, compuestas de unas cuantas casas grises. Veíase de cuando en cuando algún que otro labrador o campesino; diríase que el país estaba desierto. Las curvas violentas de las montañas pobladas de pinos y castaños, si bien no tan verdes como las de mi país, me lo hacían recordar bastante. Hasta Barcelona las únicas poblaciones que llamaron mi atención fueron Gerona, memorable por el sitio que sostuvo, y Figueras, por lo grande y extensa. De cuando en cuando la vía pasaba junto al mar. Yo la miraba como a una antigua amiga de quien se separa uno por mucho tiempo. Muy pronto, a eso de las diez y media, distinguí a lo lejos, cabe las olas del mar, una gran población con un montecito al lado. Presumí que debía ser Barcelona. En efecto, el hermano de don Vicente Pardo, que vino a encontrarle en el tren juntamente con una hija suya, preciosa niña rubia de 10 a 11 años, de grandes ojos, finas facciones, expresión espiritual y contemplativa, me dijo que aquella población era Barcelona y aquel monte el fuerte de Montjuich (178). Minutos después llegamos a Barcelona, en donde se nos separó Pardo para ir con su hermano. Buil y yo nos quedamos y convenimos en vivir (179) hasta que nos separemos.

En efecto, tomamos un coche, en donde cargamos nuestros equipajes y nos fuimos a la Fonda de España, San Pablo.

El efecto que me produjo Barcelona ha sido muy desagradable. Acostumbrado a los edificios elegantes y grandiosos de las ciudades que había visto, al trato fino y delicado, no habiendo vivido más que en hoteles hermosos y de primera clase, caer en una población precisamente pasando por el lado más feo, llegar a una fonda situada en una calle estrecha: fonda con un portal oscuro, donde no se respiraba más que indiferencia. Yo no sé si el estado en que me encontraba daba a las cosas este aspecto de nostalgia.

Esta mañana estuve a ver la fiesta del dos de mayo. Había mucha

gente alrededor del obelisco, en donde vi un pequeño altar con algunos cirios. Dondequiera se oía el grito de los revendedores de periódicos que recuerdan el dos de Mayo.

A la tarde fuimos a ver la procesión cívica, Zamora, Villanueva y yo. Muchos soldados y los individuos de diferentes corporaciones. El Rey no asiste a esta fiesta nacional. Dicen que Don Amadeo fué el único, que asistió a esta fiesta.

Recibí una carta de Filipinas de L. R. (180) del 26 de marzo.

* * *

3 de mayo.

¡Hoy hace un año justo que dejé a mi país! ¿Debo maldecir o celebrar este día?

NOTAS AL DIARIO DE VIAJE

(1) En esta fecha, recuérdese, el Dr. Rizal no había cumplido aún veintiún años de edad, toda vez que había nacido en 19 de junio de 1861. Conviene tener esto en cuenta para enjuiciar debidamente el estilo y el pensamiento del héroe expresados en este diario suyo.

(2) Paciano Rizal, que murió en 13 de abril de 1930. Era el único hermano del héroe, pues todas las demás eran hermanas. Así consta de modo expreso en las «Memorias de un Estudiante», escritas por el propio héroe: «Tuve nueve hermanas y un hermano» (op. cit., 1.ª ed., 1949), lo que contradice la pretensión del Dr. Federico Umbreit, quien escribe: «... a juzgar por una carta del mismo Rizal (Vid. «Epistolario Rizalino», Tomo 3; Carta n.º 385), tuvo otro hermano que en 1890 ya había muerto». Además de que este argumento del Dr. Umbreit no prueba nada, toda vez que la carta aludida está escrita en tagálog y la palabra que en ella se emplea es el epiceno «kapatid», que no hace distinción de sexo, no pudiendo, por tanto, asegurarse si el doctor Rizal se refería a «hermano» o «hermana», ya que ambas interpretaciones caben en la palabra tagala.

(3) Entiéndase pesos mejicanos, que era la moneda en uso en Filipinas en tiempos de Rizal, aunque se use el guarismo del dólar.

(4) Población de la provincia de La Laguna, vecina a Calamba, pueblo natal del héroe.

(5) Vehículo de alquiler tirado por un caballo.

(6) Francisco Rizal-Mercado y Teodora Alonso Quintos.

(7) Rizal tenía, en este entonces, ocho hermanas, pues una había ya fallecido. Ahora bien; dos de aquéllas vivían en casa aparte, pues estaban casadas. Se refería, pues, a las seis restantes.

(8) Esta frase, «nada sabían», tiene que referirse al desconocimiento que los padres tenían del proyecto de Rizal de marchar a Europa. Es de suponer, dados los preparativos, que sabrían que el héroe saldría para Manila, pero no al extranjero. También puede aludir esta frase al hecho de que los padres de Rizal ignoraban los propósitos del viaje de éste, a juzgar por la primera carta escrita al héroe por su hermano Paciano, en donde le dice que después de algún tiempo, y con ánimo de aliviar la tristeza de su padre, le confesó a éste, *y sólo a él, todo* lo relacionado con el viaje de Rizal.

(9) Nótese la forma tan auténticamente hispana y cristiana de despedirse de sus padres.

(10) «Néneng»: D.ª Saturnina Rizal, esposa de D. M. T. Hidalgo, abogado, vivían en casa aparte, vecina a la del héroe.

(11) A juzgar por acontecimientos ulteriores, querría la sortija para que le pudiera servir de recurso en posibles apuros económicos.

(12) Conviene subrayar esto, porque casi todos los autores han dado en escribir que el héroe se llevó la sortija en su viaje. El héroe bien claro deja indicado que no pudo llevársela, porque su hermana «aún estaba dormida». Cierto es que una carta de Paciano al héroe parece insinuar que, más tarde, dicha sortija se llegó a enviar a Rizal por medio de don Gregorio Sanciangco, pero el hecho es que el héroe, por su parte, no la llevó personalmente.

(13) Lucía Rizal, hermana del héroe y esposa de don Mariano Herbosa.

(14) Mariano Herbosa, esposo de Lucía Rizal. Murió de cólera en 1887.

(15) Pueblo natal del héroe. Se conserva la casa paterna debidamente restaurada por el arquitecto don Juan Nákpil a instancias del gobierno filipino.

(16) Monte enclavado en la provincia de La Laguna, alrededor del cual se ha tejido una simpática leyenda, que Rizal recogió en un escrito suyo en tagálog. El nombre significa: «Monte inclinado». También figuró en un episodio de la vida del héroe cuando, de regreso de Europa, lo escaló en compañía del teniente Taviel de Andrada, propagándose luego el bulo de que habían izado la bandera alemana en su cumbre.

(17) Estos nombres propios se refieren a poblaciones que se siguen unas a otras en la carretera que conduce a Manila. Todavía ostentan esos mismos nombres.

(18) Distrito o barrio de Manila. En la época de este escrito del héroe no formaba parte de la capital filipina.

(19) Hasta hace poco, era la capital de Filipinas. Hoy lo es la Ciudad de Quezon, aunque Manila, a efectos prácticos, continúa siéndola, toda vez que el gobierno nacional sigue instalado en esta ciudad.

(20) «Chéngoy»: José M.ª Cecilio, gran amigo del héroe.

(21) «Dadion», que, según insiste el Dr. D. Santiago Artiaga, debe referirse a «Dandoy», o sea Leandro, hermano del padre del Dr. Leoncio López-Rizal, sobrino-nieto del héroe.

(22) Don Antonio Rivera, tío del héroe y padre de Leonor, prometida de Rizal.

(23) Establecimiento del súbdito francés M. Henry, situado en la esquina de la Escolta y la calle de T. Pinpín. Era agente de «Messageries Maritimes» y dueño del *Bazar Filipino,* según nos asegura el señor Umbreit.

(24) Dado el espíritu cuidadoso y detallista del Dr. Rizal, como se desprende de este diario y de otros escritos suyos, lo más probable, como indica el señor Enrique Fernández Lumba, es que el héroe dejó de consignar aquí la cantidad exacta del pasaje por no recordarla con precisión. O sea, no es que se olvidara de poner la cantidad, sino que se había olvidado de cuál era esa cantidad y, por eso, dejó de consignarla.

(25) Barco mercante español. Según datos que consigna el mismo Rizal en páginas subsiguientes de este Diario, correspondientes al 9 de mayo: tenía

«doscientos pies de popa a proa. Es bastante bonito y limpio; unos hermosos camarotes, cuatro o cinco botes grandes llaman la atención y constituyen su especialidad. Corre de siete a ocho millas por hora».

(26) Ilustre prócer filipino. Se le llamó el «Arbitro de Biac-na-bató», pues actuó de intermediario entre el gobierno español y el revolucionario filipino cuando las paces firmadas en el sitio de ese nombre en diciembre de 1897. Condecorado con la Gran Cruz de Isabel la Católica. Escritor, poeta, historiador, jurista. Fué Primer Ministro de la República filipina de Malolos después de la caída del gobierno formado por don Apolinario Mabini. Perteneció a la Primera Asamblea Filipina de 1907.

(27) Personaje filipino residente en Madrid, según aclara el señor Umbreit.

(28) Estos hermanos eran don Antonio y don Maximino, residentes en España.

(30) Como se ve, Rizal no ocultaba a nadie su próximo viaje, contrario a lo escrito en casi todas las biografías del héroe. Bien claro consta en este Diario que el Dr. Rizal estuvo a despedirse de muchas de sus amistades, a quienes no sólo no ocultó el propósito de su visita, sino que, además, recibió de aquéllas eficaces cartas de recomendación. No se dé, pues, ningún sesgo político secreto a este primer viaje del héroe.

(31) Es interesante hacer resaltar este homenaje limpio y espontáneo del héroe, sobre todo para anular la especie de que Rizal era enemigo de la Religión Católica y, sobre todo, para corroborar la aserción suya de que había sido en el extranjero donde había perdido la fe religiosa. O sea, cuando salió de Filipinas, Rizal era católico convencido, ferviente y agradecido.

(32) Otro detalle elocuente. Todo un señor desconocido sabe del propio Rizal el próximo viaje de éste y le favorece con cartas de recomendación a amigos comerciantes. ¿Dónde está, pues, el afán de ocultación y dónde el peligro de que las autoridades se enteraran de este viaje del héroe? No hay base, pues, para tales suposiciones adversas.

(33) Español; profesor de pintura y escultura en el Ateneo de Manila, de los PP. Jesuítas. También enseñaba en la Escuela de Artes y Oficios. Así consta de los testimonios de los señores Umbreit y Artiaga.

(34) Don Vicente Gella, primo de Rizal. Así nos lo asegura el señor Umbreit.

(35) No nos ha sido dable localizar este café. Desde luego, ya no existe.

(36) Tampoco hemos podido averiguar quién era este señor.

(37) Se refiere a la familia del capitán José Valenzuela, esposo de capitana Sánday, a quien Rizal alude también en este Diario.

(38) Una prueba más: los miembros de esta familia, por lo visto, estaban enterados de la próxima marcha del Dr. Rizal, pues que éste les encontró vestidos para ir a visitarle «por vía de despedida». No había, pues, ningún deseo de ocultar su viaje a nadie.

(39) Es costumbre, aún existente, en Filipinas ofrecer a todo viajero en ciernes un obsequio, a modo de recuerdo, que le acompañe en su viaje. A su vez,

todo viajero, a su regreso, deberá corresponder con regalos adquiridos en los sitios por él visitados.

(40) Se alude a una «olla nueva, sin usar, conteniendo surtido de galletas», según afirma el señor Artiaga, quien añade que, además, «se llamaban *sopas* al surtido de biscuits que se servían con el chocolate de la merienda o también con la sopa de fideos en la comida del mediodía». Este dato lo confirman los señores Umbreit y Barreto (don Tomás).

(41) Como ya queda indicado arriba, era la mujer del capitán José Valenzuela. Era también madre de Leonor Valenzuela. Su verdadero nombre era Felizarda de Vera Ignacio, tía carnal de don Pedro Paterno. Debemos éstos informes al señor Artiaga.

(42) Leonor Valenzuela, llamada por José M.ª Cecilio («Chéngoy») «La Leonor de Santa Cruz», en contraposición a la otra Leonor, la prometida de Rizal, a quien el mismo Chéngoy denominaba «La Cuestión de Oriente». Son datos que nos adelanta el señor Umbreit.

(43) Una prueba más del sentimiento religioso del héroe. Corrobora así la costumbre general del filipino católico, que no emprende jamás un viaje largo sin antes asistir al Santo Sacrificio.

(44) Templo dominicano situado en Intramuros. Amplio y de estilo gótico, fué bombardeado por la aviación nipona en 1941, cuando la Guerra del Pacífico. Se ha reconstruído en Banawe, Ciudad Quezon, en 1954.

(45) ¿Mateo Evangelista? No hemos podido precisarlo.

(46) Paseo que bordea el río Pásig. Da comienzo en el antiguo Puente de España (hoy: Jones Bridge) y muere en la calle de Aduanas. Ahora se conoce con el nombre de «Bonifacio Drive».

(47) Solía hacerse esto, permitiéndose luego a los que despedían a los viajeros a regresar en la lancha o barca del piloto del puerto.

(48) Nótese como el Dr. Rizal, una y otra vez, insiste en sus dos caros amores: la Patria y la familia. Por ellas daría su vida más tarde.

(49) Otro paseo. Bordea la Bahía de Manila. Años después el Dr. Rizal lo recorrería otra vez, camino de Bagumbayan donde fuera ejecutado.

(50) Si no nos falla la memoria, estos dibujos están reproducidos en la biografía rizalina, «Life and Lineage of Dr. Rizal», por el norteamericano Austin Craig.

(51) Corrobora lo ya dicho anteriormente, o sea que Rizal no tenía más que un hermano varón.

(52) Todo este trozo rezuma un sentimiento patrio y poético, que nos recuerda ya aquellos versos postreros del héroe:

«Adiós, Patria adorada, región del sol querida...»
... ...
«Allí te dejo todo, mis padres, mis amores...»

(53) De algunas de estas señoritas, nos da informes el señor Artiaga al asegurarnos que «La *Vicenta* de que habla Rizal fué Vicenta Francisco, que casó con el conocido farmacéutico, el patriota don Máximo Cecilio, que sirvió

en el Ejército Filipino cuando la guerra contra los norteamericanos. A su vez, la *Margarita*... era la muy distinguida doña Margarita «Titay» Valenzuela, madre de la respetable doña Felisa Hocson de Fernández, esposa del pundonoroso embajador filipino que fué en Londres, don Ramón Fernández. *Felipa* no podía ser otra que Felipa Alonso, de familia rica de Santa Cruz. Esta casó con don Enrique Mendiola. Dolores y Ursula eran señoritas de Calamba». Y añadimos: Las «Leonoras» eran Leonor Rivera, prometida de Rizal, y Leonor Valenzuela, de quien ya se habló arriba.

(54) En algunas de sus poesías, el héroe se llamará repetidamente «el viajero». También en ellas se conduele de ese «olvido» al que le condenarían sus seres queridos. ¿Presentimiento?

(55) Nos recuerda el segundo capítulo de su novela «Noli Me Tangera», en el que el protagonista, Crisóstomo Ibarra, vuelve a su país después de varios años de ausencia y se ve aislado.

(56) Nótese cómo Rizal no veía claro el fin de su viaje. ¿A qué marcharía, en rigor, a Europa? ¿A ampliar sus estudios? ¿A conseguir un grado universitario? ¿Luchar por los fueros de la Patria? ¿Por qué tildaría a cualquiera de estos propósitos de «vana idea» y «falsa ilusión»? ¿Es que preveía algún fracaso en su empeño? Incógnitas que pueden ayudarnos a calibrar la agonía espiritual por que atravesaba el héroe en esta etapa de su vida.

(57) Este mismo deseo expresaría el héroe en su carta-despedida a sus padres, escrita en Hong-Kong en 1892, en la víspera de su regreso al país, en donde sospechaba le quitarían la vida.

(58) Así se designaba al filipino durante el régimen español. Al principio el sobrenombre se debió al error de los primeros descubridores que supusieron que Filipinas era parte de las Indias. Más tarde, el apelativo cobró sentido peyorativo y despectivo.

(59) Montaña que se encuentra en la península de Bataán de tan heroico recuerdo cuando la guerra del Pacífico (1941-45), por la tenaz resistencia de las fuerzas fil-americanas contra la invasión japonesa.

(60) Querrá decir, sin duda, que lo plasmó en dibujo, pues no consta ni parece probable que Rizal llevara consigo una cámara fotográfica.

(61) Isla que se encuentra a la entrada de la Bahía de Manila. Fortaleza que desempeñó papel brillantísimo en la defensa de Filipinas contra los japoneses cuando la guerra de 1941.

(62) Es curioso que Rizal emplee la palabra «país» para referirse a su "provincia» natal. Pudo haber empleado la frase «tierruca», «región» o «patria chica». Por otro lado, Retana insiste ya en que Rizal, a diferencia de otros filipinos, no sentía inclinación por llamar a Filipinas «patria chica», sino «patria» a secas.

(63) A juzgar por la descripción que hace Rizal, esos montes debieron de ser los de Batangas, cerca de la llamada Punta de Santiago.

(64) Es la misma ruta que continúan siguiendo los buques de altura en nuestros días. Ese paso se conoce con el nombre de «Boca Grande»; la distancia entre Batangas y Corregidor, al otro lado de esta isla, se llama «Boca

Chica» y está reservada para el paso de los barcos de cabotaje o de navegación interna.

(65) Dos islas, fortificadas en tiempo de régimen norteamericano. Son objeto de una leyenda acerca de un fraile y una monja que, falsos a sus votos solemnes, huyeron de la ciudad, tan sólo para ser castigados por Dios, convirtiéndolos en islas, después de haber naufragado a la entrada de la Bahía de Manila.

(66) Alude a la guerra española entre carlistas y alfonsinos.

(67) Isla de extensión considerable que se encuentra cerca de la entrada de la Bahía de Manila y que, en la actualidad, está dividida en dos provincias. El nombre es contracción de «Mina de Oro».

(68) «Casco»: Barca nativa de proporciones considerables, generalmente con alguna parte cubierta, y que, en muchas ocasiones, servía de vivienda a gente de medios humildes.

(69) Población de la provincia de La Laguna.

(70) El señor. Umbreit nos dice que estos bajos «deben de ser los bajos comprendidos bajo el nombre de Ardasier Bank, al oeste del Estrecho de Balábac, al sudeste de Palawán». Dada la situación de navegación del barco en que viajaba Rizal, nos parece muy probable la conjetura del señor Umbreit.

(71) Nótese que se refiere a las críticas contra el gobierno; no precisamente contra el elemento particular, o sea, los españoles que no eran funcionarios o empleados públicos. También conviene fijarse en que esta censura la hacían españoles mismos, como eran los contertulios aquí mencionados.

(72) Era de esperar esta consecuencia forjada por Rizal. Si los mismos españoles así hablaban contra sus propios paisanos, ¿qué iba a pensar el filipino Rizal? De seguro que debía dolerle mucho más todos esos males lamentados. Por otro lado, es interesante hacer resaltar, como nos lo sugiere Fernández Lumba, la frase empleada por Rizal: «*Vine a descubrir...*» Luego, él hasta entonces no lo sabía, no había visto que los abusos fueran tan palpables. No eran, pues, éstos tan evidentes como suele afirmarse por algunos de nuestros historiadores. Tuvieron los mismos españoles, compañeros de Rizal, que exponerlos para que éste los «descubriera». Además, no se olvide que la pasión infla, exagera, sobre todo en medio de discusiones acaloradas, como parece que fué ésta.

(73) Según testimonio que recibiéramos directamente del difunto doctor don Mariano Vivencio del Rosario, contemporáneo y amigo del Dr. Rizal, las pocas veces que éste perdía su acostumbrada ecuanimidad las proporcionaban sus derrotas en las partidas de ajedrez. No extrañemos, pues, el cuidado que pone Rizal en anotar estas sus tres victorias. Además, en ninguna parte del Diario consta que perdiera jamás en sus partidas.

(74) No hemos conseguido identificar a este personaje.

(75) Nos complace este dato. Indica, una vez más, que el Dr. Rizal no descuidaba sus obligaciones religiosas ni las ignoraba, toda vez que se acordaba de ellas.

(76) Estas islas son las hoy conocidas con el nombre de Bunguran.

(77) No hemos conseguido localizarlos.

(78) Islote que se encuentra en el gran lago «Bay», de la provincia de La Laguna.

(79) Monte que lleva ese nombre y cuyo significado es «Senos de Doncella», de la isla de Talim.

(80) Embarcación de vela, originaria de China.

(81) Nótese cómo Rizal usa el nombre: «José Mercado».

(82) Solía acontecer que los que venían a Filipinas con miras materialistas eran, luego, los peor hablados. Con el desgobierno en la metrópoli durante la segunda mital del siglo pasado, muchos se venían a Filipinas con fines bastardos.

(83) El sentido justiciero de Rizal le mueve a hacer estas excepciones. Nótese además que se trataba de criticar más al «mal gobierno» que al país, al que se le tenía lástima.

(84) Población filipina en la provincia de Leyte.

(85) Nos recuerda aquel común decir filipino: «A la entrada de Corregidor y a la derecha de Bangkusay (playa filipina), hay un cartel que dice: ¡A fastidiarse y no haber venido!», que solía endilgarse a los que, venidos a Filipinas, sólo tenían censuras para el país.

(86) No obstante el tono un algo irreverente de la frase, puede comprenderse la hondura y el acierto de la sátira e ironía que emplea el héroe para con los «criticones» del país.

(87) Es interesante esta expresión, porque demuestra que no había inquina especial contra los filipinos, como tales. Era más bien el talante propio de aquellos criticones.

(88) Es notable cuántas veces vuelve Rizal sobre el tema de los niños. No parece que sintiera poca afición hacia ellos, porque, como se sabe, siempre le preocupó la juventud, al extremo de que, tanto en Calamba como en Dapitan, se dedicó a la educación de los niños, fundando escuelas. Aun en sus novelas, tiene páginas tiernas dedicadas a la niñez e infancia. Lo más probable es que, amigo de la quietud y el sosiego, le molestaban los ruidos que los pequeños viajeros causaban en el barco.

(89) Farola de San Nicolás, que aún funciona en nuestros días. Está situada a la entrada del río Pásig, en la boca de la Bahía de Manila. Señor Fernández Lumba.

(90) El nos dice que estos «pesos de oro» «probablemente fueran monedas hispanoamericanas u onzas de oro que, según el Anuario de Filipinas para 1877, circulaban en Filipinas. O más probablemente monedas de oro de 4, 2 y 1 pesos». A su vez, el señor Artiaga nos asegura que eran «legítimos pesos de oro, moneda corriente en Filipinas hasta, por lo menos, 1890». Y el señor Barretto, añade: «Circularon abundantemente en Filipinas en aquella época estas últimas conocidas con el nombre de isabelinas.»

(91) No hemos podido averiguar si aún existe este hotel.

(92) No sabemos de ninguna palabra inglesa que rece así: «Nam». Sería «Number» o «Name». Parece probable cualquiera de ellos.

(93) Alude a un coche corriente en Filipinas, en aquella época, que se conocía con ese nombre, y que no es sino el llamado en Madrid hasta hace poco «simón».

(94) Embarcación tropical hecha de tronco de árbol de una sola pieza.

(95) Es curioso que habiendo dicho más arriba que en todas partes oía hablar inglés, estos chicos, sin embargo, se expresaran en francés. ¿Lenguaje de los turistas en aquel entonces?

(96) Exactamente lo mismo se hace en los puertos del sur de Filipinas, aun en nuestros días. Por otro lado, en la ciudad de Baguio, en la isla de Luzón, sitio veraniego, los chiquillos igorrotes hacen algo parecido: ruegan a los turistas que les arrojen monedas y por cogerlas se lanzan por las laderas de empinados montes, sin preocuparles el peligro de caer en cualquiera de aquellos precipicios.

(97) «Lala-Ary»: indio inglés, dueño y gerente de un hotel de nombre «Fonda de Lala» o «Lala-Ary», situado en la Escolta, casi en el lugar que hoy ocupa el Banco Nacional. Tenía fama de ser un hotel carísimo. Posteriormente adoptó el nombre de «Hotel inglés». Hacia 1905 se trasladó a la calle de la Alhambra, en el barrio de la Ermita. Son datos que debemos a los eruditos señores De Veyra, Artiaga y Barretto.

(98) Es curioso que Rizal visitara este templo. ¿Por qué no lo haría con la iglesia católica del lugar? ¿En plan turístico puramente? No parece, pues más abajo dice que, inclusive, leyó la biblia en aquel templo.

(99) ¿Leería una biblia encontrada en el lugar o llevaría él su propia biblia? Lo primero parece más probable. ¿Por qué haría esto? ¿Qué se hizo de aquella su última misa en Manila?

(100) «Pankás»: trozos de tela endurecida que, pendientes del techo, son movidos, por medio de una cuerda, por alguien sentado en el suelo. Si son muy grandes, refrescan mucho el recinto. Hacían el papel de los ventiladores de pala de nuestros días.

(101) Quiere decir «imágenes»; cosa de esperar en un templo protestante.

(102) No estamos muy seguros de esta palabra «negros». La hemos transcrito así porque era la que nos parecía más probable.

(103) Es curioso saber que este Maharadjá tuviera "cocheros ingleses» ¿En qué los conoció Rizal? ¿No pudieron haber sido de otra nacionalidad? Por otro lado, no parece improbable la suposición rizalina.

(104) Sin duda, esta china era de la clase acomodada, que seguía el uso de someterse al aherrojamiento de los pies, colocándolos en unos zapatos de metal, después de vendarlos, a fin de impedir su crecimiento normal. La costumbre, según se dice, obedece a dos móviles: evitar que la mujer, una vez casada, pueda huir del domicilio conyugal y, también, hacerla imposible atender a los menesteres ordinarios de la casa, por lo que tendría necesidad de servidumbre, que, después de todo, era lo que exigía su posición social.

(105) Los puntos suspensivos indican una palabra suprimida que no hemos podido descifrar. Lo más aproximado es «oprania», que no tiene sentido.

(106) Todavía no sabía Rizal el alemán, que más tarde dominaría. Sin duda se contentaría con ver sus ilustraciones.

(107) Los siameses o tailandeses pertenecen a la misma raza malaya que los filipinos. No extrañe, pues, el parecido entre ellos.

(108) Es costumbre oriental. En las mesas chinas se sustituye por unas toallas calientes, que se sirven depués de la comidas. En Japón siguen la misma costumbre china, sólo que las toallas se reparten antes de las comidas.

(109) Arroz cocido al vapor, sin ingrediente alguno. En la comida filipina, la morisqueta hace las veces del pan en las mesas europeas.

(110) Fruta tropical de sabor delicioso.

(111) Hasta ahora no había aludido para nada a la inglesa con quien se había encontrado a su llegada.

(112) Luego llegaría a hablarlo con regular corrección. Recuérdense las lecciones de inglés que llegó a dar a una de sus hermanas y a su sobrino Mauricio Cruz, amén de algunos escritos y cartas suyos en ese idioma. La dedicatoria postrera a su mujer, Josephine Bracken, está redactada en correcto inglés.

(113) Heroína en la obra *David Copperfield,* de Carlos Dickens.

(114) Aunque la palabra «Concepción» está escrita con mayúscula, el sentido exacto de la frase es la que expresaría esa misma palabra escrita con minúscula, viz., la imagen, la idea de David Copperfield.

(115) ¿Quién sería esta Sor Catalina? No ha habido manera de saberlo.

(116) Es consolador leer esta afirmación. Demuestra el espíritu cristiano y culto del héroe, tan distante de lo que es índice de íntima educación.

(117) Esta última frase debe entenderse en el sentido opuesto al que parece comunicar. En efecto, Rizal quería que su sueño no fuese verdad.

(118) ¿Qué querría dar a entender Rizal con que eran de «estilo europeo»? ¿En qué supo que eran casas de chino? ¿Vería a sus habitantes? ¿Lo leería en algún rótulo? ¿Se lo dirían?

(119) ¿Por qué tendría el Rajá de Siam un palacio en Singapoore? Sospechamos que se trataría de la Embajada o Legación de ese país.

(120) La calle comercial de más prestigio en Manila. Debe su nombre a que durante el régimen español en Filipinas, cerca de dicha calle, se acuartelaba la «escolta» montada del Capitán General.

(121) Palabra inglesa que significa comida o almuerzo.

(122) No hemos podido leer mejor esta palabra: «Tadar», que, confesamos, no tiene sentido.

(123) Buque al que transbordó Rizal para continuar su viaje a Europa.

(124) Se refiere al día 11 de mayo, pues que el párrafo anterior habla de la cena, que sería la del 10 de mayo.

(125) Al decir «filipinos», ¿quería dar a entender Rizal que había otros nuevos pasajeros de su misma raza? No parece probable, pues nunca menciona a éstos en el resto de su Diario.

(126) Ya se habrá notado el gran interés que siempre demuestra Rizal por

la limpieza y el aseo. ¿Se retrata ya al médico en ciernes? Mejor aún, ¿es índice de su espíritu rectilíneo e impoluto?

(127) ¿En qué habría notado que los habitantes de Punta de Gales fueran numerosos? ¿Los vería en las calles? No parece así, pues poco antes había consignado que éstas eran «poco concurridas».

(128) Una costumbre parecida se conservaba, hasta mediado este siglo, en la carretera filipina de Taytay-Antipolo, en donde grupos de párvulos se acercaban a las hamacas que conducían a los romeros y al son de monótona cantilena: «Tatay, isang pera; tatay, isang pera!» («¡Padre, un céntimo; padre, un céntimo!»), solicitaban dinero de los peregrinos.

(129) Es curioso que un templo dedicado a Buda tuviera pinturas «al estilo egipcio». ¿Sería un templo de divinidades egipcias que luego se convirtiera en templo budista? Nos parece muy improbable.

(130) Sin duda, aquí falta una palabra, que muy probablemente fuera «piedras». De todos modos, el sentido de la frase es obvio.

(131) «Banquero»: nombre que se da en Filipinas al que guía o navega una barca que se conoce con el nombre de «banca», como ya se dijo antes.

(132) En tiempos de Rizal existía, en verdad, un malecón que protegía a la ciudad de Manila contra los embates de las aguas de la bahía en tiempos tormentosos o de mucha marea.

(133) Nos parece que aquí debe de haber algún error, porque antes había dicho Rizal que las calles de Punta de Gales eran «poco concurridas»; en cambio, había ponderado la actividad de las calles de Singapoore. ¿Cómo es que ahora no dice que las de Colombo fueran menos concurridas que las de Singapoore y sí que lo fueran en comparación con las de Punta de Gales?

(134) Fruta tropical que abunda en Filipinas. Es de sabor acre y de efectos medicinales contra la diabetes.

(135) Falta la palabra. En el original, que copiamos, sólo aparecen unos rasgos totalmente ilegibles.

(136) Cuadrúpedo tropical: animal nacional de Filipinas.

(137) Hemos copiado así la palabra, aunque no nos parece sea la exacta, ya que no vemos tenga sentido.

(138) Aunque nos parece que más bien Rizal alude a Gustavo Doré, el famoso grabador y pintor francés, no hemos querido enmendar el texto, que claramente reza así: *Tué*.

(139) El señor Barretto nos asegura que estos «platos con depósito de agua caliente» tenían la forma de «un plato sopero cubierto con uno llano, de una pieza. En el costado del depósito tenía una espita, con tapón, mediante la cual se cargaba de agua caliente. Su objeto era conservar el calor de las viandas mientras el comensal disponía de ellas».

(140) El mismo señor Barretto nos confirma que el «Barreto» a quien Rizal alude era su padre, «que tenía su casa en Malacañang, cerca del palacio del Capitán General».

(141) Es harto edificante todo este párrafo. Revélase el hondo espíritu

religioso de Rizal. Lo último acusa un templo cristiano digno del mayor encomio. Se retrata, además, al héroe, al mártir.

(142) Párrafo que demuestra espíritu observador y poético. Indica lo amigo que era Rizal del orden y el concierto de las cosas. Así se explica que fuera tan decidido enemigo de la injusticia, que, por definición, es el acopio del desorden.

(143) Querría decir «ni un tronco siquiera», porque parece harto improbable que desde el barco pudiera distinguir las raíces.

(144) Es curioso que en los puertos de Oriente (Lejano y Próximo) se siga esta costumbre. ¿Señal de indigencia colectiva o avaricia consuetudinaria?

(145) Es admirable ver cómo Rizal cuida de estudiar con esmero las características raciales y lingüísticas de los pueblos que va visitando. Años después cultivaría con mayor rigor científico estas aficiones étnico-lingüísticas, hasta llegar a pertenecer a sociedades europeas dedicadas a estos estudios.

(146) ¿Sería un estremecimiento físico o una emoción psíquica? Si lo primero, es posible se haya debido al muchísimo calor que a la sazón hacía; si lo segundo, quizá se haya debido a la fuerte impresión que le causara la tierra africana, según aquello que deja consignado más arriba: «Hasta el presente, tu nombre ha sonado a mis oídos unido al espanto y a horribles carnicerías.»

(147) Es interesante, otra vez, la reminiscencia bíblico-religiosa que la escena del desierto despierta en el héroe. ¡Resonancias en un alma cristiana, en verdad!

(148) Aunque no lo diga, es claro que se refiere al cicerone.

(149) Palabra suprimida. Sólo aparecen estos puntos suspensivos. ¿Los habría puesto el copista Lete al ver que le era imposible descifrar la letra de Rizal? Es posible.

(150) La palabra escrita en el Diario es «ingenio», pero el sentido está pidiendo se escriba «infierno».

(151) Una vez más, la preocupación por la limpieza y la higiene.

(152) Aquí intercala una nota el copista Lete, en donde apunta un error de Rizal en el sentido de habérsele escapado a éste el hecho de que, dada la redondez de la Tierra, y teniendo en cuenta la longitud y la latitud en que se halla Suez en relación con Filipinas, no era posible que se viera la luna en ambos sitios al mismo tiempo. Preferimos dar un sentido poético y sentimental a las palabras del héroe.

(153) Nos parece que la preposición debe ser «con» y no «en».

(154) ¡Cuánto admira este espíritu cristiano y humanista del héroe, siempre atento a las miserias del prójimo, preocupado siempre por el bienestar de los indigentes!

(155) Así aparece en la copia que transcribimos, aunque, a nuestro juicio, la palabra debe ser «frío» y no «río», tal que la frase deba leerse: «Hace un fresco próximo al frío»; lo otro no tiene sentido.

(156) Es un poco extraña la frase, que, en nuestra opinión, debió redactarse así: «Mucho lo sentí, porque hubiera querido pisar Egipto», y de ese modo se hubiera evitado el equívoco de que Rizal no sintiera no haber pisado Egipto.

(157) Aunque casi todos los biógrafos rizalinos están contestes en que Rizal no era músico, y que la música fué, quizá, el único arte que le fué vedado, es interesante leer este pasaje, en donde el héroe demuestra cierto sentido crítico musical. Además, hay historiador que sostiene que Rizal quiso cultivar la música, e inclusive llegó a aprender a tocar la flauta. Recordamos una fotografía de Rizal en actitud de tocar este instrumento.

(158) Palabra ilegible, que hemos sustituído con los puntos suspensivos.

(159) No nos explicamos el porqué de este índice o guión en el Diario de Rizal. ¿Lo pondría él o fué recurso del copista Lete?

(160) Palabra ilegible, que sustituímos con los puntos suspensivos.

(161) Nótese la pasión patriótica del héroe.

(162) Es curioso que diga esto, pues antes nos había hablado de sus visitas a los museos de Singapoore y Ceylán. ¿Se le habría olvidado? ¿Es que estos museos no podrían considerarse tales comparados con aquel de Marsella?

(163) Son adquisiciones curiosas.

(164) No nos explicamos esta fecha. Si llegó a Nápoles el 11 de junio y de aquí marchó a Marsella, ¿cómo pudo haber pasado el segundo día en esta última ciudad el día 14 de mayo? ¿Algún error del copista? ¿Algún traspapeleo?

(165) No nos explicamos esta frase «aura del sol». No sabemos de ningún viento o brisa del sol.

(166) Debió haber escrito «sentado *a* la mesa».

(167) En lugar de «este día», Rizal pone «aquel día». ¿Es que no escribía esta parte del Diario en la fecha que indica?

(168) Falta la preposición «por» para que la frase se lea correctamente así: «despedirnos por última vez».

(169) Los puntos suspensivos no nos los explicamos. ¿Por qué concluiría Rizal así esta parte de sus Memorias? ¿Porqué lo que sigue es ya del día 10 de enero de 1883? ¿Faltan páginas acaso?

(170) ¿Qué quería decir Rizal con la palabra «unión»? ¿O es que no es ésta la palabra exacta? ¿Error del copista?

(171) Es curioso que Rizal tuviera ese sueño lúgubre en la misma fecha en que, trece años más tarde, moriría fusilado en Manila.

(172) ¿Por qué pondría Rizal esos puntos suspensivos? Parece que está pidiendo la frase «en casa».

(173) Don Pablo Ortiga y Rey, alcalde de Manila durante el gobierno del Capitán general Carlos M.ª de la Torre.

(174) Las abreviaturas nos parecen revelar los nombres de sus amigos y compañeros: Paterno, Calero (o Calderón), Pérez y Léte.

(175) Los puntos suspensivos parecen estar pidiendo la frase «juegue a la». Años después, estando deportado en Dapitan, ganaría el segundo premio de un sorteo.

(176) De enero a mayo no hay rastro de las Memorias de Rizal. ¿No las escribiría? ¿Se extraviarían? Es interesante tomar nota de las señas de Rizal en Madrid en esta época.

(177) ¿Es que lo estaba en realidad o lo aduce por vía de hipótesis o posibilidad?

(178) Fortaleza que aún subsiste. ¡Quién le hubiera dicho a Rizal que trece años después estaría encarcelado allí mientras aguardaba el barco que le traería a Filipinas para ser juzgado!

(179) Sin duda quiere decir «en vivir juntos» o «convivir».

(180) Iniciales de Leonor Rivera, su prometida, con quien no llegó a casarse.

A. MOLINA

II

DIARIO DE MADRID. 1884.

Este diario fué publicado por vez primera por W. E. Retana en su *Vida y escritos del doctor José Rizal.* (Madrid, 1907.) Retana detalla que era llevado por su autor en una agenda de bufete, propiedad del joven filipino don Clemente J. Zulueta, de quien pasó a la colección del bibliófilo norteamericano Mr. E. E. Ayer. Retana transcribe este Diario con su habitual escrupulosidad, respetando sus detalles ortográficos y de puntuación, añadiéndole unas Notas de gran interés y, sobre todo, encargando a don Miguel de Unamuno que descifrase los párrafos en clave. Unicamente suprime la anotación de algunos gastos menudos reproducidos con gran frecuencia, «tales como papel, que Rizal solía comprar cada tres días; tranvía, en el cual venía a gastar alrededor de peseta y media al mes, y algún que otro sello, aparte los que compraba para Filipinas (los más caros), que quedan casi todos asentados». En nuestra transcripción faltan, naturalmente, estas pequeñas omisiones que señala el biógrafo y se han introducido igualmente ligerísimas modificaciones que no alteran el texto rizalino.

Es de justicia señalar el mérito del gran filipinista W. E. Retana, autor de unos 40 volúmenes sobre el archipiélago. Sus estudios etnográficos, folletos políticos, catálogos bibliográficos, historia grande y menuda, biografías, reediciones de antiguos libros de viajes por las islas, constituyen una obra considerable con la que tropieza a cada paso el lector de temas filipinos. Retana, funcionario de la Administración de Hacienda en Manila, comenzó a escribir con un criterio significadamente conservador. Su *Estadismo de las islas Filipinas*, reedición de los viajes de un religioso español por el país a principios del siglo XIX, constituye una obra interesantísima que ha sido unánimemente elogiada hasta por los publicistas norteamericanos. Después de 1896 Retana—interesado profundamente por la obra de Rizal y conmovido por su destino—escribe en España una biografía del gran malayo, que será ya para siempre el punto de partida de cualquiera otra que se escriba sobre él, porque Retana hace acopio en ella de una ingente cantidad de datos que pone en orden e interpreta. Desgraciadamente el biógrafo no conocía el rico Epistolario del doctor, hoy publicado y fuente de capital importancia para estudiar su vida y pensamiento. Pero el respeto que le inspira Rizal no significa en Retana la admi-

sión de todo el pensamiento del gran tagalo, alguna vez desbordado. Retana reedita en 1910 los *Sucesos de las islas Filipinas,* escritos en el siglo XVI por el español Antonio de Morga, y cuya reedición había publicado Rizal en París en 1890 con comentarios ultranacionalistas. Retana estudia los *Sucesos* utilizando un enorme aparato histórico y publicando una edición monumental de dicha obra, enriquecida con un estudio preliminar y profusas notas, tablas e índices, como era frecuente en él. Retana, uno de los meritorios hombres que España tuvo en su periferia, sería por todo ello correspondiente de la Real Academia de la Historia y miembro de numerosas sociedades científicas y geográficas españolas y europeas. Sirvan estas líneas también de homenaje al gran filipinista y de reconocimiento a su gran obra. Como Menéndez Pelayo es en la cultura española quien más leyó, quien más exhumó, quien más cosas puso en orden e interpretó, Retana es en lo hispano-filipino—juntamente con el religioso jesuíta P. Pastells—quien puso en orden e interpretó montañas de material histórico. Podrán retocarse y corregirse algunas afirmaciones del historiador Retana, pero su obra quedará para siempre como fundamental para Filipinas y como la de un enamorado del archipiélago, al que dedicó su vida.

O. A.

1.º de enero.

Tengo en valor nominal ... ... Ptas. 617,15 (1)

Anoche nos reunimos en el Rest. de Madrid (2) tres Paternos, dos Esquiveles, Figueroa, Villanueva, Jugo, Graciano (López Jaena), J. Llorente, Ev. Aguirre, Lete, Ventura, Iriarte, Vidal y yo (3). Todos brindaron menos Villanueva, que salió antes. Los brindis que más se distinguieron fueron los de Laserna, A. Paterno, Graciano López, P. Paterno con Valentín. A mí me cupo el honor de despedir al 83 y saludar al 84; no brindé, pero después hice el resumen de tan brillantes discursos. Laserna leyó un precioso soneto. Cenamos a las 12 y 1/4 y concluímos a las tres. El día ha transcurrido casi sin incidente alguno; Lete fué a la noche a casa de E. P. (4), en donde pasaron el día Villanueva y Figueroa. Estoy leyendo por ahora *Burg-Jargal.* Se discutió en la calle del Lobo acerca de la policía; yo he decidido no disputar.

2 de enero.

Hoy ha habido reunión en casa de los Paterno; se reunieron los mismos que en el café de Madrid, menos Iriarte, Villanueva y Vidal. Se trató de reconstituir el Círculo (5); se nombró una comisión para ir a hablar a los antiguos socios y al señor Atayde; la comisión se compuso de los señores Paterno, López, Laserna, Esquivel J. y Aguirre. Mi proposición acerca del libro (6) fué aceptada por unanimidad; pero después se me ofrecieron dificultades y obstáculos que me parecieron un poco singulares, levantándose acto continuo varios señores sin querer hablar más de ello. En vista de esto decidí no volver a proponerlo ya más, considerando imposible contar con el apoyo de la generalidad, y sólo después en unión con los señores Lete y Figueroa hemos tratado de seguir adelante. Para esto se le escribirá al señor Luna (7), Resurrección y Regidor.

3 de enero.

Esta mañana me fuí a la Facultad de San Carlos y me dijeron que no tendríamos clase hasta el 7; en Griego la hubo desde ayer. Fuí a la Academia de San Fernando y allí me dieron nuevas lecciones. Esta mañana nos reunimos en el «Café de Madrid» por una tarjeta que me pasó Graciano; se habló del Círculo, de las pretensiones de algunos, etcétera. Lo del libro, Graciano escribiría sobre la mujer filipina; Aguirre, ídem; Maximino, sobre Letamendi (8). Parece que el Círculo no irá bien.

4 de enero.

Suscripción a varias obras ... ... Ptas. 7,00

Recibí unas cartas de Manila de tío Antonio y de... fechadas la primera en 18 de noviembre y la segunda en 13. Ambas llenas de buenas e interesantes noticias (9).

Para la peluquería y tranvía con el aguinaldo maldito (10) ... ... Ptas. 10,00

Discusión violenta en la calle del Lobo acerca de los revendedores de billetes; he determinado no tomar parte en las discusiones, y así lo hago (11). *Padri ce burvemdi cili pese qua ta hefem psarodamla. Tala rofua aum amenisedi da Vinruati: vsai qua damtsi da pivi ta enesé ye namir* (12).

5 de enero (sábado).

Los cuatro Reinos de la Naturaleza, sus(cripción). Ptas. 14,20

Hemos estado reunidos en casa de los Paternos Aguirre, dos Esquiveles, Creus, Jugo, Carrillo, L. Llorente, Ruiz, Ponce, Ventura, Lete, Graciano, Perio, Iriarte, Villabrille, López. Se trató de reconstituir el Círculo y no se pudo más que nombrar comisiones. Se acordó reunirse el otro domingo. A la noche estuvimos en casa de el Pater Sanmartí, Figueroa, Perio, Estevan, Lete y yo. Estuve hablando algún tiempo con Consuelo después de cansarme de estar en la reunión general. Chocolate; convidó Perio. Nos retiramos a las 2 y media.

5 de enero.

Judio errante	Ptas.	10,00
Obras de Horacio, Dumas	»	2,50
Una cena con un amigo (13)	»	32,00

Fuí a casa de Ventura para sacar el *Florante* (14); compré varios libros, y a la noche Valentín y yo fuimos al restaurant «Inglés» a cenar, o mejor, a comer. Nos sirvieron bastante bien en la comida y de allí salimos bastante satisfechos. A la tarde estuvo aquí Graciano. (L. Jaena).

7 de enero.

Este día no se señala más que el sermón que nos ha echado el profesor de Griego por la insubordinación de los estudiantes.

8 de enero.

Clases de griego, paisaje, figura y perspectiva. Concluí dos dibujos. No se ha gastado nada. Un señor quiso tener conferencias conmigo. L... (15) empieza a ir a clase y a ser puntual en sus citas. Encontré a Ruiz, que me dijo que si se presentaba alguno para pagar los gastos del Círculo se le haría presidente.

9 de enero.

Sin gastar ni un céntimo. Clases de griego. Mi paisaje lo he terminado, como mi dibujo de figura. Iba a comprar un *Atlas histórico*, de Lesage, pero estaba tan roto que aquello era una miseria.

10 de enero.

Recibí dos cartas, una de tío Antonio, 2 de diciembre, y otra de P., 30 de noviembre (16). *Te veste da Taimis ar vesoñire y vim un gomet da tir ner efsededtar* (17).

11 de enero.

El día pasó sin más novedad que la visita de Aguirre, Antonio (18) y mi encuentro con el repartidor. Fuí a clase y allí me encontré a Pereda.

12 de enero.

Baño	Ptas.	2,00
Teatro de la Comedia	»	0,50
Un plato	»	0,50
Un periódico y un refresco	»	0,35
A Figueroa para E. P.	»	1,00

Estuve en el teatro y me divertí mucho con las piezas de *El octavo, no mentir* y *Un año más.* No fuí a casa de don Pablo (Ortiga y Rey). El profesor de Clínica médica me encomendó un enfermo del número 10.

13 de enero (domingo).

Esta tarde nos reunimos en casa de Paterno, López, los Llorentes, Aguirre, Ventura, dos Esquiveles, Iriarte, Perio, Lete, Carrillo, Abreu, Pozas, Ruiz, Laserna, Graciano, Domenech, Govantes (19) y yo. Fué imposible la cuestión del Círculo por mil motivos. *Te neyis perla hebtem muchi pasi am lsetémdira da des doma si yo ra moefem* (20).

15 de enero.

Hoy es día de fiesta en casa de don P(ablo Ortiga y Rey), cuyo cumpleaños se celebra; no pudimos ofrecerle nada.

Por un cortaplumas	Ptas.	0,30
A Perio	»	2,00

Se ha bailado mucho en aquella casa. Estuvieron Sanmartí, los Paternos, los Esquiveles, Ventura, etc. Figueroa, Villanueva y P... Este último se emborrachó y fué motivo de risa. Se nos obsequió con un té o lunch. Yo iba a retirarme, pero se me detuvo. Se habló de polltica y sobre Filipinas.

16 de enero.

Sellos para correo	Ptas.	1,30
Visleptumer (cortaplumas)	»	1,50

Ha salido el correo esta tarde. Esta mañana fuí a clase: mi enfermo que está en el número 10 se ha levantado y me ha dado las gracias.

No fuí a paisaje ni a perspectiva. En el antiguo tenemos un nuevo molde.

Un ovillo ... ... Ptas. 0,50

17 de enero.

Llorente me invitó a ir al Congreso citándome a las 12 en punto del día. Por no faltar he tenido que no almorzar, y provistos de un billete para la Tribuna de Senadores (21) fuimos allá a eso de las 12 y minutos. Guardamos turno; Lete y López se fueron sin poder esperar, y solamente a las 6 y minutos entramos (22). Hablaba a la sazón Sagasta; yo le conocí por sus caricaturas; estaba nervioso. Posada Herrera le contestó, haciendo reír y rabiar a la Cámara; luego habló López Domínguez con energía. Se hizo la votación del mensaje y la mayoría derrotó al Gobierno. Motín de los estudiantes (23).

18 de enero.

Ayer, a consecuencia de un decreto del Ministro de Fomento, los de derecho se fueron al Ministerio de Fomento (24) y allí gritaron «mueras» y quemaron números de la *Gaceta*. Después se les unieron los de Medicina. Fueron dispersos más tarde por el Gobernador Civil, señor Aguilera. Cerraron las clases, no permitiéndose la entrada a ninguno. Hoy subieron los Conservadores, contra todo lo que se esperaba y se sospechaba. Su subida al poder produjo generalmente mala impresión (25).

19 de enero.

Sigue la vacación de los estudiantes. En San Carlos tampoco hay. Estuvimos en casa de don P(ablo), Valentín, Sanmartí, Lete, Figueroa y Villanueva. La noche no ha sido mala para mí, porque me pagaron unos señores que me debían, aunque costándome gran trabajo el cobrarles.

Entrada ... ... Ptas. 3,55

20 de enero.

Para un décimo de Lotería ... ... Ptas. 3,00

Remití a C. O. una pieza de «guimaras» (26). Valentín estuvo aquí esta tarde y hablamos sobre nuestras impresiones. Después vino Rafael.

21 de enero.

Fuí a clase: los de Derecho se niegan a entrar mientras no deroguen los decretos. Lete vino a darme las gracias en nombre de C. O. (27). A la noche estuvo Estevan: hablamos de varias... Palaimitahearptilediomdofmenamla. Taheprinalodiperfesrurdanderpesehevastalsecejesydarpuarmihequasodipefesmede (28). P. Paterno dió un convite o cena a la prensa: Valentín Ventura asistió.

22 de enero.

Lavandera	Ptas.	3,00
Sello para el interior	»	0,10

23 de enero.

Varios edificios se han iluminado: una hermosísima luz en forma de escudo en el Casino Madrileño. Visité a los artistas Estevan y Melecio (Figueroa); estuvimos hablando acerca de lo que decían los periódicos del convite de Paterno y consuramos al *Correo* (29). De allí visité a los Paternos. Encontré a Antonio y Maximino, quienes leyeron con placer lo de *El Correo,* ponderándomelo mucho; me enseñaron su casa. Vino después Pedro, quien me propuso la exposición de los retratos que yo tengo. No pude acceder, porque éstos eran regalados y con dedicatoria.

24 de enero.

Vino a visitarme Valentín Ventura. Estuvimos hablando sobre lo de siempre. Hoy entraron los de Derecho.

25 de enero.

Esta noche he tenido un sueño bien triste. Se me figuró volví a Filipinas, pero ¡qué triste recepción! Mis padres no se me habían presentado y Taimisheboerodiomgoatpasidaumeongodatodedlemfsemdaquamilamoesanadoi (30). Hoy he concluído de leer *El judío errante;*

esta novela es una de las que me han parecido mejor urdidas, hijas únicas del talento y de la meditación. No habla al corazón el dulce lenguaje de Lamartine. Se impone, domina, confunde, subyuga, pero no hace llorar. Yo no sé si es porque estoy endurecido. Me recuerda mucho *Los mohicanos de París.*

26 de enero.

El P. Rivas ha muerto (32).

Deudas pagadas por un amigo ... ... Ptas. 1,00

Nos fuimos a casa del P. Eterno (32), Figueroa, Estevan, Sanmartí, Lete, Rafael y yo. Esta reunión ha sido de las más pacíficas. A nuestra vuelta fuimos a la chocolatería. Venimos a las 3 y 1/2. Vimruatinaherodimuyenebta.

27 de enero.

Hoy me retraté en casa de Otero: media docena tarjeta, con capa (34)	Ptas.	10,00
Un décimo de billete	»	3,00
Una caja de fósforos	»	0,10

El día malo y lluvioso; las calles están encharcadas; Maximino y Antonio vinieron a casa para que vayamos a ver el Ateneo; no nos fué posible, porque no se permitía (35). Vurverepesehebolas pasiquoasambeseli; igsavónohebolevoim (36).

28 de enero.

Hoy he estado en el Ateneo a visitarlo: es hermoso, vasto, extenso, bien decorado. Fuí con Antonio y Maximino (Paterno). Me dan tentaciones de pertenecer a él, pero hallo la cuota un poco exorbitante para el poco tiempo que me he de estar en Madrid. Esta mañana encontré una joven en la puerta de la calle de una casa vecina. Ella era bastante bonita. Esta noche cuando volví, fuí a una casa buscando habitación para un amigo y me encontré con ella sin más ni más.

29 de enero (martes).

Bujías (una libra, 6)	Ptas.	1,25
Suscripciones	»	3,00
Billete para el baile	»	1,00
Café, refrescos y propina (sereno)	»	1,70

Hoy he estado en el baile de mascaras, en donde me divertí bastante. Bailé casi todos los números. Dos máscaras me estuvieron dando bromas; por más que procuré averiguar quiénes podían ser, no lo conseguí.

30 de enero.

Para el repaso del grado	Ptas.	30,00
Sellos para cartas y periódicos	»	2,80
Un pañuelo	»	0,45
Tranvía	»	0,10

Remití tres cartas a mi pueblo, una a mi tío Antonio, otra a Chéngoy (37) y otra a Lolay. Periódicos envié también tres: *El Imparcial, El Día* y *El Liberal.*

Baile del «Excelsior» (38)	Ptas.	2,90

31 de enero.

Un libro (Ortega Munilla)	Ptas.	1,00
«Arte de estudiar»	»	2,50

Hoy hubo una discusión muy fuerte en la calle del Lobo. Encinas vino por primera vez (39).

Dinero gastado	Ptas.	257,88
Comida de este mes	»	71,75
Total	»	329,63

Este gasto, que para mi representa más, ha tenido por causa el repaso, la estera y la comida con que obsequié. Los libros que compré contribuyeron también a esto.

1.º de febrero (viernes).

«Biblia»	Ptas.	14,00
Tres cuadernos	»	1,50
Cerveza	»	1,70
Teatro	»	0,75
Liberal (Suscripción al)	»	1,00

He estado en el teatro de Eslava a ver *Política y tauromaquia* y después estuve en el Café de Madrid. Ha habido gran discusión en la calle del Lobo (40). Cada día es más imposible aquello. No hemos empezado el repaso.

Vino aromático ... ... Ptas. 0,25

2 de febrero.

Botones y betunes	Ptas.	1,30
Criadas (41)	»	9,67
Suscripciones	»	8,25
Los cuatro Reinos de la Naturaleza	»	3,50
Castañas	»	0,20

Hoy nos hemos reunido en casa de don Paúl (42), Sanmartí, Lete, Ventura, Paco Es(quivel), Figueroa, Estevan, el nuevo matrimonio y yo. Al principio el P. Eterno iba muy animado, pero después se puso furioso cuando empezaba a perder.

3 de febrero.

El tiempo está lluvioso. Hoy vinieron aquí las hermanas de Cortabitarte (43) con su mamá; hemos estado hablando un poco, pero muy alegremente: pidieron ver mis retratos y se los enseñé.

4 de febrero (lunes).

Hoy hemos empezado el repaso de veras. Nos explican Mariani (44), Polo y Slocker. Perio aparece en los repasos: yo no sé que sabrá decir ese hombre.

5 de febrero.

Suscripción a *El Día* ... ... Ptas. 1,00

He visitado a Valentín, que está con una ligera dermatitis.

6 de febrero.

Ha muerto repentinamente el catedrático de Historia, el señor Federico Lara, muy bella persona, al menos en lo poco que le he conocido.

7 de febrero (jueves)

Lo más importante de este día es la discusión que hubo entre dos españoles en la calle del Lobo, uno que sostenía que todos los españoles son valientes y otro que no todos. Que si él se comía diez o cuarenta ingleses, otros tantos alemanes, etc. Después de esto bajamos y encontramos una reyerta entre dos chulos y un comerciante. Los primeros estaban en la calle e insultaban a más no poder despreciándole al último. Cuando por fin éste salió, aquellos dos desaparecieron (45).

9 de febrero (sábado)

Teatro *(La mascota)* ... ... Ptas. 2,10

La mascota no me ha gustado. Me he aburrido. He sabido que ha muerto doña Benita Antón.

10 de febrero.

Retrato para la orla (46) ... ... Ptas. 20,00
Pluma y lápices ... ... » 1,25

Hoy me he paseado por el Distrito de la Universidad: fuí a ver a María C... Di vueltas y más vueltas por aquellos barrios.

13 de febrero (miércoles).

Hoy salió un correo: escribí a tío Antonio, a Leonor y a mi familia a quien remetí un retrato.

14 de febrero.

Hoy hubo una discusión bastante violenta sobre cuestiones de Filipinas.

16 de febrero.

Hemos estado en casa de D. P(ablo) O(rtiga), Estevan, Sanmartí, dos Esquiveles, Ventura y yo.—El baile del Real.

17 de febrero (domingo)

Hoy hemos tenido operaciones en el hospital de la Princesa (47). Yo hice dos ligaduras arteriales. Salimos de allí a eso de las seis.

Lete se propone seguir la idea del banquete a Magallanes por razones que adivino. Saqué mis retratos de la casa de Amayra: no estoy muy contento con ellos.

23 de febrero (sábado).

Un cráneo ... ... Ptas. 10,00
Alcohol para lavarlo ... ... » 0,40

Hemos estado en casa del «Pater», Lete, Antonio, Estevan, Figueroa y yo. Nada de particular (48).

24 de febrero.

Hoy escribí una carta a Mariano Catigbac (49).

25 de febrero (lunes de Carnaval).

Sillas en el salón (del Prado) ... ... Ptas. 0,50

Apenas si me he divertido en el salón viendo pasar las máscaras. Había a mi lado una joven hermosa, ojos azules, una sonrisa agradable. He ido a visitar a la familia de Dominga.

26 de febrero.

Anoche estuvieron en una casa de su confianza los dos Esquiveles, Lete y otro más. Uno de ellos se permitió burlarse de varios paisanos... y los demás todos contentos. Todos eran amigos. Buami ar rebasti pese vuemfi quoasem habterna da enordelar (50).

27 de febrero.

Suscripciones ... ... Ptas. 17,75

28 de febrero.

Hoy han estado en casa Graciano y Figueroa. Lete me dió una noticia que me agradó bastante si es verdadera, pero que no me satisfizo. En fin, lo que en un lado se pierde se gana en otro (51). He degando di rurodaer vimlse um arpeñit (52).

1.º de marzo.

Suscripciones	Ptas.	3,05
Repaso del Grado	»	30,00

Nos hemos reunido en casa de D. P., Antonio, Sanmartí, Paco Esquivel, Estevan, Figueroa, Lete y yo.

2 de marzo.

Criadas	Ptas.	9,76
Arreglo de camisas	»	0,50

3 de marzo.

Bastón (53)	Ptas.	4,00

4 de marzo.

Por un chaquet y chaleco	Ptas.	10,00
Suscripciones	»	4,50

7 de marzo.

Hemos tenido operación con Mariani. Esta noche asistí a unas lecciones de inglés en el Ateneo por el señor Schüts.

8 de marzo.

Hoy leyó Campoamor en el Ateneo sus tres poemas: *El amor a la muerte, Cartas de una santa, Cómo rezan las solteras.* Pude haber entrado, pero no quise (54). Sigue llamando la atención el Padre Mon, por el sermón que predicó en el oratorio del Corazón de Jesús.

9 de marzo.

Cunanan y Ventura vinieron a visitarme. Estuvimos hablando sobre varias cosas (55).

11 de marzo.

Gramática alemana	Ptas.	3,00

He recibido una carta de tío Antonio en que me dice que se ha vuelto loca señora Ticang.

13 de marzo.

Suscripciones	Ptas.	7,00
Un alfiler	»	3,00

Este día vino Carranceja (56) de Santander.

15 de marzo.

Hoy he visto a don Quintín Meynet en la calle de Atocha. Según él, hace 18 meses que faltó de Manila. Está como siempre (57). Llaman mucho la atención unos artículos de *El Progreso,* que ha sido en este solo día dos veces denunciado. Nos hemos reunido en casa de don Pablo, Lete, Sanmartí, Esquivel (Paco), Estevan y yo. Hay otra rifa de los artistas. Hoy me he acordado mucho de mis hermanas, sobre todo de la María.

16 de marzo.

Pedro Carranceja vino a visitarnos. Mañana se retira a Filipinas con su hermano y con un primo suyo.

19 de marzo (miércoles. San José).

Baño	Ptas.	2,00
Obras de Claudio Bernard	»	50,00

Recibí tarjetas (58) de Pepe Esquivel, Aguirre, familia de Ruiz (Viuda), Iriarte, don Pablo y Carrillo, Pedro Paterno.

23 de marzo.

Un billete de la Lotería	Ptas.	3,50

24 de marzo.

Teatro	Ptas.	1,50

26 de marzo.

Libros	Ptas	30,00

28 de marzo.

Hoy murió Meynet casi repentinamente.

Por un retrato	Ptas.	3,50
Repaso	»	30,00

30 de marzo.

Escribí a Filipinas a L(eonor) y a tío Antonio (59).

31 de marzo.

Hoy he visto a la familia de V... Yo no sé si es por ser mi compatriota u otra cosa, esta familia me es muy simpática. Los niños y las niñas son muy amables. Uno de sus chicos, José, me estuvo dando conversación, que me hizo reír un buen rato. La mayor ha estado en la Concordia (60) y conoció a muchas de las de allá. Les femmes de mon pays me plaisent beaucop; je ne m'en sais la cause mais je trouve chez-elles un je ne sais quoi qui me charme et me fait rêver (61). Al hablar de mi país se han despertado en mi corazón dormidos recuerdos. De cuando en cuando me suele suceder que se apodera de mí una vaga melancolía que hace se despliegue a mi vista todo el pasado. Esto que me sucedía a menudo cuando era niño, lo experimento también ahora, raras veces, sí, pero con mucha intensidad. Tantas jóvenes que pudieron haber iluminado siquiera un solo día de mi existencia y, sin embargo, nada absolutamente. Voy a ser como esos viajeros que van recorriendo una senda sembrada de flores: pasa sin tocarlas con la esperanza de encontrar algo incierto, y le acontece que el camino se vuelve más árido, encontrándose al fin en un páramo y echando de menos lo pasado. Mis días corren con velocidad y encuentro que soy muy viejo (así me llaman muchos) para mi edad. Me falta la alegría de los corazones jóvenes, el risueño semblante de los que confían en su porvenir, y sin embargo creo que no he hecho nada que no esté bien pensado y querido. Creo que soy honrado, nada me remuerde la conciencia si no es el haberme privado de muchos placeres. Siento que mi corazón no ha perdido nada de su vigor para amar; sólo que no hallo a quien amar. He gastado poco este sentimiento.

2 de abril.

Clase de alemán ... ... Ptas. 25,00

6 de abril.

Hoy nos hemos reunido en la sesión del Ateneo. El Príncipe de Baviera presidía; se pronunciaron discursos. Al fin me presentaron a él. Es un médico joven, de un genio alegre.

Goma ... ... Ptas.· 0,25

8 de abril.

Hoy principié un pequeño trabajo de escultura que representa el gladiador herido.

9 de abril.

Escribí a mi hermano. Envié periódicos.

10 de abril (Jueves Santo)

Seguimos con las vigilias. Hace un buen día.

13 de abril.

Hoy he recibido cartas de Leonor, tío Antonio y Chéngoy (62). Estoy bastante contento de lo que me dicen, aunque no del estado de Leonor. Vi esta tarde a Esquivel (José) y estuvimos hablando de varias cosas.

15 de abril.

Billete de Lotería ... ... Ptas. 3,00

17 de abril.

Teatro ... ... Ptas. 2,10

Hoy he visto a Rossi, el actor italiano, representando el *Kean,* drama de Dumas. El efecto que me causó es muy sorprendente.

19 de abril.

Teatro ... ... Ptas. 2,10

El drama de Feuillet *Montjoia* no me gustó ni me satisfizo como drama. Representado, sí.

20 de abril.

Suscripciones ... ... Ptas. 6,00

Hoy recibí una carta de tío Antonio mandándome 50 pesos. Fuí a visitar a los hermanos Paternos y no estaban en su casa (63).

Alcohol para el café ... ... Ptas. 0.35

21 de abril.

Pagado a (la librería de) Gutemberg ... ... Ptas. 64,00
Café ... ... » 1,00
Un plato y una taza ... ... » 1,25

24 de abril.

Billete de Lotería ... ... Ptas. 3,00

Esta noche he visto representar *Hamlet* por Rossi. He pasado un rato muy agradable al ver cuán magistralmente se interpretaba a Shakespeare.

25 de abril.

Suscripciones ... ... Ptas. 20,00
Pasta a *La Ameneidad* ... ... » 2,50

26 de abril.

Teatro para *Hamlet* ... ... » 3,10

27 de abril.

Hoy he recibido carta de Villa-Abrille venida de Tapia. El día ha sido magnífico; hacía un sol esplendente.

28 de abril.

Zapatos (composición) ... ... Ptas. 3,50

1.º de mayo.

Pago de comida hasta el 15 ... ... Ptas. 22,50
Criadas ... ... » 10,29
Una lista grande ... ... » 0,05

Hoy dejé de comer en la calle del Lobo, voy a la calle del Príncipe. Dejé también el alemán para dedicar todo este mes a los exámenes.

2 de mayo.

Atlas de Lesage ... ... Ptas. 7,50

3 de mayo.

Naranjas ... ... Ptas. 0,05
Para el repaso ... ... » 30,00

5 de mayo.

Composición de unos zapatos ... ... Ptas. 1,50
Libros ... ... » 4,50

6 de mayo.

9.º tomo de Voltaire ... ... Ptas. 5,00

Un señorito, Lorenzo D'Ayot, publicó un artículo, *El teatro Tagalo.* Le contesto (64).

5 de junio.

Hoy me examiné de Clínica Médica, 2.º curso.

6 de junio.

Hoy me examiné de la última asignatura que me quedaba de Medicina, Clínica Quirúrgica, 2.º curso, y me dieron notable.

9 de junio.

Solicitud de Grado.

14 de junio.

Hoy me examiné de Griego, 1.er curso y obtuve sobresaliente.

13 de junio.

Hoy me examiné de Literatura Griega y Latina y obtuve sobresaliente.

19 de junio.

Hoy debía haber hecho mi primer ejercicio con Santero padre (65).

20 de junio.

1.er ejercicio.

21 de junio.

2.º ejercicio. Aprobado.

25 de junio.

Gané en la oposición el 1.er premio de Griego. Hoy pronuncié un brindis. Después de haber hecho las oposiciones, lamoe henbsa y mi lamoe mede que vinas mo domasi (66). Así estuve hasta la noche. (Sigue una cruz de grandes aspas).

26 de junio.

Hoy me examiné de Historia Universal, 2.º curso: sobresaliente (67).

30 de junio.

Hoy me he llevado el premio de Literatura Griega y Latina.

NOTAS AL DIARIO DE 1884

(1) En el día de Año Nuevo Rizal hace balance de su dinero. Lleva en Madrid año y medio sujeto a una economía muy estricta. En este Diario y en sus cartas se percibe su continua preocupación por las remesas de fondos que desde Manila le envía su hermano Paciano. Rizal escribe al hermano mayor el 30 de diciembre de 1882 señalando que puede vivir frugalmente en Madrid con 40 duros mensuales y que con 50 estaría muy «holgado y aun podría ahorrar». Aproximadamente lo mismo le costará más adelante vivir como estudiante en Heidelberg. París es más caro. Rizal percibiría al principio de su estancia en España (1882) 50 duros y después solamente 35 cada mes. El 12 de diciembre de 1882 Paciano le escribe: «He recibido tu carta, en donde me dices que la pensión que recibes no te basta; desde un principio comprendía que con esa cantidad te verías algo estrechado, lo hice sólo así porque aún no se ha vendido nuestro azúcar, ahora que vienen compradores percibirás lo que deseas» («Epistolario Rizalino». Tomo I, pág. 60). Rizal necesita extraordinarios para sus viajes por Europa. Años más adelante tendrá sus propios ingresos y recibirá fondos de la organización «La Propaganda» a través del agente filipino en Hong Kong.

(2) En la cena de fin de año—costumbre que ha implantado Rizal entre sus compatriotas—han surgido propósitos de reconstruir el Círculo Hispano-Filipino, sociedad que congregaba en la calle de la Salud a un grupo de filipinos residentes en Madrid. Por dificultades económicas, el Círculo se trasladó a la calle del Baño, donde tampoco pudo mantenerse. Rizal, que había sido uno de sus más tenaces sostenedores, había votado un año antes por la disolución. De la reunión del 31 de diciembre de 1883, en el Café de Madrid —calle de Alcalá esquina a la Puerta del Sol—surge la del día 2 en casa de los hermanos Paterno, chino-tagalos, para ver si se resucita el desaparecido Círculo. Por esta época, el entresuelo de los Paterno en la calle del Saúco (hoy Prim) es todavía una especie de domicilio social de los estudiantes filipinos en la Corte.

(3) La mayoría son estudiantes. Pedro Alejandro Paterno, Maximino y Antonio encabezan el grupo de los que no lo son, en el cual me parece han de ser incluídos los dos hermanos Esquivel y Valentín Ventura. Melecio Figueroa, grabador, irá a Roma pensionado por el Ministerio de Estado y aspirará a una cátedra de dibujo en la Academia de San Fernando. Esteban Villanueva, pintor, y Laserna, poeta e ingeniero, serán los artistas del grupo, juntamente con la destacada figura de Juan Luna, no presente en esta rela-

ción, pero sí en casi todas las reuniones de la gente filipina en Madrid. Simplicio Jugo Vidal, pertenecerá más adelante a la Comisión Ejecutiva de la Asociación Hispano-Filipina, y será uno de los miembros más radicales de la colonia. En 1889, Jugo aparecerá como Administrador de «La Vanguardia Filipina» (Plaza de Isabel II, 2, Madrid), revista del grupo Becerra-Morayta, y de la que existen en la Biblioteca Nacional de Madrid tres números—probablemente los únicos publicados—, correspondentes al 27 de abril y 9 y 20 de mayo de 1889. En febrero del mismo año ha aparecido en Barcelona el quincenario «La Solidaridad», bajo la dirección de Graciano López Jaena, su fundador. «La Soli» será el órgano de los reformistas, primero desde Barcelona y después desde Madrid, donde se traslada en diciembre del mismo año. Julio Llorente, Evaristo Aguirre y Manuel de Iriarte, mestizos los tres; Eduardo de Lete, destacado escritor, y Vidal, completan el resto. Manuel de Iriarte residirá más tarde en Hong Kong, donde volverá a tratar a Rizal. Era hijo del peninsular Francisco de Iriarte, famoso Alcalde Mayor de Santa Cruz de la Laguna, personaje fantástico y pintoresco, del cual—según Retana—hay alusiones poco piadosas en la novela de Rizal. Por esta época el grupo activo e intelectual de los filipinos consta de unos setenta miembros, muchos de ellos mestizos. Son numerosas las referencias al Alcalde Iriarte, entre otras las del inglés John Foreman en su importante libro «The Philippine Islands» (Londres, 1890), páginas 400 y ss.

(4) Aparece con frecuencia en este diario la casa de quien es nombrado «E. P.»; abreviatura de «El Pater», y también cariñosamente «el padre eterno». Se trata de don Pablo Ortiga y Rey, un viudo, nostálgico de Filipinas, que brinda continua hospitalidad a los estudiantes y les congrega todos los domingos. Ortiga figuró muy sonadamente en la política local de Manila hacia 1865, y después de la revolución española del 68 fué el primer Alcalde que tuvo la ciudad. Ortiga sería Vicepresidente del Consejo de Filipinas, organismo creado por Decreto de 4 de diciembre de 1871 para asesorar al Ministerio de Ultramar, redactar proyectos de ley y proponer legislación referente al archipiélago. Ortiga participa de las aspiraciones de sus jóvenes amigos filipinos, pero mantiene reservas hacia parte de su ideario. Su hija Consuelo, una adolescente, juega un papel importante en estas reuniones, como se verá más adelante. Rizal no menciona el emplazamiento de esta casa, en la que se desarrolla su idilio con la hija de Ortiga. Años más adelante, esta familia se trasladará al 18 de la calle de Carranza, lamentando don Pablo que las economías que realiza el nuevo Ministro, don Manuel Becerra, le obliguen a irse al extrarradio. («Epistolario Rizalino», tomo I, pág. 292.) D. Pablo muere en 1891 en Madrid.

(5) En la reunión donde se trata de reconstituir el Círculo, Rizal no parece participar de un modo destacado. Más adelante acentuará su desinterés hacia las actividades de la colonia filipina en Madrid. El día anterior, día «casi sin incidentes», ha estado leyendo a Víctor Hugo y ha asistido a las ociosas discusiones de sus compañeros. El señor Atayde, que menciona, era un militar español que colaboró en la empresa del Círculo.

(6) Una proposición importante ha hecho Rizal en la reunión: la de que los filipinos publicaran en Madrid un libro dando a conocer su tierra y sus hombres. El propio Rizal anota aquí la aceptación que tuvo su idea y las dificultades posteriores que le hicieron abandonar el propósito de realizarla colectivamente. Retana supone fundadamente que entonces acariciase la idea de expresar su pensamiento en una novela, ya que es en este año o en el siguiente cuando comienza en Madrid el «Noli me tangere», libro apasionado que utilizó como punta de lanza de su acción política.

(7) Juan Luna es el pintor ilocano que vino a España en 1877, se hace discípulo de Alejo Vera, con quien marcha a Roma, obtiene—gracias a don Pablo—una suculenta pensión que le señala el Ayuntamiento de Manila, y triunfa ruidosamente en Madrid, en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1884. Por esta época Luna tiene su estudio en el número 14 de la calle de la Gorguera (Núñez de Arce). Félix Resurrección Hidalgo es otro pintor filipino que estudia en Madrid. Residirá después en Galicia y más tarde en París, pero su vida se vincula a España, donde fallecerá en 1913. Manuel Regidor y Jurado, de famosa familia criolla, era un periodista muy radical que actuaba en Madrid. En 1873 fué diputado por Quebradillas (Puerto Rico). La familia Regidor juega un papel importante en la Revolución Filipina.

(8) No está claro por qué Maximino Paterno habría de escribir sobre don José de Letamendi en un libro de vulgarización de Filipinas. Letamendi (1828-1897), Catedrático de Anatomía en Barcelona y de Patología en Madrid, Senador, Consejero de Instrucción Pública, era una figura bien española de médico, político, escritor, músico, filósofo, pintor, humorista, poeta y charlista; múltiples actividades que le consagraron como un prestigio nacional de su época. Escritor en castellano, catalán y francés, fue hombre muy popular. Lesseps regaló a Letamendi diez acciones del Canal de Suez con destino a las obras filantrópicas del doctor. Este despertó numerosas controversias: Pío Baroja, que fue su discípulo en la Facultad de San Carlos, le maltratará en «El árbol de la Ciencia», «Juventud, Egolatría», «Intermedios», y otras de sus obras.

(9) No figuran en el «Epistolario Rizalino», que publicara la Biblioteca Nacional de Filipinas entre los años 1930 y 1948.

(10) A Rizal le molesta la costumbre navideña del aguinaldo. En una carta de fecha octubre de 1883, hace consideraciones sarcásticas sobre esta costumbre que, por otra parte, también existía en su país.

(11) Rizal decide alejarse de las «discusiones violentas» e inútiles y prefiere leer. Por esta época vive en el número 15 de la calle del Baño, con sus compatriotas Lete y los dos Llorente.

Rizal llega a Barcelona el 15 de junio de 1882 y se aloja en la «Fonda de España». Aún empeora de alojamiento debido a los gastos en que ha incurrido durante el viaje y en Marsella, y ha de trasladarse a la modestísima casa de huéspedes «La Verdad», calle de San Severo. Al encontrar el apoyo de los jesuítas y de algunos compatriotas, se mudará a una pensión en la calle de Sitges, número 3, y desde allí se reconcilia con Barcelona. A primeros de octubre de 1882 está ya en Madrid matriculado en la Facultad de Medicina.

Vive en la calle del Amor de Dios, con su compatriota Vicente González. Casi todo el curso 82-83 vive en esta calle, cercana a la de Atocha, y en la que abundan las casas de huéspedes de los estudiantes de San Carlos. (Galdós: «Cánovas», cap. I.) Pero en mayo del 83 está en el número 8 de la calle de la Visitación—entre Príncipe y Baño—, ya en el barrio al que se vinculará preferentemente. Durante el verano marcha a París, y en septiembre—de vuelta en Madrid, y al quedarse sin González, que regresa a Manila—le vemos en el número 7 de la calle de San Miguel (desaparecida con la ampliación de la Red de San Luis). Pocos días dura allí: en octubre del 83 alquila un apartamento en la calle del Baño, juntamente con los compatriotas que antes dijimos, buscando una mayor economía. Allí vive todo el curso 83-84, pero en agosto de este año, «en la precisión, además, de cambiar de casa para aproximarme a la Universidad, porque en San Carlos tengo ya poco que hacer, nos es indispensable dejar ésta y tomar una en la calle de Pizarro, 13» (carta a sus padres y hermanos de 29-8-84). En Pizarro, 13, segundo derecha, vivirá todo el curso 84-85, al final del cual marchará a París y Alemania. También aquí ha vivido con compatriotas. En septiembre del 85 estará breves días en una acomodada pensión de la calle de Cedaceros, 11, principal, con un gasto mayor. Cuando Rizal vuelve a Madrid en agosto de 1890, y permanece aquí hasta enero del 91, vive en la calle del Príncipe, número 7.

Las reuniones en la calle del Lobo (Echegaray) deben de corresponder al domicilio de algún filipino acogedor. Probablemente un tal Acevedo. Este local, como el estudio de Luna, es un casinillo donde se juega, se discute y se pierde el tiempo, cosas todas ellas poco del agrado de Rizal.

(12) La primera de las frases escritas en clave y descifradas por don Miguel de Unamuno, dice así: "Pedro (Paterno) va buscando voto para que le hagan presidente. Lete sigue aún enamorado de Consuelo: creo que dentro de poco le amará ya menos.» Eduardo de Lete, condiscípulo y amigo de la infancia de Rizal, será el futuro director en Madrid de la revista «España en Filipinas». Estando en relaciones con Consuelo Ortiga, parece haberse interferido involuntariamente Rizal. En años sucesivos serán muy frecuentes los desacuerdos entre Rizal y Lete sobre la dirección de la colonia filipina y de su prensa en Madrid. Rizal y Lete tuvieron diferencias y el primero creyó en alguna ocasión que no servía «para grandes empresas». Lete, «snob», educado en Europa, acabó por rendirse a la inmensa superioridad de Rizal y, al final de su vida, le admiraría sin reserva alguna. Gracias a Lete se conservará el diario de viaje que constituye la primera parte de este libro, según se ha dicho en el lugar correspondiente. Lete no encajó en las Filipinas posterior a 1898, y aunque la prensa filipina de Madrid posterior a esa fecha pedía para Lete un alto puesto en la diplomacia de la República de Aguinaldo, Lete quedó en España, falleciendo en Madrid hacia 1930.

(13) Una cena cara con Valentín Ventura, filipino rico y anfitrión de Rizal en París, en octubre de 1891. Ventura fué un eslabón de la cadena establecida por esta fecha para suministrar fondos a Rizal, dinero recolectado en el Archipiélago y que llegaba a Europa vía Hong Kong-París. Con los Pa-

terno, Esquivel, Poatu y otros, a quienes se sentía afín a veces Eduardo de Lete, Ventura constituye parte del grupo de burgueses filipinos reformistas.

(14) Poema tagalo escrito por el poeta popular Francisco Baltazar, publicado por éste en 1838, en la imprenta de la Universidad de Santo Tomás, de Manila, y considerado en Filipinas como el principal monumento literario de la lengua tagala. Se trata de una serie de aventuras fantásticas, de sabor caballeresco, ocurridas en una imaginaria Albania. Es el más importante de los «corridos» tagalos, género poético muy popular en aquellas provincias, que tuvo su desarrollo en los temas del romancero castellano y en innumerables reelaboraciones posteriores que dieron vigencia al género hasta el mismo siglo XX. Se producía así en la Filipinas del siglo XIX un fenómeno paralelo al que tenía lugar en Castilla en los siglos juglarescos. Del «Florante y Laura» existen ediciones de 1838, 1853, 1861, 1870 y 1875, multiplicándose después con otras en tagalo, español, inglés y seis dialectos filipinos. Ya ha desaparecido el recitado popular de estos «corridos», pero sus temas y personajes perduran en nuestros días en una cinematografía para el pueblo y en una literatura de historietas de forma norteamericana, donde los personajes son Bernardo del Carpio, los Infantes de Lara, Reinaldos de Montalván o D. Rodrigo de Villa, por otro nombre el Cid Campeador.

Del texto de Rizal parece desprenderse que había prestado el libro a un compañero y que había procurado su devolución. El agudo patriotismo de Rizal debió de tener en gran aprecio el «Florante», como exponente máximo de un género literario tagalo, aunque en su «Noli me tangere» se burla de los excesos populares del género y de su degeneración. Estando en Alemania escribe incidentalmente Rizal a su hermano (carta del 12 de octubre de 1886), que el único libro que tiene es el «Florante». («One hundred letters of José Rizal». Manila, 1959, pág. 302.) Al «Florante y Laura» se le busca hoy un sentido exotérico. Ya Rizal escribió que era un libro de difícil comprensión, y que «siempre ha sido un enigma para los tagalos de Manila» y para los españoles. («Epistolario Rizalino», tomo V, primera parte, pág. 91.)

(15) ¿Eduardo de Lete? Muy probablemente. Consta que Lete era un mal estudiante; como López Jaena, que abandonó los estudios de Medicina; como Antonio Luna, al cual hubo que empujar durante muchos años para que terminase su doctorado en Farmacia. Pues este mismo Luna reprocha en una carta a Rizal, de 19 de octubre de 1888 («Epistolario Rizalino», tomo II, página 60), que Lete no fuera sino un estudiante de segundo año de Derecho, «y que hace años que no lo aprueba». ¿Exageración del violento Antonio Luna? Porque una gacetilla del decenario de Manila «La España Oriental» (núm. 72, de 8 septiembre 1889) felicita a Lete por el fin de su carrera y por sus notas brillantes en el Conservatorio de Música y Declamación.

(16) No figuran en el «Epistolario».

(17) Palabras en clave que se refieren a la novia que ha dejado en Filipinas y a una carta que tampoco figura en el «Epistolario»: «La carta de Leonor es cariñosa y con un final de los más agradables.»

(18) El mestizo Evaristo Aguirre es su confidente epistolar con el seu-

dónimo de «Cawit». Ese Antonio es muy probablemente el hermano del pintor Juan Luna. Antonio acababa de llegar de Manila con una beca para doctorarse en Farmacia, objetivo que tardó en realizar muchos años porque se dedicó a la política y a las armas. Antonio Luna moriría violentamente en 1899, en Cabanatuan, en el curso de querellas intestinas con el General Aguinaldo.

(19) Laserna y Govantes requieren un comentario. En el grupo filipino figura un Laserna, poeta e ingeniero, pero en este caso la cita parece referirse a Javier Gómez de la Serna, jurisconsulto y político distinguido, nacido en Manila y amigo de la gente filipina. Don Javier sería después un alto funcionario en el Ministerio de Ultramar y en su juventud colaboró con el grupo filipino en asociaciones literarias y periodísticas. Cuando en 1907 Retana publica la gran biografía de Rizal, Javier Gómez de la Serna escribiría su Prólogo, donde refiere su trato con el estudiante filipino, a quien evoca en aquel Madrid de 1882-85 «limpio y atildado; semblante triste y reflexivo; voz siempre suave; ni gritos, ni risas destempladas; poco aficionado a diversiones y devaneos».

Pedro de Govantes y de Azcárraga era otro español nacido en Manila, de familia patricia criolla, sobrino del Teniente General don Marcelo de Azcárraga, repetidas veces Ministro de la Guerra con Cánovas. Pedro de Govantes colaboró y financió en 1887 la revista «España en Filipinas», publicada en Madrid, donde escribía la parte política, y De la Serna la de tribunales. De esta revista fué director Lete, quedando despechado por esta elección Graciano López Jaena, el cual procuraría fundar otra revista en una línea más avanzada. En 1889 Jaena funda el quincenario «La Solidaridad», del cual se separan los criollos españoles. Ya en 1887, cuando Rizal publica el «Noli me tangere», Govantes se retira del grupo, aunque mantuvo con él relaciones amistosas. Govantes, después diputado, con prestigioso bufete abierto en Manila y su influencia en Madrid, era recomendado por Rizal a los filipinos como el abogado a quien debían de confiar sus asuntos. Govantes hubo de rehusar alguna vez encargarse de algunos de matiz muy político, manteniendo distancias con un grupo que ante la opinión española era «filibustero».

(20) «La mayor parte habla mucho, pero en tratándose de dar dinero ya se niegan». El Rizal juvenil no domina el castellano; no hay que olvidar que no era ésta su lengua materna.

(21) El biógrafo Retana, buen conocedor del mundillo parlamentario de la época, opina que debió ser otra la tribuna, ya que a la de Senadores o a la de ex-Senadores solamente éstos tenían acceso.

(22) López Jaena y Lete se retiran, pero Rizal y Llorente esperan seis horas para entrar. Importaba mucho a Rizal asistir a este debate.

(23) Rizal anota someramente una jornada parlamentaria importante. El Gobierno de Posada Herrera—heredero de un Gobierno Sagasta—se disponía a la implantación del sufragio universal, que estaba en su programa de acción, y a cuya puesta en práctica acababa de instar la Corona por medio de un Mensaje a la Cámara. Sagasta, aunque teóricamente partidario de aquel sufra-

gio, lo combatía ahora por razones de estrategia política y parlamentaria. La Cámara había de contestar con otro al Mensaje de la Corona, y en esta redacción tuvieron lugar las incidencias del debate del día 17, jornada en la cual Sagasta descendió de la Presidencia del Congreso para ocupar un escaño e intervenir con su palabra. Dos de sus hombres, Ruiz Capdepón y Cañamaque, habían presentado un voto particular tratando de demorar la implantación del sufragio (M. Fernández Almagro: «Historia política de la España contemporánea», tomo I, Madrid, 1956, pág. 421).

Rizal apunta que Sagasta estaba nervioso y que su contrincante, el Jefe del Gobierno, le hizo rabiar, y reír a los demás. Pero estaba planteada la cuestión de confianza, y en la votación subsiguiente triunfó la oposición. Resultó así que quien hacía reír a la Cámara y rabiar al zorro riojano, hubo de presentar unas horas más tarde su dimisión. El día 18, el Rey encargará la formación de un nuevo Gobierno a Cánovas, árbitro de la situación.

El filipino dedicó pocos renglones a esta sesión, pero en días sucesivos registra las consecuencias que entre el elemento estudiantil radical había producido aquella crisis. Otro motivo particular había empujado sin duda a Rizal a asistir a este debate: uno de los dos diputados de Sagasta, cuya moción provocara la cuestión de confianza, era don Francisco de Cañamaque, caracterizado librepensador, funcionario en Filipinas en su primera juventud y autor de un equivocado libro titulado «Recuerdos de Filipinas» (2 volúmenes. Madrid, 1877 y 1879). Cañamaque hizo carrera con Sagasta y fue Subsecretario de la Presidencia hasta que dió publicidad a una decisión contraria a la que acababa de adoptar el Consejo de Ministros. Sagasta, que posiblemente estaba en la jugada, no tuvo más remedio que sacrificar a su hombre. (Ortega y Rubio: «Historia de la Regencia de doña María Cristina». Madrid, 1905, tomo I, pág. 270.) El libro de Cañamaque ofendió al grupo ilustrado al describir una Filipinas de caricatura, y Rizal le cita con hostilidad en el capítulo XXXIX de su «Noli me tangere».

(24) El día 17 hay agitación en la calle, acompañando a la maniobra política que tiene lugar en el Parlamento. Los estudiantes acuden ante el Ministerio de Fomento, situado entonces en un complicado caserón de la calle de Atocha, que fuera Convento de la Santísima Trinidad en el siglo XVI, y desde 1847 albergue caótico del Ministerio de Comercio, Industria y Obras Públicas y del Museo Nacional de Pintura donde se celebraban las primeras Exposiciones Nacionales. De aquel anárquico caserón aún se alcanza a ver una fotografía en el «Blanco y Negro» de 26 de septiembre de 1897, cuando se desalojan las oficinas de Fomento para trasladarse al nuevo edificio que por entonces se terminaba frente a la estación de Atocha. Derribado el viejo convento poco después, se construyó en su solar el Teatro Calderón.

(25) Subía al poder Cánovas por poco tiempo, pues en noviembre del siguiente año muere Don Alfonso XII y presenta su dimisión, constituyéndose un nuevo Gobierno liberal.

(26) El obsequio es modesto. Se trata de un tejido filipino de abacá, de fibra no muy fina y poco valiosa. De París había traído el verano anterior

a la hija de don Pablo unos cuadernos de música y unos versos. El idilio frustrado de la criollita y de Rizal—que tenía sus amores reales en Manila, en la mestiza Leonor Ribera—aparece en las páginas 55 a 58 de la «Biografía de Rizal» de R. Palma. Manila, 1949.

(27) Considérese la situación, posible causa de las difíciles relaciones entre Rizal y Lete.

(28) Cifrado: "Paterna le ha explotado indignamente. Le ha prometido pagar sus deudas para hacerle trabajar y después no ha querido pagarle nada.» Esteban Villanueva es uno de las artistas del grupo, dibujante y pintor. No adquirió posteriormente relieve especial.

(29) Diario de Madrid que publicó una extensa referencia de una reunión social ofrecida por el más carecterizado de los tres hermanos Paterno, y a la que concurrieron periodistas de primera fila. Esta pequeña campanada que da el «dandy» causa sensación en el grupo estudiantil y es motivo de censura por parte de Rizal, carácter diametralmente opuesto al de quien se llamaba Pedro Alejandro Molo Paterno y se consideraba «Príncipe de Luzón», una de las figuras más curiosas del período revolucionario. De familia enriquecida con los negocios, coleccionista, escritor, doctor en Filosofía por Salamanca y de Derecho por la Universidad de Madrid, se relacionó en la Corte con políticos y escritores. Castelar, Balaguer y Núñez de Arce fueron sus huéspedes. Pedro Paterno será la cabeza social—ya que no intelectual—del grupo filipino de Madrid. En 1893 regresará a Manila después de veintitrés años de ausencia y los Capitanes Generales le tendrán por amigo y consejero. Había publicado en Madrid su libro de poesías «Sampaguitas» y la novela «Ninay» (1885), además de un estudio sobre la antigua civilización tagala, poco acreditado entre propios y extraños. Regía el grupo «de la Carrera de San Jerónimo» en contraposición al popular estudiantil, del que se fué separando al encumbrarse socialmente y casarse con una dama española de bastantes pergaminos. Paterno, extremadamente ostentoso, reunía a sus amigos filipinos y españoles en su entresuelo de la calle del Saúco, pero en ocasiones sonadas como ésta solamente a quienes—a su juicio—sabían presentarse. A esta fiesta, en la que congregó a la plana mayor de «La Ilustración Española e Iberoamericana», la principal revista ilustrada de Madrid, no invitó a Rizal, pero sí a Valentín Ventura, tan fiel a Rizal. Pedro Paterno será figura importante en la turbulenta época 1890-1910, en la que se vió obligado a desplegar sus dotes políticas, ya que flotará siempre sobre los radicales acontecimientos de aquel período. Mimado y condecorado por el Gobierno español será «el hombre de España» en Filipinas durante los últimos años de la soberanía castila. En calidad de tal fué árbitro entre las tropas sublevadas del General Aguinaldo, cabeza de la insurrección tagala, y el Capitán General Fernando Primo de Rivera, dirigiendo en Biac na Bato las conversaciones entre los dos poderes, cuando el de España estaba representado en aquella ocasión por un joven oficial, sobrino del Capitán General, llamado don Miguel Primo de Rivera. Paterno reclamó por estos servicios Ducados con Grandeza de primera clase para sí y toda su familia en un documento notable. (Fernando Primo de Ri-

vera, «Memoria dirigida al Senado por el Capitán General don F. P. de R. acerca de su gestión en Filipinas». Madrid, 1898, págs. 154-158.) España acudió a Pedro Paterno en las horas finales de su soberanía en las Islas, cuando nada podía ser ya remediado. Después de 1898 Pedro Paterno será Presidente de las Constituyentes de Malolos, donde nació la República Filipina y se promulgó su primera Constitución, calco de la española de 1869. En 1900 se plegó a la política norteamericana que combatió y terminó con la República de Aguinaldo y fué uno de los fundadores del Partido Federal. Algunos compatriotas se volvieron contra él por esta causa. Se ve en el diario y en la correspondencia de Rizal que éste no se entendía ni estimaba a Pedro Paterno. Rizal registra cómo en una ocasión el rico compatriota invita a su casa a los filipinos y les cobra el convite. (Carta de Rizal a su hermano de 13 de febrero de 1883.) Todo ello hace de Paterno una personalidad muy curiosa, a caballo entre un nacionalismo cultural filipino y una fidelidad a su persona.

(30) Leonor había sido infiel; pero de una infidelidad tan grande que no tenía remedio.»

(31) Rizal lee los clásicos de la época. Está escribiendo su primera novela, en cuya segunda mitad se percibirá la influencia de determinada literatura decimonónica de origen francés: carácter que aparecerá más marcadamente aún en su segunda novela: «El filibusterismo» (1891).

Es de notar que Rizal, refractario a Madrid por motivaciones políticas que determinaron en él un prejuicio, no menciona en sus diarios o cartas a Galdós, a quien hubo de ver en los ambientes ateneístas y de quien probablemente conocería alguna obra. Durante los años en que Rizal vive en Madrid, Galdós publicaba obras tales como «El Doctor Centeno», «Tormento» y «La de Bringas», alguna de ellas de temática que hubiera interesado a Rizal. Alguien ha querido encontrar un parentesco de situaciones en «Doña Perfecta» y «Noli me tangere».

(32) Retana precisa que el P. Francisco Rivas, dominico, desempeñó altos cargos en la Universidad de Santo Tomás de Manila. Siendo Procurador de la Orden de Madrid publicó en 1870 dos folletos contra la reforma de Moret —entonces Ministro de Ultramar en el Gobierno de Prim—que tendía a secularizar aquella Universidad.

(33) Retana ha transcrito aquí «Etermes», como otras veces «P. E.» o «El Pater». Se trata en todos los casos de Ortiga y Rey. Confirma esta suposición el cifrado de Rizal: «Consuelo me ha sido muy amable» con que termina la anotación de este día.

(34) Podemos referirnos a una gran afición a retratarse en Rizal y en sus compañeros y en general en todo filipino. En sus cartas consta el interminable trasiego de fotos personales de unos a otros. Se conservan fotografías de este grupo, y no sólo retratos de estudio, sino otros en actitudes más espontáneas e incluso humorísticas. Es sorprendente y elogiable esta afición a la fotografía que constituyen hoy interesantes documentos de aquel período. Los comentaristas españoles de la época que trataban de temas filipinos registraron la gran afición de este pueblo a fotografiarse: ya en la primera mitad del

siglo recorrían el Archipiélago extranjeros que se ganaban la vida retratando por casas y calles con su primitivo instrumental, y se sabe de un ilustre español que se dedicó a esta actividad durante un momento difícil de su existencia.

No identificamos esta fotografía que se hace Rizal «con capa».

(35) El Ateneo se muda. Según Mesonero Romanos en sus «Memorias de un setentón» su primer emplazamiento fué en la calle del Prado; después, en la de Carretas, y más tarde, en el número 28 de la de la Montera, en los altos de la primitiva Academia de Jurisprudencia (y donde a principios de este siglo XX estuviera el Hotel Inglés). El Ateneo de Montera es el que aparece en los «Episodios» de Galdós. En 1884 volvería a la calle del Prado, a un local entonces suntuoso y cuya inauguración iba a ser un acontecimiento en la vida madrileña. Asistiría S. M. y la Real Familia, y el Presidente del Consejo, Cánovas del Castillo, pronunciaría un discurso. Tendría lugar esta ceremonia el 31 de enero, y cuatro días antes Rizal y los Paterno pretenden visitarlo, propósito que consiguen al día siguiente.

(36) «Buscan casa para habitar: pero quieren barato: ofrecí mi habitación». No dice quién buscaba casa y no es creíble se refiera a algún Paterno. Rizal vive en estos días en la calle del Baño, número 15.

(37) «Chengoy»—derivativo familiar tagalog de Cecilio—es José María Cecilio, se amigo de juventud, modesto empleado de Hacienda y su confidente sobre el mundillo de amigos y amigas de la sociedad juvenil tagala. Son frecuentes sus detallados boletines a Rizal.

(38) Rizal es gran aficionado al baile, al que acude frecuentemente, declarando pasarlo muy bien. Su amigo Gómez de la Serna le definió como poco aficionado a diversiones y devaneos. Era ciertamente Rizal una personalidad muy compleja.

(39) González Encinas, notable cirujano y Catedrático en la Facultad de San Carlos, era, con Federico Rubio, Letamendi y algún otro, uno de los prestigios médicos de la época. Pertenecía al grupo juvenil que desde 1879 en adelante estaba cultivando especialidades médicas y renovando nuestra Medicina. Desde el Hospital General de Madrid, y después desde el Hospital de la Princesa—donde asiste Rizal—, están transformando los viejos establecimientos de tipo benéfico en clínicas experimentales modernas en la época. (Espina y Capo, «Notas del viaje de mi vida». Volumen IV, págs. 280 a 284.) Encinas, y después Letamendi, presidieron el Tribunal que aprobó como Catedrático de Anatomía de Valencia a un joven aragonés llamado Ramón y Cajal. Baroja menciona en sus Memorias al Catedrático Encinas.

(40) En el casinillo de la calle del Lobo, centro de juegos y de discusiones, cada día son más molestas las ociosas tertulias.

(41) Retana subraya lo sorprendente de estas cifras en céntimos. Muy probablemente son gastos de compra de vituallas que se incluyen en el pago del servicio.

(42) Este «Don Paúl» es también don Pablo Ortigas. En estas reuniones se juega, cosa que siempre reprochará Rizal a sus compañeros. Puede observarse cómo el anfitrión era de los más aficionados.

(43) En el día 2 Rizal menciona «un nuevo matrimonio». Es el de Julio Llorente, que abandona el grupo de solteros del piso de la calle del Baño. La esposa es la española Jesusa Cortabitarte, cuya familia menciona a continuación como visita. Llorente, mestizo español, era muy estimado en el grupo dirigente de la colonia y reconocido como uno de sus mejores periodistas. Después del 98, Llorente sería miembro fundador del Partido Federal constituído en Manila con los Paterno y algunos otros del grupo «ilustrado». Partido que propugnaba el colaboracionismo con los ocupantes norteamericanos. («Manifiesto y plataforma comprensiva del credo y procedimientos del Partido Federal». Manila, 1901.) Julio Llorente falleció en Cebú (Filipinas), en septiembre de 1953. Una hija suya, Jesusa Llorente Cortabitarte casó con el famoso filipino Coronel Blanco, Jefe de los voluntarios macabebes que lucharon por España hasta el último momento sin desertar, por lo que el Coronel hubo de exilarse a España, aunque más tarde regresó a su país e incluso ocupó cargos públicos.

Así de complejo y lleno de interés es el cuadro social e histórico de la Filipinas del Novecientos.

(44) Manuel Mariani, célebre clínico de la época. Decano del Hospital de la Princesa y Presidente de la Academia Médico-Quirúrgica.

(45) Una vacua discusión en la calle del Lobo a la que Rizal, exasperado, saca punta. Aunque prometió no caer en ella, Rizal no puede estar ajeno a estos apasionados debates del grupo reformista.

(46) Un retrato costoso, éste para la orla académica. Ese paseo por el distrito de la Universidad, al que se trasladará meses más adelante, es algo que considera digno de ser registrado. El motivo puede ser la visita a esa muchacha, que podría ser Consuelo, o la propia fotografía, que habría de realizar en las proximidades del edificio de la vieja Universidad.

(47) El Hospital de la Princesa, inaugurado a mediados del siglo, se encuentra aún hoy, muy ampliado, en la esquina que forman los Bulevares con la calle de San Bernardo. El doctor Espina en sus Memorias nos habla de su importante papel en el movimiento médico de la época.

(48) «Nada de particular.» Pero el diario de Consuelo que transcribe Rafael Palma en su «Biografía de Rizal» nos da la visión de la criollita con su lenguaje adolescente. El 26 de enero Consuelo escribe: «Rizal también está enamorado, no se ha declarado del todo, pero casi casi. Me dijo anoche que él tenía una enfermedad que no se la quitará más que viajando y eso si acaso; también me dijo y comprendí el porqué, que dos hermanos se habían matado porque los dos jugaban a la misma carta, o lo que es lo mismo, porque los dos querían a la misma mujer. Dice que él se ha fijado en una que es muy alta para él, pero que a pesar de haber hecho todo por distraerse, que ha sido inútil. Yo le escucho con gusto: porque habla bien y temo que crea con eso que le doy esperanzas, como es en realidad, pero me pasa que me gusta su conversación, me abandono a ella y luego que se va, me pesa; viene y vuelvo a hacer lo mismo.» Esa víspera, 25 de febrero, ha sido lunes de Carnaval. Rizal ha estado viendo pasar las máscaras, triste, en el Salón del Prado. No ha ido con sus amigos, sino solo. En este lunes de Carnaval, a solas con su tristeza

amorosa, aletea la sombra de Larra, una de las grandes admiraciones de Rizal. Al final de ese día a ido a casa de Consuelo y—según ella—, «casi casi» se le ha declarado.

En esta confusa situación, las referencias escritas de uno y otro se van espaciando, pero el juego se mantiene con alzas y bajas, porque el 28 de mayo Consuelo escribirá: «Estuvo Rizal significativo y más atrevido que otras veces, y con esto quiero decir que me dijo algunas cosas más claramente; pero como siempre, se valía de imágenes para expresarme lo que quería decir. Me agrada el tener que adivinar su pensamiento velado con sinnúmero de metáforas y eufemismos, cosa no muy difícil teniendo como tengo la clave.»

(49) Sin duda, contestando la que Catigbac—amigo de la infancia y condiscípulo de Rizal que vive en el pueblo filipino de Lipa—escribe a éste el 16 de octubre de 1883 («Epistolario Rizalino», tomo I, pág. 101). Con su carta, Rizal había enviado a Catigbac su retrato porque el amigo le contestará el 17 de junio de 1884, haciendo un comentario sobre la nueva elegancia que ve en el estudiante de Madrid, «lo que prueba que te ocupas ya de tu persona y en poco tiempo estás enteramente desconocido de tal manera que la misma Leonor te desconocería si te viera en la actualidad» («Epistolario», tomo I, pág. 120). Rizal, hombre propenso a la tisis y de naturaleza no atlética, se transformó mediante constantes ejercicios físicos. Su personalidad suscita ya tal entusiasmo entre sus compatriotas que en esta última carta el modesto amigo provinciano elogia a este estudiante que acaba de cumplir los veintitrés años, considerándole una futura gran figura de «gigantescos vuelos», por cuyo motivo hago votos para tu prosperidad y gloria de Filipinas». Los Catigbac eran una de las familias enriquecidas con el cultivo del café, que había convertido a Lipa en el pueblo más rico y avanzado de Luzón («La Política de España en Filipinas», número 81, de 13 marzo 1894) y Foreman (op. cit., págs. 339 y ss. y 412).

(50) Cifrado: «Bueno es saberlo para cuando quieran hablarme de amistades.» El alma de Rizal, en delirio patriótico, salta como cuerda de violín.

(51) Probablemente alguna alusión de tipo amoroso, hoy ininteligible. ¿En relación con la anotación del 4 de enero?

(52) «Ha defendido sus ideas contra un español.» Parece ser que Lete está descubriendo valores ante su compañero Rizal. Por causas que el anotador ignora, Lete no encontraría su puesto en la Filipinas posterior a 1900, cuando por su condición todo parecía indicarlo así. El periódico «Filipinas ante Europa», que publicaran en Madrid en 1899 y 1900 los amigos de Aguinaldo, pedía para Lete «casi español, de pura sangre», hombre cultivado y elegante, buen orador, con estudios médicos, jurídicos y de química, un puesto en la diplomacia filipina. (Número 27 de 25 de noviembre de 1900.) Ese «español» aludido es seguramente el canario Sanmartí, mencionado en el diario el día 16 de febrero.

(53) Detalle representativo. Rizal no adoptó filipinismos en su indumentaria y vistió siempre a la europea no sólo en Madrid, París o Berlín, sino en la propia Filipinas, rasgo típico de europeizante que puede tenerse en cuenta. Viniendo de un país famoso por sus bambúes—no había español que no trajera

del Archipiélago bastones de «palasan»—, Rizal compra el suyo en Madrid. En una carta a su hermana Josefa desde España la dice que en el próximo carnaval vestirá su «barong gasa» y se refiere a la sorpresa que podría dar en esas fiestas si pudiera tocarse con casco indígena filipino. («One hundred letters of José Rizal». Manila, 1959, página 59.)

(54) Campoamor no le interesa. A veces el grupo filipino no sentía curiosidad por las letras españolas, concentrado en su objetivo político. Un escrito colectivo de la colonia de Barcelona se refiere en esta época—la de Galdós, «Clarín», Valera, Alarcón, Pereda, Padre Coloma, Zorrilla, etc.—a la «decadente literatura» peninsular.

(55) Estas cosas son el viaje a París. Mariano Cunanan, rico pampango, estudiaba agricultura en la capital de Francia, donde pilotara a Rizal en el primer viaje de éste en el verano de 1883. Cunanan ofrecería más adelante a Rizal una importante cifra para fundar un colegio filipino en la colonia inglesa de Hong Kong, ofrecimiento que Rizal estuvo tentado de aceptar. Cunanan, finalmente, abriría en Manila un establecimiento hotelero.

Valentín Ventura se establecería en París, a partir de 1888, durante largos años, y en 1891 tendría de huésped a Rizal en su apartamento de la calle Chateaudun.

(56) Familia oriolla montañesa, apellido que figura en la matrícula de comerciantes de la «Guía de Forasteros para el año 1856» de Manila. Pedro Carranceja, condiscípulo de Rizal en el Colegio jesuíta, haría el papel de «Angel» en la zarzuela «Junto al Pasig», escrita por Rizal a los diecinueve años y representada en el Colegio. Julio Llorente haría el papel de «Satán» en la misma obra.

(57) Médico de la Armada. Encontramos su nombre entre los componentes de la expedición de 1861 contra los moros de Mindanao (Montero y Vidal: «Historia General de Filipinas». Madrid, 1895. Tomo III, pág. 340). «Está como siempre.» Véase lo que ocurre trece días más tarde.

(58) Onomástico de Rizal.

(59) Tampoco figuran en los «Epistolarios». Con ser éstos voluminosos, son muchas las cartas perdidas que no figuran en ellos, prueba de la extraordinaria actividad epistolar de Rizal.

(60) Colegio femenino de Manila, fundado en 1868 por las Hermanas de la Caridad, convertido poco después en Colegio de segunda enseñanza y uno de los principales del país entre los femeninos.

(61) Rizal es un portentoso políglota; su extraordinaria capacidad para aprender idiomas es uno de sus rasgos más acusados. A los veintiún años escribe que las lenguas, con las artes plásticas y la literatura, son sus estudios favoritos (carta de 10 de octubre de 1882. «One Hundred letters of José Rizal», página 44). Además de su tagalog materno y de otras lenguas filipinas, conoce el español, lengua en la que ha realizado sus estudios y cuyo dominio alcanzará. En sus años de Madrid estudia francés, inglés y alemán, según se lee en este diario, y llegará a hablarlos y escribirlos perfectamente. En la Universidad alcanza magníficas calificaciones en las asignaturas de griego, latín, árabe y hebreo, len-

guas que traducía, así como el sánscrito. Pasa por Italia y habla italiano en dos meses; pasa por el Japón y a los pocos días escribe que ya se hace comprender. Para leer unos libros que le interesan aprende el holandés. En su destierro de Dapitan aprende ruso. Este hombre, que es un cirujano oculista, un jefe político que viaja incansablemente, que dibuja y esculpe, que es orador, traduce además el chino, sueco, portugués y catalán.

(62) La de «Chengoy» figura en el «Epistolario» (Tomo I, pág. 108). Es una carta con noticias de Manila, amoríos de unos y de otros y en la que se refiere largamente a Leonor Rovira, que ama a Rizal y es objeto de burla por las ausencias que guarda. «La verdad, querido tocayo, esta joven está semanalmente enferma de calentura, y esto, como muy bien comprenderá usted, es efecto de la ardñiente pasión que hacia usted siente», dice el ingenuo provinciano. Estamos en pleno romanticismo filipino, pero como en el de cualquier otro país, la realidad corrige muchas veces a los sueños. La mestiza hispano-tagala Leonor se casará con un inglés del ferrocarril, permaneciendo, sin embargo, en el alma de Rizal hasta el final de su vida como su ideal femenino. Leonor, convertida en «María Clara» en el mundo de la ficción del «Noli me tangere», será el ideal nacional desde esta época del romanticismo filipino hasta por lo menos mediado el siglo XX.

(63) Ha recibido la remesa mensual e inmediatamente ha visitado a los Paterno, quizá para devolverles algún pequeño adelanto. Al día siguiente paga una importante cuenta en la Librería «Gutemberg» y pocos días más tarde adquiere el Atlas de Lesage, que no había llegado a adquirir el día 9 de enero.

La librería «Gutemberg» estaba entonces en la calle del Príncipe, número 14, en el mismo edificio del teatro de la Comedia y en el local que llegó a ocupar el café literario «El Gato Negro», desaparecido a mediados de este siglo. La librería se trasladó a la plaza de Santa Ana hacia 1906, cerrándose medio siglo más tarde.

(64) Manuel Lorenzo D'Ayot era un rico filipino, hijo de peninsular y mestiza, curioso ejemplar humano de la Filipinas de fin de siglo. Retana dice no conocer esta respuesta de Rizal a D'Ayot, pero este artículo, titulado «Un drama», y publicado en «El Progreso», figura en el rico archivo del doctor Antonio Molina.

El «señorito D'Ayot» ha tenido mala prensa. Le atacó duramente «Clarín» en «Madrid Cómico»; le atacaron Rizal y López Jaena, éste con un artículo insultante titulado «Un parto (literario)», reproducido en «Discursos y artículos varios» (Barcelona, 1891. Reedición de Manila, 1951). Los españoles Vicente Barrantes («El teatro tagalo», Madrid, 1889, Apéndice IV) y Wenceslao E. Retana («El Teatro en Filipinas desde sus orígenes hasta 1898». Madrid, 1909) le dedican varias páginas. D'Ayot predicó una nueva estética teatral y escribió unas obras extravagantes de acuerdo con ella. Retana da el dato significativo de que en 1888 este creador del Teatro Libre y de la revista «La Reforma Literaria», llevaba escritas 89 obras, de las cuales, a pesar de su empeño y de su dinero, solamente había representado una en un teatro de aficionados. D'Ayot, que nos aparece normal en otras actividades de conferenciante, debía de ser per-

sona llena de extravagancias y originalidades, condecorado con extrañas Ordenes fantasmagóricas y fantasmagórico él mismo.

(65) Catedrático de Medicina, el mismo que al año siguiente diagnosticaría la enfermedad mortal de Don Alfonso XII y escribiría la «Historia clínica completa de S. M. el Rey Don Alfonso XII» (Madrid, 1886). Espina y Capo en sus «Notas del viaje de mi vida» (Volumen III, pág. 236) le señala hacia 1871 como uno de los «más duros de pelar y más arraigados a sus convicciones» doctrinarias y no experimentales. Rizal escribe a sus padres (carta de 28 de junio de 1884. «One Hundred letters of José Rizal», pág. 184) su desilusión por las calificaciones obtenidas en Medicina: «Tuve la desgracia de tener en el Tribunal de Licenciatura a don Tomás Santero, de doctrinas muy antiguas, hipocráticas», quien no valoró suficientemente su examen. «No es esto excusarme. Tengo la conciencia tranquila de haber hecho todo cuanto de mí dependía.» En esta carta justamente orgullosa, Rizal comunica a sus padres que ya es Médico y las calificaciones obtenidas en las dos carreras que estudia simultáneamente.

(66) El cifrado indica cómo, después de haberse examinado, «tenía hambre y no tenía nada que comer, ni dinero». No hay que dramatizar demasiado esta frase orgullosa. Contaba con envíos regulares de fondos, tenía amigos y crédito. En esta misma noche vivirá unas horas de intenso triunfo personal en el banquete de homenaje a sus compatriotas los pintores Juan Luna y Félix Resurrección Hidalgo. Luna había obtenido en la Exposición Nacional de aquel año—desierta la Medalla de Honor—una Primera Medalla juntamente con Moreno Carbonero y con Muñoz Degrain. Los tres cuadros premiados se hicieron muy populares y el de Luna—el «Spoliarium», que hiciera en Roma y que representa el arrastre de los gladiadores muertos en el Circo—sería adquirido por la Diputación de Barcelona por la entonces enorme cifra de 20.000 pesetas. (Este cuadro fué regalado en 1958 al pueblo filipino por el Gobierno español y entregado en Manila por el Embajador de España, señor don Javier Conde.) Los filipinos y sus amigos españoles agasajan a sus compatriotas en el Restaurante Inglés, calle del Lobo, lugar donde se celebraban ordinariamente los banquetes del grupo «posibilista» de Castelar y sus hombres. Presidió don Segismundo Moret, Ministro de Ultramar en 1870, cuando chocara con la Universidad de Santo Tomás de Manila (nota 32); Ministro de Hacienda al siguiente año y Embajador de España en Londres más tarde. Ministro de la Gobernación en 1883 en el Gobierno de Posada Herrera, conocería a Rizal en esta reunión de julio de 1884, que iniciaría una relación personal. Un hijo de Moret coincidirá en Alemania con Rizal dos años más tarde, conviviendo durante un breve tiempo («Epistolario Rizalino», tomo V, parte primera, pág. 40). Moret—Ministro de Estado en 1885 y simpatizante con los filipinos y las reformas—coincidiría en París con Rizal en 1889 con ocasión de la Exposición de aquel año y manifestó deseos de verle; Rizal se presentó a él: «Yo no le dije nada, pues no era buena ocasión de pedir nada ni de quejarse, y él se ofreció.» («One Hundred letters of J. R.», pág. 373.) Moret, otra vez en Ultramar en 1897, tendría el acierto—no por tardío menos acierto—de conceder la autonomía a Cuba y Puerto Rico.

En el banquete de homenaje a los pintores, Rizal, un desconocido en Madrid, pronunció un brindis inteligente y político ante un público entre los que estaba quien sería famoso Alcalde de Madrid, A. Mellado; el combativo antillano Labra, Azcárraga y Govantes, catedráticos y periodistas de relieve. El discurso de Rizal ha sido su revelación y anota en su diario una gran cruz, significando la importancia que atribuye a este día.

(67) Entre los asistentes al banquete de la víspera figuraba D. Miguel Morayta, catedrático de Historia Contemporánea y destacado elemento en el campo librepensador. Le ha impresionado este joven tagalo, portador de un lenguaje distinto. Morayta ha levantado su copa y ha brindado llamando a los filipinos «la gloria de las Universidades», según cuenta Rizal a sus padres en carta de 29 de agosto. Le han dicho al catedrático que aquel joven desconocido no se presentará al siguiente día al examen de Historia porque no se considera bastante preparado. Le anima a hacerlo y Rizal se resiste: «Me presentaré en septiembre.» «En septiembre le suspendo a usted», replica Morayta. Rizal acude al examen y obtiene sobresaliente hablando de Carlomagno. Iniciarán una amistad duradera, en la que Morayta asistirá a los filipinos con su fuerza y poder. Cinco meses más tarde, cuando el catedrático es protagonista de una grave situación surgida en la Universidad, Rizal no toma parte en las algaradas estudiantiles que se producen, las cuales, por el contrario, le alejan de la Universidad madrileña, que le aparece tan politizada.

El catedrático contará ya en adelante con Rizal como filipino y librepensador. En el «Epistolario Rizalino» figura una carta de Morayta buscando al tagalo por Madrid para contar con él en un acto de homenaje a Giordano Bruno (tomo I, página 79. Los editores conjeturan que esta carta de 23 de enero corresponde al año 1883. Se trata en realidad de 1885).

Poco después, José Rizal marcha a Francia y Alemania, y en julio del 87 embarcará en Marsella para Hong Kong, Japón, Estados Unidos y Londres, su vuelta al mundo. La Marsella que le fascinara cinco años antes, le parece ahora una ciudad comercial desde la que le repugna dar su adiós a la hermosa Europa: «Marsella es pura prosa después de mis bellos sueños en Madrid, París y Alemania» (carta de 6 de mayo de 1887 a Brumentritt. «Epistolario Rizalino», tomo V, parte primera, pág. 157).

Le quedará a Rizal de Madrid un recuerdo extraño de ciudad mediterránea y caótica vista con ojos de centroeuropeo, no de filipino. Desde Heidelberg—como antes en otras ocasiones—reprochará a Madrid su Guadarrama, hasta que las nieves y los duros fríos alemanes le quebrantan y sueña con el Sur. (Persiste Rizal en este entusiasmo por el clima alemán; años más adelante, desde el caliente destierro de Mindanao, su tierra filipina, añorará las siestas en los pinares de Alemania y los fríos recios de Mittel Europa, olvidado ya de sus rigores.)

Pero el impresionable Rizal se entiende a sí mismo; si desde el Norte se añora España, desde España se añora el Norte «parce qu'on parle toujours de ce qu'on a perdu, de ce qu'on ne voit pas: on regrette, on convoite toujours le bien d'autrui». El gran inconforme—que en su crónica desde Heidelberg pone reservas al tópico del cielo y las brisas de España, pero no al de sus mujeres, eterno galanteador—recordará a Madrid como una de las más sonrientes ciudades del mundo, mezcla de Europa y de Oriente, ciudad que acepta valores europeos, pero sin desdeñar otros de fuera. De Madrid, Rizal elige a la burguesía, amable, distinguida, ilustrada, sincera, digna, hospitalaria y caballeresca, «la plus belle chose de Madrid», flor que emerge del limo que es el bajo pueblo... Está siempre muy dispuesto Rizal a recibir todo impacto humano, por ser él terriblemente humano y caminar por el mundo en carne viva. Su acción política dejará muy atrás a Consuelo Ortega, pero su nostalgia se mantiene a través de ese delicado recuerdo a esa burguesita de Madrid, que flota en medio de su primer sueño madrileño.

En 1890-91 volverá durante medio año; su segundo y último sueño en la Corte.

ORTIZ ARMENGOL.

INDICE

Págs.

PRÓLOGO 5

I. DIARIO DEL VIAJE DE FILIPINAS A ESPAÑA. AÑO 1882 17

Singapore (Singapura) 28

Punta de Gales 35

Aden 42

De Aden a Suez 44

El Canal 45

Notas al diario de viaje 58

II. DIARIO DE MADRID. 1884 71

Notas al diario de 1884 91

Erratas advertidas en «Rizal. Dos diarios de juventud»

Pág.	Línea	Donde dice	Debe decir
11	7	historia	Historia
22	14	Doleres	Dolores
23	14	trabaje	traje
82	21	remetí	remití
98	7	Paterna	Paterno
99	15	Leonor	"Leonor
101	7	"ilustrado". Partido	"ilustrado", partido
101	20	ella	ellos
101	32	visión	versión
103	11	cosas	"cosas"
104	9	Rovira	Rivera
104	12	ardñiente	ardiente
106	3	estaba	estaban
107	13	Ortega	Ortiga

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN LOS TALLERES
DE GRÁFICAS VALERA, S. A.,
LIBERTAD, 20, DE MADRID, EL
DÍA 3 DE OCTUBRE, FESTIVI-
DAD DE SANTA TERESA DEL
NIÑO JESÚS, DEL AÑO MCMLX

40 ptas.